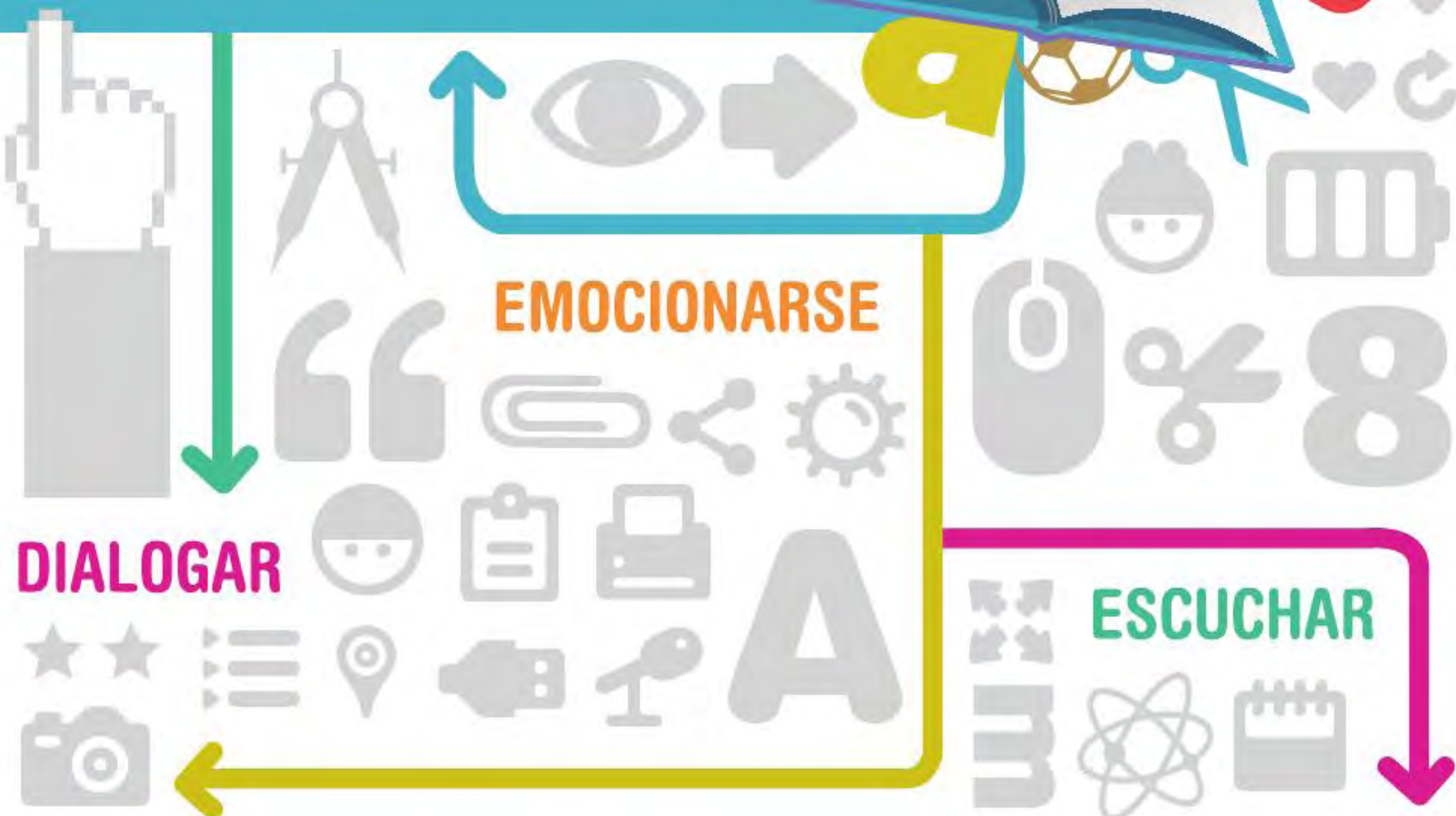




LECTURAS GRABADAS

ALUMNOS :



PRESIDENTA DE LA NACIÓN

Dra. Cristina Fernández de Kirchner

JEFE DE GABINETE DE MINISTROS

Dr. Aníbal Fernández

MINISTRO DE EDUCACIÓN

Prof. Alberto E. Sileoni

SECRETARIO DE EDUCACIÓN

Lic. Jaime Perczyk

JEFE DE GABINETE

A.S. Pablo Urquiza

SUBSECRETARIO DE EQUIDAD Y CALIDAD EDUCATIVA

Lic. Gabriel Brener

Ministerio de Educación de la Nación

Secretaría de Educación

Plan Nacional de Lectura

Pizzurno 935 (C1020ACA)

Ciudad de Buenos Aires

Tel: (011) 4129-1075 / 1127

planlectura@me.gov.ar - www.planlectura.educ.ar

República Argentina, marzo de 2015



ENTENDER

PENSAR

HABLAR

ESCRIBIR

EMOCIONARSE

DIALOGAR

ESCUCHAR

Responsable de contenidos

Roxana Levinsky

Subsecretaría de Equidad y Calidad Educativa

Graciela Favilli

Victoria Engels

Plan Nacional de Lectura

REVISIÓN Y ORGANIZACIÓN DE CONTENIDOS: Jéssica Presman

COORDINACIÓN DISEÑO EDITORIAL: Natalia Volpe

DISEÑO GRÁFICO: Elizabeth Sánchez

Portal Educ.ar:

CONTENIDOS DIGITALES: Martina Sominson

PROGRAMACIÓN: Pablo Wainberg

Lecturas grabadas : antología / Juan José Manauta ... [et.al.] . - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Ministerio de Educación de la Nación, 2015.
176 p. ; 28x20 cm.

ISBN 978-950-00-1061-0

1. Antología Literaria Argentina. I. Manauta, Juan José.
CDD A860

Fecha de catalogación: 29/01/2015

PRÓLOGO

Las acciones de promoción de la lectura constituyen, desde hace varios años, una marca distintiva de las políticas que el Ministerio de Educación de la Nación lleva adelante para fomentar el acceso a materiales literarios de calidad y propiciar la apertura a diversos modos de leer.

Democratizar la palabra, ampliar los horizontes de lectura, multiplicar espacios y promover el acceso han sido y siguen siendo compromisos que llevamos adelante con el mayor de los entusiasmos. Esta emoción tiene, por supuesto, una sólida base material donde afirmarse: en los últimos doce años, el Estado Nacional ha llegado a las escuelas argentinas con más de 70 millones de libros de texto y ficción, 4,5 millones de netbooks y, recientemente, con una biblioteca de 80 libros de poesía destinada a las 12 mil instituciones secundarias del país, una medida inédita en la historia de la educación argentina.

Una enseñanza de calidad supone hacer posible que nuestros niños y jóvenes entren en contacto con las voces y relatos más significativos del acervo cultural, tanto nacional como universal. Un pueblo lector es, sin dudas, un pueblo que cuida su salud y su futuro, un pueblo más consciente de su historia y de sus derechos. Por ello, la circulación de la palabra es especialmente promovida desde el sistema educativo, en todos sus niveles y modalidades, desde su dimensión técnica y pedagógica a su expresión en términos de juego y ficción. Creer en el poder transformador de la palabra es ponderar el valor educador de la lectura, ya sea en soporte libro o en pantalla, en las calle o en el aula, en voz alta o en silencio.

En este marco pensamos y elaboramos la propuesta "Lecturas grabadas".

Se trata de 33 relatos de autores argentinos y latinoamericanos especialmente seleccionados que llegarán a las escuelas tanto en audio como en papel, de manera tal que la lectura complemente el seguimiento de la escucha. Los textos escogidos pertenecen a autores como Roberto Arlt, Julio Cortázar, Juan José Manauta, Abelardo Castillo, Enrique Anderson Imbert, Jorge Luis Borges, por mencionar sólo algunos. Asimismo, se ha confeccionado un cuadernillo destinado a nuestros compañeros docentes en el que presentamos la propuesta pedagógica y el material, a fin de que puedan familiarizarse con él y considerarlo como una línea de trabajo entre las actividades áulicas. Por último, la tarea tiene un complemento virtual para trabajar desde las netbooks. En el sitio <http://www.educ.ar/lecturasgrabadas> está disponible el material completo: los audios y textos de

todos los relatos e información sobre los cuentos, los autores, su producción y trayectoria, entre otros aspectos.

La escucha de un texto, el ejercicio de la propia lectura en voz alta, la delectación de la cadencia de un texto a través de las marcas que la oralidad le impone, son todas formas de acercarnos a aquel objetivo que señalamos al comienzo de estas líneas: más y mejores lectores en las aulas argentinas.

Damos pues la bienvenida a este nuevo aporte a la construcción de una escuela secundaria inclusiva y de calidad para todos los que habitan nuestra Patria. Confiamos en que tanto nuestros docentes como los jóvenes que transitan nuestras aulas apreciarán y utilizarán estas voces para hacer que las propias se eleven cada día más potentes, más libres y creativas.

Alberto Sileoni
Ministro de Educación de la Nación



LECTURAS GRABADAS





EL LEVE PEDRO

Enrique Anderson Imbert



Duración
23'04"

Durante dos meses se asomó a la muerte.

El médico murmuraba que la enfermedad de Pedro era nueva, que no había modo de tratarla y que él no sabía qué hacer... Por suerte el enfermo, solito, se fue curando. No había perdido su buen humor, su oronda calma provinciana. Demasiado flaco y eso era todo. Pero al levantarse después de varias semanas de convalecencia se sintió sin peso.

-Oye -dijo a su mujer- me siento bien, pero no te puedes imaginar cuán ausente me parece el cuerpo. Estoy como si mis envolturas fueran a desprenderse dejándome el alma desnuda.

-Languideces -le respondió su mujer.

-Tal vez.

Siguió recobrándose. Ya paseaba por el caserón, atendía el hambre de las gallinas y de los cerdos, dio una mano de pintura verde a la pajarera bulliciosa y aun se animó a hachar la leña y llevarla en carretilla hasta el galpón. Pero según pasaban los días las carnes de Pedro perdían densidad. Algo muy raro le iba minando, socavando, vaciando el cuerpo. Se sentía con una ingravidez portentosa. Era la ingravidez de la chispa y de la burbuja, del globo y de la pelota. Le costaba muy poco saltar limpiamente la verja, trepar las escaleras de cinco en cinco, coger de un brinco la manzana alta.

-Te has mejorado tanto -observaba su mujer- que pareces un chiquillo acróbata.

Una mañana Pedro se asustó. Hasta entonces su agilidad le había

preocupado, pero todo ocurría como Dios manda. Era extraordinario que, sin proponérselo, convirtiera la marcha de los humanos en una triunfal carrera en volandas sobre la quinta. Era extraordinario pero no milagroso. Lo milagroso apareció esa mañana.

Muy temprano fue al potrero. Caminaba con pasos contenidos porque ya sabía que en cuanto taconeara iría dando botes por el corral. Arremangó la camisa, acomodó un tronco, tomó el hacha y asestó el primer golpe. Entonces, rechazado por el impulso de su propio hachazo, Pedro levantó vuelo.

Prendido todavía del hacha, quedó un instante en suspensión, levitando allá, a la altura de los techos; y luego bajó lentamente, bajó como un tenue vilano de cardo.

Acudió su mujer cuando Pedro ya había descendido y, con una palidez de muerte, temblaba agarrado a un rollizo tronco.

-¡Hebe! ¡Casi me caigo al cielo!

-Tonterías. No puedes caerte al cielo. Nadie se cae al cielo. ¿Qué te ha pasado?

Pedro explicó la cosa a su mujer y ésta, sin asombro, le convino:

-Te sucede por hacerte el acróbata. Ya te lo he prevenido. El día menos pensado te desnucará en una de tus piruetas.

-¡No, no! -insistió Pedro-. Ahora es diferente. Me resbalé. El cielo es un precipicio, Hebe.

Pedro soltó el tronco que lo anclaba pero se asió fuertemente a su mujer. Así abrazados volvieron a la casa.

-¡Hombre! -le dijo Hebe, que sentía el cuerpo de su marido pegado al suyo como el de un animal extrañamente joven y salvaje, con ansias de huir-. ¡Hombre, déjate de hacer fuerza, que me arrastras! Das unas zancadas como si quisieras echarte a volar.

-¿Has visto, has visto? Algo horrible me está amenazando, Hebe. Un esguince, y ya comienza la ascensión.

Esa tarde, Pedro, que estaba apoltronado en el patio leyendo las historietas del periódico, se rió convulsivamente. Y con la propulsión de ese motor alegre fue elevándose como un ludión, como un buzo que se quitara las suelas. La risa se trocó en terror y Hebe acudió otra vez a las voces de su marido. Alcanzó a agarrarle los pantalones y lo atrajo a la tierra. Ya no había duda. Hebe le llenó los bolsillos con grandes tuercas, caños de plomo y piedras; y estos pesos por el momento dieron a su cuerpo la solidez necesaria para tranquear por la galería y empinarse por la escalera de su cuarto. Lo difícil fue desvestirlo. Cuando Hebe le quitó los hierros y el plomo, Pedro, fluctuante sobre las sábanas, se en-

trelazó con los barrotes de la cama y le advirtió:

- ¡Cuidado, Hebe! Vamos a hacerlo despacio porque no quiero dormir en el techo.

- Mañana mismo llamaremos al médico.

- Si consigo estar quieto no me ocurrirá nada. Solamente cuando me agito me hago aeronauta.

Con mil precauciones pudo acostarse y se sintió seguro.

- ¿Tienes ganas de subir?

- No. Estoy bien.

Se dieron las buenas noches y Hebe apagó la luz.

Al otro día cuando Hebe despegó los ojos vio a Pedro durmiendo como un bendito, con la cara pegada al techo.

Parecía un globo escapado de las manos de un niño.

- ¡Pedro, Pedro! -gritó aterrorizada.

Al fin Pedro despertó, dolorido por el estrujón de varias horas contra el cielo raso. ¡Qué espanto! Trató de saltar al revés, de caer para arriba, de subir para abajo. Pero el techo lo succionaba como succionaba el suelo a Hebe.

- Tendrás que atarme de una pierna y amarrarme al ropero hasta que llames al doctor y vea qué pasa.

Hebe buscó una cuerda y una escalera, ató un pie a su marido y se puso a tirar con todo el ánimo. El cuerpo adosado al techo se removió como un lento dirigible.

Aterrizaba.

En eso se coló por la puerta un correntón de aire que ladeó la leve corporeidad de Pedro y, como a una pluma, la sopló por la ventana abierta. Ocurrió en un segundo. Hebe lanzó un grito y la cuerda se le escapó de las manos. Cuando corrió a la ventana ya su marido, desvanecido, subía por el aire inocente de la mañana, subía en suave contoneo como un globo de color fugitivo en un día de fiesta, perdido para siempre, en viaje al infinito. Se hizo un punto y luego nada.

En: *Cuentos*, Corregidor, 1999.

VELADURAS

María Teresa Andruetto

A Josefina

*¿Fui yo algo en alguna parte?
Dímelo, porque no tengo quien lo diga:
Ni madre, ni padre, ni memoria.*

Horacio Castillo

CAPÍTULO I



Duración
80'02"

Cuando vi a Gregoria se me vinieron encima los recuerdos y el tiempo en que vivía mi padre y llegábamos aquí a pasar las fiestas con mi abuela; las fiestas y también mi cumpleaños que es en febrero, para la época de los carnavales.

Llegábamos a San Salvador y ya antes de salir hacia Tumbaya se me aparecía el silencio de los cerros. Hubiera podido andar con los ojos cerrados, igual sabía que estábamos en La Quebrada, porque el silencio se me metía dentro de los huesos y había como un olor a melaza y a tamales por todas partes.

Mi abuela tocaba la quena y cantaba bagualas, pero eso era antes, cuando mi hermana y yo éramos chicas y veníamos acá y mi papá golpeaba la caja y tocaba el charango. Le había quedado eso de cuando era un niño, la música, que aquí es de la gente y es de todos.

Eso es algo que se le quedó adentro, doctora; como le queda a la gente de acá, y después lo guardó para siempre, en el pecho lo guardó, y se fue para la ciudad, buscando con qué ganarse el pan.

Así fue que mi padre llegó a Córdoba y allá anduvo solo, de un lado para el otro, sin casa y sin trabajo, haciendo un poco de todo, changas más que nada, hasta que se casó con mi mamá y consiguió ese trabajo de portero en la escuela que está pasando la costa del canal, cerca de donde era antes nuestra casa.

Aunque se fue de aquí cuando era joven, un muchacho casi, a mi padre se le quedó en el alma todo esto y quiso que nosotras guardáramos

muy adentro la música de la Quebrada, las bagualas que son como un lloro de estas piedras, y el amor a los colores de acá, y a las cosas que tenía mi abuela, las cosas de adentro de uno, del corazón, quiero decir. Es que, como digo, se le habían quedado en el alma estos cerros, y nos dio eso a nosotras para siempre, porque no sé a mi hermana pero lo que es a mí me vino para no irse el amor a esta tierra.

Veníamos con mi madre y con mi hermana y se nos amarraba el mundo de mi padre y todo esto se hacía más grande cada vez. Casi siempre llegábamos para el nacimiento del Niño, o unos días antes, para la época en que se preparan los pesebres en las casas, y se cubren las piedras con arpillera y después se esparcen con arcilla y con ceniza, y los pastores buscan sus trajes. Pero también solíamos venir en febrero, para carnavalear en las cacharpayas y para comer empanadillas y beber agua de chuño.

Siempre era así, como le digo, todas las veces era así: veíamos el nacimiento del Niño en el cerro y el pesebre que mandaba hacer el cura de Susques que es el poblado que está más cerca, y mirábamos a los pastores bajando el cerro, cabestreando las mulas bajo los candiles, y a la Pachamama, Baltasar y San José, bien acomodados en las laderas.

Después, cuando el Niño ya había nacido, mi abuela nos llevaba hasta Susques a oír la misa. Eso nos gustaba, porque también en la iglesia había música y nosotras teníamos el recuerdo de las bagualas y de los huainos, y el sonido de las quenas y los charangos y de todo lo que es de acá. Más amarrados tuvimos esos recuerdos que la memoria de mi madre y la de mis abuelos de Córdoba, más que ésa tuvimos esta memoria y todo sucedió de esa manera porque mi padre así lo quiso y a lo mejor porque lo quiso también así mi madre.

Gregoria también era de acá, sí que lo era, de aquí bien cerca, de estos cerros, y cantaba con voz chillona que es como cantan aquí las mujeres y nadie más canta en ninguna parte, esa voz como de grito que tenía mi abuela y que tienen las mujeres acá...

*Si me voy
pa'los cerros...*

También a mí me gusta cantar, doctora, pero no tengo buena voz. Me parece que es por eso, porque Gregoria cantaba, que las cosas pasaron de ese modo entre mi padre y ella, que es como decir entre mi padre y este mundo que no se parece a ninguno. Digo esto porque mi mamá no cantaba ni hacía sus cacharritos ni las comidas que le gustaban a mi

padre y que también a mí me gustan; ella no sabía hacer chanfaina, ni tamales, ni empanadillas de pelones, ni tabletas, ni dulces de cayote...

Cuando vi a Gregoria, camino a San Pedrito, otra vez se me vinieron encima los recuerdos. La vi de espaldas, un poco achaparrada, pero era ella y llevaba a un niño de la mano. Era de mañana, como las diez. Yo había ido a San Salvador a llevar estos ángeles que estoy reparando y a mostrar cómo habían quedado las pátinas. Como le digo, por el camino a San Pedrito la vi, subiendo el cerro, mientras arreaba a un niño de la mano. Un momento nomás y luego me distraje y entonces ella se volteó hacia alguna parte y dobló en una calle y la perdí.

Cuando olvidé por fin mis extravíos, quise apurarme y alcanzarla, pero ya no estaba en ningún sitio. Pensé primero si de verdad la habría visto, o si soy yo que a veces me pierdo en estos pensamientos, pero después me pregunté:

¿Cuántos años tendrá ese niño, Rosa?

Lo pensé un rato y me contesté que cinco. Y entonces me dije:

Es ella.

No le vi la cara, porque estaba de espaldas, pero sí las piernas y el cuello, y me fijé también en el pelo, como me fijaba antes, como la miramos aquella tarde mi hermana y yo, desde la ventana de nuestra casa, en Córdoba, viendo cómo se llevaba sus cosas.

En ese tiempo, ella tenía el pelo pesado, brillante, y le caía sobre la espalda hasta la pollera. Se lo corría de la cara con un amago, era como un vicio que tenía de tirarse el pelo hacia atrás, porque sabía que a mi padre y a nosotras nos gustaba. Luego venían las piernas flacas y un poco cortas y el cuerpo de colla, como tiene mi hermana y como acá tienen todas las mujeres.

Ahora el pelo ya no le cae hasta la pollera y me parece que tampoco tiene el brillo que tenía en aquel tiempo. Lo lleva atado en la nuca y también lleva sombrero de ala ancha. Yo, de atrás que estaba, le miré el cuello y la espalda y vi la mano que tomaba al niño y la manta de llama que llevaba y entonces supe que era ella, nomás la que era, como era antes.

No sé qué diría ahora mi padre si la viera, porque me parece que ha cambiado mucho, el andar que antes tenía se ha vuelto seguro, firme, y hasta me parece que no le ha quedado nada del miedo de aquel tiempo, y muy poco, por no decir nada, de la vergüenza que le daba mirar a la gente a los ojos.

Todo eso me parece que se le ha ido, que no le ha quedado ni siquiera un ramalazo, y que ahora todo lo que tiene –el andar, el pelo recogido y el sombrero negro de ala– es del modo y la manera que tienen las mujeres de acá.

Pienso en los ángeles de la Capilla y en las labores que voy haciendo, y en las veladuras y en las pátinas también pienso. Es lo que me viene al pensamiento, ahora que todo lo que tengo es lo que fue de mi padre y de mi abuela, desde que mi abuela Rosa arregló este rancho que era de su madre para protegerse de las ventoleras y aquí trajo sus llamas y sus guanaquitos y se instaló, antes que pasara un hombre que iba hacia el norte se instaló, antes que la preñara el hombre, y desde aquel tiempo esto fue de ella y de mi padre y ahora es también mío.

En este último tiempo he aprendido a hacer las veladuras y a dorar. Es lo que encontré cuando vine a vivir al norte, después que amainó la pelea con mi madre y empezaron a acabar las discusiones. En cambio, todo lo que le cuento comenzó hace mucho, cuando Gregoria fue a vivir a nuestra casa y llegaron con ella los problemas, porque no vino sola sino con todo lo que era, y entonces pasó aquello con mi padre.

Como le digo, todo empezó por aquel tiempo y terminó, es un decir, muchos años después, cuando saqué el dinero de la Casa de Descanso y me escapé. Entonces fue que vine para este lado y hablé con las monjas para hacer estas pátinas y estos falsos acabados que bien les quedan a sus ángeles y a los santos de la Capilla.

Luego, una vez que arreglé lo del trabajo en el taller de las hermanas, vine hasta aquí, a vivir en los linderos de Susques, a la casa que era de mi abuela, y empecé a trabajar.

Desde entonces bajo una vez al mes hasta Jujuy: me lleva un capataz que viene desde Jama, el paso que está más arriba, para el lado de Chile, y él mismo me regresa al otro día cuando vuelve hacia el alto. De este modo me traigo las labores y hago los falsos acabados, en el silencio de las piedras, lejos de los chillidos de esos pájaros que me perseguían

en la ciudad, unos graznidos que llegaban de quién sabe dónde y me turbaban.

Estoy muy agradecida a las monjas, porque fueron ellas las que me enseñaron a arreglar lo que estaba roto, a componer las imágenes y reparar lo más menguado, lo que suele echarse a perder. Ahora que he aprendido, me dan ya por fortuna las imágenes y entonces yo las traigo aquí donde trabajo, entre estos cerros, en estos linderos que están cerca de Susques, apenas más abajo del Paso de Jama, como ha visto, en medio mismo del silencio, lejos de los gritos de esos pájaros que nunca supe si venían de afuera o venían de adentro.

CAPÍTULO II

Cuando estaba allá en Córdoba, en la Casa de Descanso, cerca de donde era antes nuestra casa, donde viven mi hermana y mi madre y donde también vivía yo, una monja que se llama Estela, a la que quiero mucho, me dijo que se mudaba para el norte, y me indicó dónde buscarla si yo estaba sola y llegaba a venir para estos lados.

Así fue que llegué a San Salvador y busqué la calle Virgen de las Nieves y en la calle el taller de las hermanas y en el taller a la hermana Estela, la que me dio la estampa del Santo aquella vez para que yo la compusiera.

La hermana Estela me había dicho que la buscara a ella y eso es lo que hice. Llegué sin nada, sin enseres ni ropa ni nada, con mis solas ganas de venir para acá, y con esa nada que traía fui al taller y pregunté por ella. Lo recuerdo bien: me hicieron que esperara y me quedé en la sala, con un poco de frío y otro poco de sueño por la mala noche, con la cabeza sin pensar en nada.

Yo estaba sola, ¿sabe?, sola en el mundo, sin padre, sin madre y sin memoria, tratando de olvidar lo que había vivido antes cuando estaba con mi madre y discutíamos, y también lo que había pasado con mi padre. Totalmente azorada estaba, confundida todavía por lo sucedido, cuando levanté la cabeza y vi, por la puerta entreabierta, la sala del convento y en la sala una mesa larga con las patas torneadas, y encima de la mesa unos botes con ungüentos.

Le aseguro que eso es algo que no se puede olvidar. No se puede, doctora. Esos colores en los pots, esos que vi con estos ojos dando brincos. Así es como sucedieron las cosas que le digo: me levanté de

donde estaba sentada y me acerqué a la puerta, pasé al taller y me arrimé a la mesa. Eran como coyuyos el pan de oro, los ferrites y la purpurina, el tierra sombra, el azul talo, el blanco de titanio... y el mordiente con ese olor que se le mete a uno adentro.

Había también un color plata, un azul cobalto y el granate, eso es lo que supe después, cuando aprendí a distinguir las sustancias, los colores y las marcas; y vi también que había óleos, témperas y acrílicos, que no son naturales pero igual relumbran.

Antes de eso, yo sólo había visto lo que se usa en la escuela, colores de lápices o témperas, y los que tenía aquí mi abuela Rosa para sus cacharros, el negro y el terracota, pero nunca jamás había visto el pan de oro que es lo que se necesita en la Capilla para cubrir las estampas de la Virgen y para las composiciones de los santos y las santas, ni tampoco conocía el azul talo, ni el azul cobalto, ni otros azules que existen, ni el granate.

Me gusta hacer las veladuras y también los falsos acabados. Falsos acabados, así es como los llaman, porque se pinta para que parezca piedra, mármol o madera con sus vetas, sus manchas y cogollos... aunque no sean verdaderos a mí igual me gustan, hacen que después de mucho cubrir y sobar, todo quede al fin bastante bien.

No sé qué piensa usted, doctora, pero a mí se me hace que es también así la vida. Yo se lo dije una vez al doctor Freytes, cuando estaba allá en la Casa de Descanso: primero uno cubre todo y después va sobando de a poco lo que tiene soterrado, que es siempre lo que duele y hay que soliviar. Es de ese modo como se cubre lo que estaba expuesto. Por eso pienso algunas veces que si pudiera hacerme yo misma a mí unas pátinas como estas que les hacemos a los ángeles, si pudiera pasarle pan de oro a lo que ha perdido el brillo, si al alma de uno le fuera bien hacerle veladuras, seguro que lo que duele se pondría opaco y no se sufriría más.

Me gustan estos menesteres, porque se cubre lo que está debajo pero igual se ve. Es lo que pasa con lo que está velado: se ve mejor que cuando queda expuesto. Una vez que recompongo y acomodo lo que se ha deshecho, paso el pan de oro y luego cubro con betún. Se llama betún de Judea y es lo que me dan acá en San Salvador, para que tape las imágenes y lo que es nuevo se vuelva viejo y se cubra lo que estaba roto.

Cuando se seca lo que he pintado, lo sobo bien para que quede apenas un poco, para que no se cubra por completo, porque es así como se ve mejor. Todo esto que he aprendido a hacer, estas veladuras, son nomás para que lo nuevo se vuelva viejo, como los ángeles de la Capilla.

No sé qué piensa usted, pero a mí me parece que es al revés de lo que pasa en la vida, donde el dolor que a uno le ha sucedido antes, y antes de antes, parece que naciera siempre por primera vez.

Hubo un tiempo en que éramos felices y yo estaba bien, tenía mis alegrías y me sentía sana. Pero después pasaron esas cosas que pasaron, y murió mi padre, y Gregoria se fue sin decir una palabra, y empezaron las discusiones con mi madre.

No fue cuando murió mi papá que me enfermé sino más tarde, cuando pasó el tiempo y vinieron las heladas y yo empecé a darme cuenta de que él se había ido para siempre de nosotras y de nuestra vida y de que tampoco estaba Gregoria, ni había alegría en nuestra casa como la había habido antes.

Fue en aquel tiempo que empezó eso que me subía a la cabeza, esos malos pensamientos que me traían unas ganas muy grandes de morirme también yo, ganas de no estar ya en ninguna parte porque no tenía dónde ir o no quería, ni me gustaba vivir en nuestra casa, ni con mi hermana y con mi madre.

La primera vez que me enfermé estaba en la escuela: vinieron unos pájaros a entrarse en mi cabeza y a barruntar mi pena, y a mí me daban miedo. La directora dijo que no había ningún pájaro en ninguna parte pero como yo decía que sí y que sí, ella llamó a los de emergencia y me pusieron unas inyecciones y entonces me dormí por muchos días.

Después de eso, me agarró una rabia muy grande con mi madre, porque se quiera o no se quiera, fue ella la que lo dejó a mi padre, ella la que lo obligó a irse con Gregoria. Mi madre dijo un día que él tenía que vivir en otra parte, que no se podía de otro modo. Y entonces yo, aunque desmejorada y con mis medicinas, quise irme con él y con mi abuela, pero no podía porque ya no estaban.

En ese tiempo yo no sabía que vendría a vivir a La Quebrada, no se me venía eso a la cabeza, porque me había quedado como sin pensamientos. Entonces empecé a hablar de los muertos y buscaba estar con ellos y todo eso la asustó a mi madre hasta que, de tanto andar por todas partes, se presentó a la oficina del Gobierno y un doctor y la asistente me llevaron a la Casa de Descanso donde trabaja el doctor Freytes. Entonces me internaron, y así fue como yo lo conocí al doctor.

Estuve en aquella Casa muchos meses, ya no recuerdo cuántos porque cuando se sufre, el tiempo pasa de un modo extraño. Sí recuerdo que me cuidaban las hermanas para que yo no me dañara, hasta que empecé a comprender cómo eran las cosas y me fui curando un poco.

Una tarde, mientras tomaba la merienda bajo la galería, vi una estampa de San Gabriel en las manos de la hermana Estela. Yo había soñado con el santo en otra noche, y entonces le pedí la estampa de la que hablo, pero la hermana Estela dijo que el santo no, que el santo estaba sano, y me mostró un ángel que ése sí estaba roto. Y así fue que yo empecé a repararlo, y le di comienzo a estas labores, con estas ganas que me vinieron poco a poco, de hacer estas cosas que me gustan y estos menesteres que ahora hago.

Desde el comienzo, yo lo quise mucho al doctor Freytes porque mi madre me llevó hasta donde él estaba y apenas me revisó y conversó conmigo –estando yo presente– le dijo a ella que no se resintiera, que todo lo que sucedía era que yo estaba azorada y confundida por lo que había pasado y que dejara de decir que yo no era capaz de comprenderla, que era ella la que tenía que entenderme a mí y a mi dolor, hasta que cuajara.

Eso fue lo que dijo, doctora, que él sabía bien que lo de mi padre nos dolía a todas pero que peor era para mí, porque yo estaba enferma, y así fue como hizo que mi madre empezara a comprender y ya no me reprendiera. Fue así, como le estoy diciendo: ella dejó de decir que yo no ponía fuerzas en curarme y todas esas cosas que decía, y me dio al fin su bendición.

El doctor Freytes fue también el que le dijo a mi madre que amasar el barro y cocinarlo y hacer las pátinas que ahora hago era un buen remedio para mí, que era el único remedio, dijo, y que era bueno reparar los ángeles y todas estas cosas que reparo, que me ocupaba la cabeza en otra cosa y me hacía mirar hacia adelante,

es el mejor remedio

dijo, y a mí eso me gustó porque así es como fui aprendiendo yo estos menesteres y estas labores que hago y bien me salen.

Por el tiempo en que Gregoria vino a vivir con nosotros, mi madre empezó a trabajar en lo de doña Crista, para limpiarle la casa y hacer el lava-

do, porque doña Crista se había puesto vieja y no podía ya con todos sus quehaceres. Eso fue, pienso yo, una parte del problema, porque nosotras teníamos que ir a la escuela en la mañana y nuestro padre trabajaba por la tarde, así es que en las mañanas se quedaba solo con Gregoria, los dos cantando esas canciones, juntos los dos, y entonces así ha de haber sido que a mi padre le nació otra vez el amor por esta tierra y el amor también por ella. Pero de todo eso mi madre no se dio ni cuenta, si no, yo creo que ella hasta hubiera sido capaz de decirle que no a doña Crista, por más que necesitara sus pesitos.

Así fue, doctora, que todos seguimos de ese modo, como si nada, mientras Gregoria y mi padre se enamoraron, porque mi madre no pensó que mi papá era también nuestro, que nos pertenecía, y que ella tenía que cuidarlo, por ella y por nosotras. Así son las cosas, pienso yo, a medida que me aquerencio aquí en el norte. Por ejemplo esto que hago para los santos y las santas no es un asunto sólo mío, es también de los promesantes que van a verlos en la Capilla y les rezan pidiendo ayuda, porque nada es de uno para siempre, como ha creído a lo mejor mi madre, sino que cada cosa requiere su cuidado.

Eso es, por lo menos, lo que siento yo, y por eso le hago mis ruegos a la Virgen de la Candelaria, porque uno es de muchos y de nadie a un solo tiempo y a una misma vez, y entonces, como pienso algunas veces, yo soy de mi padre y de mi abuela Rosa, pero también soy un poco de mi madre, aunque a veces eso no me guste.

Es en esto que trabajo yo, como lo ha visto, en hacer que lo nuevo se vuelva viejo, como de mucho antes, como si estuviera viejo y vivo a la misma vez. Es lo mismo pero distinto a lo que me enseñaba el doctor Freytes, porque él me dijo una mañana que lo que él hacía era buscar, adentro de uno, los dolores viejos, y ayudar a sacarlos fuera y a volverlos nuevos, como si no hubieran pasado antes sino ahora mismo. Al revés de lo que hago con los ángeles, donde lo nuevo, después de las labores se vuelve viejo, y es nuevo y viejo a la misma vez.

Así es como estos ángeles y estos cerros son ahora lo único que tengo. Ahora que mi padre ya no está y que tampoco está mi abuela, ahora que mi madre se quedó en la ciudad, con mi hermana Luisa y con los abuelos de Córdoba, ahora que se enojó conmigo porque no quiero estar con ella y que me fui de la Casa de Descanso sin decir ni preguntarle a nadie, y me vine para acá, para estos cerros, sin consultarla y sin que lo supiera nadie, hasta ahora que ha venido usted.

Haber venido acá, a este lugar, es algo que, como le digo, no le he consultado a nadie. Tampoco al doctor Freytes, porque si no, él se lo hubiera dicho a mi madre y ella hubiera ido a buscarme o alguna otra cosa hubiera hecho.

Salí de la Casa de Descanso a la hora en que daban la merienda y fui hasta el parador a tomar el micro que viene para el norte, y mientras, me quedé apeñuscada para que ninguno me viera. Hacía mucho frío, me acuerdo, y yo tenía la cara bien envuelta con una manta de mi abuela Rosa, de lana de sus propias llamas. Por eso sé muy bien que no me ha visto nadie. Subí al micro y saqué pasaje hasta Jujuy con un dinero que tenía de hace tiempo, que había juntado y que era mío pero lo habían guardado en la secretaría y yo lo saqué en un descuido de la ecónoma.

Vine a Jujuy, a buscar a la hermana Estela que estaba acá y traje el papel que ella me había dado, con la dirección del taller:

Taller de San Salvador. Calle Virgen de las Nieves. Frente a la plaza.

decía ese papel.

La hermana Estela me había dicho que la buscara y eso es lo que hice, porque llegué así como me ve, sin nada, sin mis enseres ni nada, con mis solas ganas de venir para acá. Fui al taller y pregunté por ella. Me hicieron que aguardara y yo esperé, acurrucada y quietecita, sin imaginar lo que vendría. Estaba sola, como le he contado, sin padre, sin madre y sin pensamientos, tratando de borrarle de la cabeza lo que había vivido, confundida por todo, cuando miré la puerta y tras la puerta medio abierta, vi la mesa del taller donde estaban expuestos los ungüentos, los colores con su algarabía, y comprendí que haría estas labores para siempre.

Los colores en los pots: yo los vi con estos ojos como coyuyos. Nunca había sabido de algo así, nomás supe de las témperas y los lápices que se usan en la escuela y lo que tenía aquí mi abuela Rosa, tinta negra o terracota, pero nunca había visto en esta vida el pan de oro que es lo que se usa en la Capilla. Tampoco había oído nunca los mordientes, así que sin saber qué hacer y como poseída, tomé un pote y puse ahí la cara, estas narices, y en eso entró la monja y me dijo que los ungüentos suelen ser veneno, lo mismo que algunos óleos, que no todo lo que se ve lindo es bueno, que hay que tener cuidado con el cadmio y el mixtion y con

muchas otras cosas también hay que tener prudencia. Que lo que más importa es la prudencia, dijo.

También en la vida lo que parece lindo a veces es como un mordiente y lo feo en algunas ocasiones dimana lindo, como estas pátinas y estas veladuras que he aprendido a hacer ahora.

Cuando me dan las láminas y las traigo para la Quebrada, hacia esta hondonada donde está mi casa, primero las reparo bien con pegamento y las pulo con una piedra lisa. Después paso témpera azul o verde talo, y refriego todo con lana de alambre como si me viniera mucha rabia. Más luego echo nocina y sobo con pan de oro y betún de Judea, y así es como después de mucho maltratar las pertenencias, todo queda bien.

Lo mismo le pasa a uno, me parece: maltrata el alma hasta que la pena queda lisa y toma su color de oro o de nogal. Eso es lo que le dijo el doctor Freytes a mi madre: que tenía que sobarme mucho y entenderme, que ése era el modo en que mentaba yo las cosas, como habían sido para mí, y que tenía que darme su bendición.

Es por todo esto que voy diciendo, doctora, y por las discusiones con mi madre, que yo he venido al norte, y que empecé a hacer estos trabajos. Yo sé que a esto que hago, a estas labores, mi madre no las entiende. A ella le parece que yo tendría que estar sana, que ya pasó lo que pasó y que hay que ponerle el pecho a lo hecho. Es lo que dice, y así también dicen mis abuelos de Córdoba. Yo sé también que ella lo quiso a mi padre, a eso no lo discuto, sé que es así aunque a veces no parezca, pero la vida de ella es de otro modo y no es del mío, del de mi hermana sí es, se quiera o no se quiera el de mi hermana sí es el modo de mi madre.

Me pusieron el nombre de mi abuela, así me llamo, y eso es lo primero que me viene al pensamiento. El mismo nombre y el apellido, que es también el apellido de mi padre, porque mi padre no ha tenido padre. Tengo su nombre y me gustan las cosas que a ella le gustaban, y tengo estas facilidades de hacer mis cacharritos como ella hacía y de cocerlos con leña de llama y de guanaco. Y también tengo de ella el amor por estos cerros, por los ferrites y la arena roja y amarilla... No sé qué cree usted ni por qué será que pasó esto de parecerme tanto a mi abuela Rosa, si es porque me pusieron su nombre, o es nomás porque así tuvo que ser.

Me llamo Rosa, como le digo. Y mi hermana se llama Luisa. También mi abuela se llamó Rosa. Rosa Mamaní. Y crió solita a mi padre, lo que se dice sola. Lo tuvo, dicen, de un hombre que pasaba, que la preñó y siguió de viaje; de paso iba y así siguió, y ni siquiera un nombre, ni el apellido siquiera le dejó a mi padre. Era un hombre blanco, dicen, por eso mi padre es mezcla; pero mi abuela no, ella era colla pura, verdadera.

Todo esto que le cuento pasó antes, antes que mi padre se fuera a la ciudad, antes que empezara como portero en la escuela que está en el bajo, más allá del canal de riego y trabajara ahí. Antes de todo, digo, cuando vivía mi abuela y era joven y pasó por acá un hombre que iba al norte, más hacia el norte de la Quebrada dicen que iba, para Bolivia, para el lado de Santa Cruz dijo mi abuela, y entonces la preñó, y así nació mi padre.

CAPÍTULO III

Vi a Gregoria y me vino esta remembranza de mi padre y de mi abuela, tal vez porque ella iba con su hijo de la mano, su hijo que es también de nosotros, se quiera o no se quiera.

Cuando yo era una niña y antes todavía, cuando era una guagua, mi abuela hacía barro y lo amasaba para armar sus cacharritos, y me enseñó. Así empecé yo a trenzar el barro, un chorizo sobre otro hasta completar una vasija, como ahora hago, como hace todavía acá la gente, como se hacía en muchas partes hasta hace un tiempo, antes que todo se perdiera.

Luego mi abuela me prestaba un anillo que tenía y yo lo mojaba con una escupidita y sobaba el barro, hasta pulirlo. Después hacíamos fuego las dos con leña de llama, con el guano de sus propios animales, y en el fuego cocíamos las piezas que salían cada vez más lindas.

Tal vez por eso me llamo igual que ella, porque me gustan las cosas que a ella le gustaban, y acaso mi padre y mi madre lo sabían y por eso me pusieron este nombre. Aunque el doctor Freytes decía que no es eso, que es al revés de todo esto que digo, que a mí me gusta hacer las piezas y cocerlas y practicar estos menesteres porque me dieron este nombre y entonces, aunque no me parezca a ella, de la parte de afuera y de la cara, soy como mi abuela Rosa y como mi padre, y como Grego-

ria casi estoy diciendo, y esto me pasa porque me llamo Rosa Mamaní, como le he dicho, y me gustan estas cosas que me gustan.

No sé qué dirá usted, pero eso es lo que dijo el doctor Freytes, que no es al revés, como decía yo, sino así como es, y que a uno le gusta lo que quiere porque es así y no por otra cosa.

Cuando a mi abuela le dio el ataque al corazón y se murió, y se cerró esta casa donde ahora vivo, y más aún después, cuando murió mi padre, yo me quedé sola y me enfermé, de la cabeza dicen que enfermé pero yo digo que es del alma, y entonces mi madre me llevó a la Casa de Descanso, por un tiempo nomás dijo mi madre, y ahí fue que me dieron unas medicinas que yo tomaba sin pensar en nada, a pura pena nomás, mirando hacia las sierras, hacia la nada mirando sin pensar, o pensando más bien cómo era antes cuando todos estaban.

Mi madre no comprende que yo quiera estar con los que han muerto y no con ella y con mi hermana Luisa, ni tampoco que yo sea de esta forma que tengo, de este modo que tiene la gente de acá, de la Quebrada. Así fue que de tanto no entenderme nadie que estuviera vivo, yo encontré ese ángel y lo reparé y desde entonces dejé todo y me vine para acá, para estos cerros.

Yo estaba en la Casa de Descanso, bajo la galería, mirando hacia las sierras, mientras esperaba que me dieran la merienda, y entonces pasó la hermana Estela con unos papeles en la mano, unos papeles y una lámina. Era una imagen del Arcángel Gabriel la que llevaba, y estaba rota, pienso que tal vez la llevaría para tirarla en un canasto, por eso fue que yo le demandé la lámina y reparé lo que estaba roto y eso me dio alegría.

El doctor Freytes le dijo a mi madre aquella vez, que hacer cualquier trabajo con las manos era bueno para mí, que me llevara témperas, lacas, cartones y papeles, para que yo reparara también otras imágenes, así que ella tuvo que comprender que eso me hacía bien, que lo único que me curaba era ese trabajo con las láminas, el único remedio.

El doctor Freytes también le dijo a mi madre que me dejara venir a la Quebrada, que acá yo iba a encontrar lo que buscaba, que cualquier cosa fuera lo que yo buscara estaba acá; pero mi madre dijo que no,

no puede ser doctor, no puede ser

es lo que dijo, y otra vez que no, y por eso yo no dije nada, nada de nada, y me vine para estos lados, sin contarle a nadie.

No me parezco físicamente en nada a mi padre, ni tampoco a mi abuela Rosa, y eso es lo que me da rabia, doctora, porque soy medio gringa del cuerpo y de la cara, y todos dicen que soy parecida a mi madre. En cambio mi hermana Luisa se parece a ellos, de afuera digo, porque en lo demás no quiere saber nada de este mundo de acá que a mí me llama como una voz de adentro.

A lo mejor mi hermana no quiere ser de este mundo porque tiene la cara de ellos, los ojos de mi padre y el mismo color en el pelo y en la piel, y entonces, así es más fácil decir que no le importa.

El doctor Freytes, el médico de la Casa a la que me llevaron, dice que estos gritos, estos chillidos en la cabeza, son por eso que le pasó a mi padre, y así ha de ser porque desde que mi padre hizo aquello en el inquilinato, me viene a mí esto al pensamiento.

Antes de que pasara lo del árbol, antes de que Gregoria llegara a nuestra vida, antes de ir nosotros a esa casa a donde él se había ido para estar con ella, antes de ver a mi padre ahí, como un muñeco sin forma y sin mensura, antes de todo eso, yo no era así ni se me iban de este modo las ideas, ni me confundía, ni sentía estos chillidos que ahora siento ni nada de lo que se me viene ahora a la cabeza. Ni tampoco me daba esta rabia que me da algunas veces pensar en mi madre.

La bronca con mi madre empieza con eso que ella hizo. Si lo hubiera cuidado a mi padre, que era de ella y era de nosotras, él no se habría ido con Gregoria ni con nadie, pero mi madre insistió en que tenía que vivir en otra parte, y no fue capaz de hacer que él nos durara.

Es que ella no comprende que mi padre no era sólo suyo, sino que era también nuestro. Yo he hablado en un tiempo de estas cosas con mi hermana Luisa pero no hemos llegado nunca a algún acuerdo, porque ella dice que no es así, que por más que mi madre hubiera dejado que él se quedara en nuestra casa, las cosas igual no hubieran andado y lo mismo mi padre hubiera hecho lo que hizo.

Eso es lo que dice mi hermana Luisa cuando le da por hablar y es por eso que ella y yo estamos ahora en desacuerdo.

Yo pienso en cambio que, se quiera o no se quiera, la culpa es de mi madre que dijo aquella tarde que mi papá tenía que irse con Gregoria

si la quería a ella, que no podía estar con las dos en nuestra casa, que eso no era bueno para nadie. Digo que la culpa es de ella, porque yo le pedí que no lo echara, me acuerdo bien de eso, le rogué que lo dejara así como él quería, del modo suyo nomás, así seguía con nosotras, pero mi madre dijo que no, que un hombre no puede tener a dos mujeres en la misma casa, que a veces se puede sí, que algunos lo hacen, pero en casas distintas, porque si están todos juntos después vienen los problemas.

Lo que pasó es que ella le dijo a mi padre que se fuera y él manifestó que no quería, porque las necesitaba a las dos y también porque en la casa estábamos nosotras. Y al fin, como le digo, por culpa de mi madre, obligado por ella, él tuvo que decir que se iba nomás.

Se hará como usted diga, Flora

es lo que dijo mi padre aquella tarde y buscó una pieza en el inquilinato de Villa Adela, uno que está sobre la calle Azcuénaga, y para allá fue con Gregoria.

Recuerdo que nos llamó esa siesta y nos sentamos bajo el emparrado, recuerdo también que estuvo llorando con nosotras, y que nosotras también lloramos. En un momento de esa tarde, yo le pedí otra vez que se quedara, pero él dijo:

No se puede contra lo que no se puede

y dijo también que Gregoria esperaba un niño y que con eso ya estaba todo dicho.

Ahora que ha pasado el tiempo, que han pasado los años pero no la pena, a mí me parece que fue eso lo que ahogó a mi padre. La tristeza por mi madre y por nosotras, por Gregoria y por los recuerdos de este mundo de acá, de la Quebrada, que era más el mundo de él que el de nosotras, que era de Gregoria también y de mi padre, como antes había sido de mi abuela, este mundo y este modo que son ahora también míos.

A veces pienso que cuando él vio a Gregoria por primera vez y más tarde, cuando ella vino a vivir a nuestra casa porque la echaron de donde trabajaba o porque el destino así lo quiso, él se encontró tal vez con lo que era, con el mundo de acá y el de mi abuela, con estos cerros y

estas bagualas que Gregoria cantaba y que mi abuela había cantado también en otro tiempo.

*Ramito de albahaca,
Niña Yolanda,
dónde andará.*

Mi padre la escuchaba cantar esos cantos que él también cantaba, ha de haber escuchado otra vez cómo suena este mundo que él mentaba siempre, porque no había en ninguna parte lunas como éstas que nacen sobre el cerro, y porque –bien sabe– el cielo de acá, de estos linderos donde ahora estoy con mis enseres, es más celeste que ninguno y tiene su escarchado de estrellas por las noches. Y también porque hay sobre estas piedras colores que, en la ciudad, ni puede uno imaginarse.

Yo sé que a mi padre le era difícil renunciar a todo esto y que aquí estaban sus cosas y su mundo, porque nosotras tuvimos a nuestra madre, hay que decir lo que es, la tuvimos, se quiera o no se quiera, pero Gregoria no tenía a nadie. Entonces es claro que él tuvo que quererla a ella, más que a nosotras tuvo que quererla, porque ella era del mundo de él, del mismo mundo y del mismo modo era, y estaba sola, porque cuando vino a nuestra casa estaba sin familia y no tenía padre, era como mi papá estoy pensando ahora, porque la había criado su madre, como mi abuela lo crió a mi padre, y estaba con nosotros cobijada y entonces pasó lo que pasó.

Dónde iba a estar Gregoria si no era con mi padre, me pregunto yo, doctora, ella tenía que estar con él, no había otra manera, y así fue que sucedieron las cosas.

Mi madre no fue capaz de entender eso, ni de dejarlo en nuestra casa con Gregoria y con todo lo que él quisiera, hasta que ella se le alejara de los pensamientos, para que así y de ese modo mi padre no se fuera de nosotras, ni de nuestra casa y no pasara después lo que pasó.

Es por esto que pienso a veces que la culpa de todo es de mi madre, y por eso es también que me vine para la Quebrada a hacer mis cosas y encontrarme con lo que era mío, con esto que es como encontrarme conmigo y con mi padre.

Culpa de mi madre es, yo pienso a veces, porque se le había puesto en la cabeza que Gregoria no podría estar en nuestra casa, que si mi padre la elegía a ella, no podíamos estar con él, por más que mi madre lo quisiera perdonar, no se podía. Que perdonarlo sí, decía mi madre, pero vivir todos amuchados como él quería, eso ya no, mi madre no podía.

No se puede contra lo que no se puede.

Y mi padre que en lugar de enojarse lloraba con la cabeza sobre sus polleras y le pedía que lo perdonara, y más que perdonarlo que lo dejara quedarse con Gregoria en nuestra casa, que Gregoria no tenía con quién irse. Pedía eso que cualquiera entiende y mi madre quieta, con el corazón como de piedra, que no y que no, decía.

CAPÍTULO IV

A lo mejor todo esto que le cuento sucedió, doctora, porque mi madre creía que lo más importante era ese niño, pero ahora que lo pienso, el que he visto camino a San Pedrito la otra tarde, tiene a su madre que lo lleva de la mano y en cambio yo no tengo a nadie, ni padre, ni madre ni consuelo.

Mi hermana Luisa y yo, le rogábamos a nuestra madre que fuera buena con mi padre y con nosotras, que lo dejara hacer como quisiera, que estuviera con Gregoria en nuestra casa si quería, hasta que se le pasara, hasta que ella se le fuera de los pensamientos, y le pedíamos que no se enojara con él. Porque a mí me parece que el problema es que mi padre no podía botar a nadie de su corazón ni tampoco podía irse a cualquier parte con sus poquitas cosas y sus remembranzas, ni podía dejarla a mi madre ni a nosotras.

Pero todo sucedió así nomás, como le digo, dale llorar y llorar mi padre con la cabeza en las polleras de mi madre, sin decidirse, ni por una ni por otra. Hasta que se supo que Gregoria esperaba al niño y entonces mi mamá le dijo que tenía que irse nomás con ella y que todo estaba como debía ser y que acabara el lío de una vez. Y también se lo dijo a Gregoria: que tenían que irse los dos si se querían, que ya estaba bien, que era por el niño que debían irse, que nosotras ya estábamos crecidas. Que todo estaba bien así y que nadie se iba a enojar con nadie, que se haría como ellos quisieran pero en otra parte, eso es lo que dijo, que no hacía tanta falta que mi padre se quedara, que

lo más importante era el niño que venía, el niño ése que era de los dos, y que ella entendía todo, menos lo de vivir amontonados, a todo lo demás ella lo entendía.

Que si se iban estaba bien, dijo mi madre, eso es lo que dijo. Pero a mí me parece que no estaba nada bien, porque después pasó lo que pasó y mi padre se colgó del árbol en el patio de aquel inquilinato y Gregoria se fue por su cuenta y nunca, hasta la otra mañana en que la he visto, supimos hacia dónde ni con quiénes.

Esa noche misma, la noche del día en que murió mi padre, Gregoria agarró sus cosas y tomó la calle, y no supimos ni hacia dónde iba. Mi madre se ocupó de los menesteres que debían hacerse y dijo en la funeraria que el velorio iba a ser en nuestra casa, y así es como se hizo.

Después las cosas fueron dimanando entre la pena y estas añoranzas, hasta que yo me enfermé de la cabeza, me llevaron a la Casa de Descanso y empezó a hablarme el doctor Freytes.

Así fueron las cosas, doctora, tal como le cuento, porque Gregoria vino un domingo a nuestra casa y nos trajo a todos este dolor que se nos ha quedado adentro, y esta rabia, y también el amor por estos cerros, y esto que no sé cómo se llama y que se me hace que no tiene nombre.

Llegó aquella vez a nuestra casa porque la habían echado los vecinos, después de un año de trabajar como sirvienta, y eso a nosotras nos dio pena, la cobijamos y nos hicimos las tres amigas de ella. Mi madre, Luisa y yo, las tres para quererla, hasta que mi padre también la quiso y la llevó con él, y se fueron los dos a vivir a ese inquilinato en Villa Adela, sobre la calle Azcuénaga, apenas pasando la avenida.

Salieron una mañana cuando Luisa y yo dormíamos, pero más que dormir yo me había hecho la dormida estando bien despierta. Me quedé mirándolos por las rendijas, con los ojos pegados a la espalda de ella y a su pelo. Y la seguí mirando, en la casa quieta, sin ladrido de perros ni de nada, mientras mi hermana dormía y mi madre estaba en otro cuarto. Y así seguí, como le digo, con los ojos en las rendijas de la ventana que da a la calle, hasta perderme en estos pensamientos y cuando quise verla otra vez, habían doblado la esquina y ya no estaban.

Me quedé mucho tiempo viendo que no veía nada, con los ojos pegados a la ventana que da a la calle, hasta que mi madre vino y me

tocó la espalda, y me puso una mano sobre el hombro y me miró los pies descalzos y dijo que así me iba a enfermar.

Se fueron a esa casa en Villa Adela y vivieron los dos ahí por unos meses hasta que a él le dio esa maña, y sin que Gregoria ni nadie se diera cuenta, ni nosotras tampoco adivináramos, se trepó al árbol donde mi hermana y yo lo vimos esa tarde, colgando como un muñeco, como un pullay lleno de estopa o de ceniza.

Mi padre era portero de la escuela Gorriti, que es la que está en el bajo, pasando la costa del canal de riego.

Cuando se fue a vivir con Gregoria, él tuvo sus problemas, porque la gente empezó a decir que ésas no son cosas que pueda hacer un hombre que trabaja en una escuela, dejar a una mujer y a sus dos hijas para irse con una chiruza, eso es lo que decía la gente; porque como tiene lengua, la gente habla.

Pero después mi madre fue a la escuela donde mi padre trabajaba y explicó cómo eran las cosas, que no era como pensaban sino que ella había estado de acuerdo en que él se fuera y la cuidara a Gregoria porque ella no tenía a nadie y nosotras en cambio éramos tres y nos acompañábamos, y que además, a nadie tiene que importarle lo que uno hace ni tiene que importarle a uno lo que hacen los demás.

Gregoria volvió a nuestra casa, la tarde aquella de nuestra desgracia, y dijo eso que dijo, y yo sentí esta rabia y ese rumor en la cabeza que no se me fue hasta que llegué a esta tierra y sentí también este dolor que se derrama pero no se acaba nunca; este dolor como en los huesos.

Hay algo más que siento: celos dice mi madre que son, y mi hermana dice que es envidia, pero no es eso, es algo extraño lo que siento, porque Gregoria lo quiso a mi padre y él la quiso a ella, y todo eso me da a mí como un temblor, algo que no sé cómo se llama, que se me hace que no tiene nombre.

Gregoria entró aquella vez a nuestra casa como entraba antes, cuando vivía con nosotros y éramos las tres amigas de ella, mi madre, mi hermana Luisa y yo. Entró, como le digo, como había hecho siempre, pero era la primera vez que llegaba a nuestra casa después de irse con mi padre. No golpeó las manos, ni la puerta, ni dijo nada. Sólo dijo lo que venía a decir, sin llorar ni nada lo dijo, como era ella en aquel tiempo, muda como si fuera una piedra, una estatua de piedras de aquí de la Quebrada. Lo dijo y se fue, y nosotras nos quedamos

viendo cómo se iba: tenía el caminar como en el aire. Llegó hasta nuestra casa, entró por la puerta que da al patio y se paró ahí mismo. Con su cuerpo tapó la luz que venía desde el patio, mientras decía eso que dijo, eso que me martilla todavía, que no quisiera oír.

Para entonces, yo ya había cumplido los catorce y acaso por ganarme a mi padre o por no sé qué, ya la había dejado entrar en mi corazón, así que me quedé ahí, como le digo, mirándola, sin saber qué hacer ni qué decir, escuchando eso horrible que escuchaba, pensando que no podía ser verdad lo que decía, que Gregoria hablaba mentiras o no sé qué cosas hablaba.

Me quedé, como le digo, sin pensamientos ni decisión para echarla ni para escucharla ni para ni abrazar a mi madre, ni para salir corriendo.

Dijo eso nomás, con la cara extraviada, como de piedra, y con los ojos fijos. Extraviada, como si hablara alguien que yo no conocía, una persona nueva pero vieja, con una voz que venía como de adentro de ella. Y después se fue, así como vino, seca, y nos dejó a nosotras también como de piedra.

Mi madre salió corriendo tras ella hacia la casa donde Gregoria se había ido para estar con mi padre; corriendo hasta la pieza que habían alquilado en esa casa.

Primero se abrochó el vestido y salió detrás de ella, pero después, cuando había corrido un poco –en medio de la calle– se dio vuelta y nos gritó que nos quedáramos dentro de la casa, que por favor no la siguiéramos.

Era como un ruego eso que decía mi madre. Pero después demoró tanto para regresar que allá fuimos Luisa y yo, y no obedecimos más a nuestra madre porque no podíamos.

Fuimos las dos hasta la casa: yo que había cumplido los catorce y mi hermana Luisa que tenía doce. Y pasamos al patio a donde daban las piezas, y en el centro del patio estaba el árbol. Había gente alrededor y nadie hablaba o hablaban muy despacio y nosotras no entendíamos.

Era un algarrobo enorme ese que estaba en el centro del patio y ocupaba todo lo que había. Un algarrobo con las ramas hasta abajo, castigando el suelo. Pero más castigaba la rama de más alto, porque ahí estaba mi padre, colgado estaba de la rama, como si fuera un pájaro de esos que salen por la noche a chupar sangre o como un muñeco desarrapado y chueco, un muñeco de estopa o de ceniza colgando sin fuerza como las piernas mías.

Yo me di vuelta y con el pecho le tapé los ojos a mi hermana que tenía doce, y me tapé los ojos con las manos. Es por eso, porque tenía las manos ocupadas, que no pude taparme las orejas, y escuché a nuestra madre que gritaba porque no quería que lo viéramos de esa forma y en lugar de enojarse con él o con Gregoria, se enojaba con nosotras:

¿Por qué se han venido para acá, por qué, por qué?

decía, y no paraba de decir eso, en lugar de decir nada.

Gregoria estaba en la pieza, sentada en una punta de la cama, con la cabeza baja mirándose la panza. Y mi madre fue con ella, a la pieza que era de mi padre y se sentó del otro lado de la cama y las dos lloraban.

Nosotras no llorábamos, no nos salían las lágrimas, sino que estábamos ahí sin decir nada, como digo, a los pies de ellas, de nuestra madre y de Gregoria, las dos mujeres de mi padre, y nadie podía hacer más que estar en esa pena sin fondo y sin medida, hacer nada de nada sin permiso de la policía, que estaba ya en los menesteres.

Ha de hacer de esto como unos cinco años, o un poco más, por eso creo que era ella la que iba camino a San Pedrito con ese niño de la mano. Yo no le vi la cara al niño, ni le vi nada, pero sé que era él, que era ese que vivía ya en su panza cuando mi padre se colgó del árbol.

Trajimos otra chica del norte

había dicho Tita Funes, en el barrio. Tita vivía en una casa cerca de la nuestra y había buscado a una chica para que trabajara de sirvienta. Antes habían tenido a otra que era de Santiago del Estero, pero tuvo un ataque de epilepsia y se la llevaron de regreso a su provincia. Por eso Tita Funes, esa vecina nuestra, dijo

trajimos a otra chica del norte.

Ese día mi madre lo contó en la mesa y mi padre dijo:

para servir, las de mi tierra

dijo eso, y también dijo *carajo*.

Lo dijo de una forma distinta a como hablaba siempre, y se levantó de la mesa y se sentó a fumar bajo la parra.

Como si hubiera sabido ya que la chica que iba a trabajar a la casa de Tita Funes iba a ser de su tierra, o como si hubiera sabido entonces lo que nos iba a suceder a todos. Pero no lo sabía, no, sino que ha de haber sido puro instinto, o las cosas del destino, como la gente dice a veces.

Así, de esa manera, fue que llegó Gregoria a la casa de los Funes, cerca de la que era en ese tiempo mi casa. Llegó una tarde de verano. Yo la vi detenerse bajo los paraísos para arreglarse el pelo, venía hacia nosotros, hacia nuestra vida. Venía con un bolso y una pollera clara, mirando para todos lados, y yo que estaba sentada en el umbral tomando fresco, desde lejos la vi y me la quedé mirando.

La encontrábamos siempre los domingos por la tarde, cuando salíamos con Luisa y con mi madre a conversar bajo los paraísos, o cuando íbamos a la plaza del barrio.

Un domingo que yo había ido sin nadie hasta la plaza, la encontré comiendo, sentada en una hamaca y le pregunté qué hacía siempre sola los domingos. Me dijo que era su día libre pero que no tenía dinero, ni tampoco a dónde ir, ni amigos en la ciudad, ni conocía los lugares, y que era por eso que se quedaba ahí hasta que terminara el día.

Esa noche, le pregunté a mi madre si Gregoria podía ir, en sus días libres, a comer con nosotros en la casa y mi madre dijo que por ella sí, pero que había que preguntarle a nuestro padre. Por eso, a veces pienso que a lo mejor fui yo la causante de todo, yo más que mi madre, porque fui yo quien le pedí a mi padre que la dejara venir y también porque fui yo quien la encontró en la plaza. No fue mi hermana Luisa ni mi madre. Tampoco fue mi padre. Él sólo dijo,

*si usted lo quiere así, hija,
que venga a nuestra casa*

Tiene razón, ¿qué va a hacer sola en la plaza los domingos?

dijo. Y entonces así fue, como le estoy contando, doctora. Yo le pregunté a mi padre si me dejaba llevarla a nuestra casa y él dijo que sí, y así es como sucedieron las cosas.

Después cuando la dejaron sin trabajo, mi madre pensó que una boca más no era problema, y lo mismo pensó mi padre. Y los dos dijeron que había que cobijarla en nuestra casa. Ése fue el comienzo, así como le cuento, y así fue también que empezó todo.

Fue como le digo, por pura culpa mía que empezó el problema y Gregoria se metió en la vida de nosotros.

Llegaba en la mañana, los domingos, muy temprano, a la hora en que mi hermana y yo nos levantábamos, y ayudaba a mi madre a limpiar y a lavar trastos. Eso fue así, hasta que mi padre dijo un día:

Es nuestra invitada, no es nuestra sierva, Flora

le dijo así a mi madre, se lo dijo un domingo y mi madre se enojó un poco, y ya no le dio nada para hacer, nada de nada, y tampoco nos daba a nosotras los quehaceres, hacía todo ella sin pedir ni decir una palabra. Sólo en la cocina ayudábamos un poco a veces Luisa, Gregoria y yo, hacíamos bollos de anís o pasta frola, esas cosas.

Un día Gregoria hizo tortillas al rescoldo, como solía hacer mi abuela Rosa, amasó sobre la mesa que estaba en el patio. Harina, grasa, agua caliente, igual a como hacía mi abuela. Amasó cantando las bagualas que aquí se cantan, pero muy despacio, no como hacen acá las mujeres, sino muy despacio para que nadie la escuchara, pero mi padre la escuchó esa tarde.

Oyó su voz y se le torció el destino, o mejor dicho, se nos torció a todos: él se acercó y le pidió que cantara fuerte. A ella le dio vergüenza, me acuerdo bien de eso, y primero dijo que no, que los vecinos iban a oír y que ella no quería, pero después dijo,

si usted quiere, Juan

y cantó una baguala de las que aquí se cantan, con esa voz como de grito que tienen las mujeres acá.

Desde aquel tiempo, Gregoria empezó a cantar para nosotros, o mejor para mi padre, y empezamos a comer las comidas de aquí, humitas y tamales sobre todo, y ya no más las otras cosas que cocinaba mi madre.

Y las cosas siguieron de ese modo hasta que un día mi papá llegó con una caja, hecha con cuero de animal manchado, curtida con escupitajos de ginebra, según dijo, con palos de anchico y buenos tientos, para

acompañar a Gregoria en sus cantares, y entre los dos hicieron una música triste pero linda.

Ella ha de tener diez años o doce más que yo y doce o más, tal vez catorce, que mi hermana Luisa. Recuerdo que era como diez años más grande que nosotras y unos diez más chica que mi madre y entonces, si yo ahora tengo dieciocho, ella ha de estar yendo hacia los treinta.

Cuando vino a nuestra casa, habrá tenido veinte, veintidós capaz que tuvo, y yo diez o doce, y van que vienen las cosas, pasó lo que pasó con mi padre cuando ella tenía veinte, según parece que eran, o veintidós capaz, y yo tenía doce o trece. Así que nos hicimos amigas las tres: mi hermana, ella y yo, y ella se hizo amiga nuestra, y también un poco de mi madre, pero más de mi padre se hizo amiga, porque estaba en el medio de nosotras por la edad que tenía y también por otras cosas.

Así fueron, doctora, durante mucho tiempo los domingos: ella llegaba y hacía dulce de limón cidra o tortillas a las brasas. Mientras, cantaba bagualas, para mi padre cantaba, y él la acompañaba con la caja y era ése el mundo que teníamos.

Ella estaba entre nosotros, como le digo, lo estaba en aquel tiempo, y me parece que sigue estando también ahora. Yo tenía doce, como dije, doctora, y ella los que le digo que tenía, mi madre como diez más que ella, o doce capaz que eran, y mi papá también, como doce, o tal vez un poco más, y así seguimos todos, con ella entre nosotros.

Después, como sin darnos cuenta, sucedieron otras cosas, porque los vecinos la dejaron sin trabajo y ella no tuvo a dónde ir, y yo pedí permiso para llevarla a nuestra casa, y mi padre y mi madre dijeron que yo tenía razón, que no podíamos dejarla así en la calle.

Hasta ahora, hasta esto que le he contado a usted, nunca me había puesto a recordarlo. Ni siquiera al doctor Freytes le había contado toda la pena junta, enterita, como se la estoy contando a usted. Ahora que lo pienso es como si, repasando, y repasando, me volvieran otra vez el pensamiento y la memoria. Y entonces, de este modo, creo que regresa todo lo que ha habido antes. Regresan también mi padre y mi abuela Rosa y todo esto que le estoy contando, y vuelven el modo y la manera en que Gregoria vino a nuestras vidas y empezaron a suceder las cosas que he contado, porque era así nuestro destino o porque tenía nomás que ser. Regresan, digo yo, las penas que tenemos para que uno las re-

pare, les ponga pegamento con lo que sea y como fuera, con veladuras, con betunes o con falsos acabados, como se pueda se reparan, digo yo, que no es como uno quiere, sino como se puede. Vuelven las penas y penitas de uno, digo yo, para que uno las sobe muchas veces, hasta que queden lisas, suavecitas, y todo se ponga bien. ■

En: *Veladuras*, Grupo Editorial Norma, 2005.

ARISTOCRACIA DE BARRIO

Roberto Arlt



Duración

7'58"

La otra mañana he asistido a una escena altamente edificante para la moral de todos los que la contemplaban.

Un caballero, en mangas de camiseta y una carga de sueño en los ojos, atraillando a tres párvulos, discutía a grito pelado con una pantalonera, mujercita de pelo erizado y ligera de manos como Mercurio lo era de pies, y digo ligera de manos, porque la pantalonera no hacía sino agitar sus puños en torno de las narices del caballero en camiseta.

Para amenizar este espectáculo y darle la importancia lírico-sinfónica que necesitaba, acompañaban los interlocutores su discusión de esas palabras que, con mesura, llamamos gruesas, y que forman parte del lenguaje de los cocheros y los motormans irritados.

Por fin, el caballero de los ojos somnolientos, agotado su repertorio enérgico, recurrió a este último extremo, que no pudo menos de llamarme la atención. Dijo:

–Usted a mí no me falte el respeto, porque yo soy jubilado.

Es indiscutible que el nuestro es un país de vagos e inútiles, de aspirantes a covachuelistas, y de individuos que se pasarían la existencia en una hamaca paraguaya, pues este fenómeno se observa claramente en los comentarios que todas las personas hacen, cuando hablan de un joven que está empleado:

–Ah, tiene un buen puesto. Se jubilará.

A nadie le preocupa si el zángano de marras hará o no fortuna. Lo que le preocupa es esto: que se jubile.

De allí el prestigio que tienen en las familias los llamados empleados públicos.

Días pasados oía este comentario de boca de una señora:

– Cuando una chica tiene un novio que es empleado de banco, es mejor que si tuviera un cheque de cien mil pesos.

Y es que todo el mundo piensa en la jubilación, y eso es lo que hace que el empleado de banco, o todo empleado con jubilación segura, sea el artículo más codiciado por las familias que tienen menores matrimoniales.

Y tanto se ha exagerado esto, que la jubilación ha llegado a constituir casi un título de nobleza leguleya. No hay chupatintas ni ensuciapapeles que no se crea un genio, porque después de haberse pasado veinticinco años haciendo rayas en un librote lo jubilarán.

Y las primeras en exagerar los méritos del futuro jubilado son las familias, las chicas que quieren casarse y los padres que se las quieren sacar de encima cuanto antes.

En mi concepto, la mejor patente de inutilidad que puede presentar un individuo, es la de ser burócrata; luego viene, fatalmente, la de jubilarse. Hablando en plata, es un tío que no sirve para nada. Si sirviera para algo no se pasaría veinticinco años esperando un sueldo de mala muerte, sino que hubiera hecho fortuna por su cuenta e independientemente de los poderes oficiales.

Esto desde el punto de vista más simple y sencillo. Luego viene el otro... el otro que se nos presenta con su medianía absoluta es un individuo que, como un molusco, se ha aferrado a la primera roca que encontró al paso y se quedó medrando mediocrementemente, sin una aspiración, sin una rebeldía, siempre manso, siempre gris, siempre insignificante.

Veinticinco o treinta años de esperar un sueldo sin hacer nada durante los treinta días del mes.

Siete mil quinientos días que se ha pasado un fulano haciéndole la guardia a un escritorio, mascullando las mismas frasecitas de encargo; temblando a cada cambio de política; soportándole la bilis a un jefe animal; aburriéndose de escribir siempre las mismas pavadas en el mismo papel de oficio y en el mismo tono pedestre y altisonante. Se necesita paciencia, hambre e inutilidad para llegar a tales extremos.

Pero bien lo dice el Eclesiastés: “Todo hombre hace de sus vicios una virtud”.

La jubilación que debía ser la muestra más categórica de la inutilidad de un individuo, se ha convertido, en nuestra época, en la patente de una aristocracia: la aristocracia de los jubilados.

Díganmelo a mí...

¡Cuántas veces al entrar a una sala y recibirme una de esas viudas grotescas con moñito de terciopelo al cogote, lo primero que oí, fue decirme al enseñarme el retrato patilludo y bigotudo de un sujeto, que colgaba de un muro:

– ¡Mi difunto esposo, que murió jubilado!

Y lo de jubilado he visto que lo añaden como si fuera un título nobiliario y quisieran decir:

– Mi difunto esposo que murió siendo miembro de la Legión de Honor.

Eso mismo, la jubilación para cierta gente de nuestra ciudad viene a ser como la Legión de Honor, el desiderátum, la culminación de toda una vida de perfecta inutilidad, el broche de oro, como diría el poeta Visillac, de ese vacuo soneto de que se compone la vida del empleado nacional, cuyo único sueño es eso.

Sí, ese es el único sueño. Además, el timbre de honor de las familias, el orgullo de las hijas de papá.

Y lo curioso es que casi todos los jubilados pertenecen a la Liga Patriótica; casi todos los jubilados sienten horror a la revolución rusa; casi todos los jubilados se enojan cuando oyen decir la frase de Proudhon: "La propiedad es un robo".

Constituyen un gremio de Fulanos color de pimienta, gastan bastones con puño de oro, tienen aspecto de suficiencia y cuando hablan del doctor Yrigoyen, dicen:

– En hablando de don Hipólito... –y se descubren con una ceremoniosa genuflexión.

En definitiva: la aristocracia de las parroquias está compuesta de la siguiente forma: por empleados jubilados; tenientes coroneles retirados; farmacéuticos y almaceneros que sienten veleidades de políticos y de salvadores del orden social.

Por eso el lagañoso caballero de la camiseta, que era un ex escribiente del Registro Civil, con treinta años de servicio, le decía a la pantalonera:

– Usted a mí no me falte el respeto, porque soy jubilado.

En: *Aguafuertes porteñas*, Hyspamérica, 1986.

PARÁBOLA DEL TRUEQUE

Juan José Arreola



Duración
10' 52"

Al grito de «¡Cambio esposas viejas por nuevas!» el mercader recorrió las calles del pueblo arrastrando su convoy de pintados carromatos.

Las transacciones fueron muy rápidas, a base de unos precios inexorablemente fijos. Los interesados recibieron pruebas de calidad y certificados de garantía, pero nadie pudo escoger. Las mujeres, según el comerciante, eran de veinticuatro quilates. Todas rubias y todas circasianas. Y más que rubias, doradas como candeleros.

Al ver la adquisición de su vecino, los hombres corrían desaforados en pos del traficante. Muchos quedaron arruinados. Sólo un recién casado pudo hacer cambio a la par. Su esposa estaba flamante y no desmerecía ante ninguna de las extranjeras. Pero no era tan rubia como ellas.

Yo me quedé temblando detrás de la ventana, al paso de un carro suntuoso. Recostada entre almohadones y cortinas, una mujer que parecía un leopardo me miró deslumbrante, como desde un bloque de topacio. Presa de aquel contagioso frenesí, estuve a punto de estrellarme contra los vidrios. Avergonzado, me aparté de la ventana y volví el rostro para mirar a Sofía.

Ella estaba tranquila, bordando sobre un nuevo mantel las iniciales de costumbre. Ajena al tumulto, ensartó la aguja con sus dedos seguros. Sólo yo que la conozco podía advertir su tenue, imperceptible palidez. Al final de la calle, el mercader lanzó por último la turbadora proclama: «¡Cambio esposas viejas por nuevas!». Pero yo me quedé con los

pies clavados en el suelo, cerrando los oídos a la oportunidad definitiva. Afuera, el pueblo respiraba una atmósfera de escándalo.

Sofía y yo cenamos sin decir una palabra, incapaces de cualquier comentario.

–¿Por qué no me cambiaste por otra? –me dijo al fin, llevándose los platos.

No pude contestarle, y los dos caímos más hondo en el vacío. Nos acostamos temprano, pero no podíamos dormir. Separados y silenciosos, esa noche hicimos un papel de convidados de piedra.

Desde entonces vivimos en una pequeña isla desierta, rodeados por la felicidad tempestuosa. El pueblo parecía un gallinero infestado de pavos reales. Indolentes y voluptuosas, las mujeres pasaban todo el día echadas en la cama. Surgían al atardecer, resplandecientes a los rayos del sol, como sedosas banderas amarillas.

Ni un momento se separaban de ellas los maridos complacientes y sumisos. Obstinados en la miel, descuidaban su trabajo sin pensar en el día de mañana.

Yo pasé por tonto a los ojos del vecindario, y perdí los pocos amigos que tenía. Todos pensaron que quise darles una lección, poniendo el ejemplo absurdo de la fidelidad. Me señalaban con el dedo, riéndose, lanzándome pullas desde sus opulentas trincheras. Me pusieron sobrenombres obscenos, y yo acabé por sentirme como una especie de eunuco en aquel edén placentero.

Por su parte, Sofía se volvió cada vez más silenciosa y retraída. Se negaba a salir a la calle conmigo, para evitarme contrastes y comparaciones. Y lo que es peor, cumplía de mala gana con sus más estrictos deberes de casada. A decir verdad, los dos nos sentíamos apenados de unos amores tan modestamente conyugales.

Su aire de culpabilidad era lo que más me ofendía. Se sintió responsable de que yo no tuviera una mujer como las otras. Se puso a pensar desde el primer momento que su humilde semblante de todos los días era incapaz de apartar la imagen de la tentación que yo llevaba en la cabeza. Ante la hermosura invasora, se batió en retirada hasta los últimos rincones del mudo resentimiento. Yo agoté en vano nuestras pequeñas economías, comprándole adornos, perfumes, alhajas y vestidos.

–¡No me tengas lástima!

Y volvía la espalda a todos los regalos. Si me esforzaba en mimarla, venía su respuesta entre lágrimas:

–¡Nunca te perdonaré que no me hayas cambiado!

Y me echaba la culpa de todo. Yo perdía la paciencia. Y recordando

a la que parecía un leopardo, deseaba de todo corazón que volviera a pasar el mercader.

Pero un día las rubias comenzaron a oxidarse. La pequeña isla en que vivíamos recobró su calidad de oasis, rodeada por el desierto. Un desierto hostil, lleno de salvajes alaridos de descontento. Deslumbrados a primera vista, los hombres no pusieron realmente atención en las mujeres. Ni les echaron una buena mirada, ni se les ocurrió ensayar su metal. Lejos de ser nuevas, eran de segunda, de tercera, de sabe Dios cuántas manos... El mercader les hizo sencillamente algunas reparaciones indispensables, y les dio un baño de oro tan bajo y tan delgado, que no resistió la prueba de las primeras lluvias.

El primer hombre que notó algo extraño se hizo el desentendido, y el segundo también. Pero el tercero, que era farmacéutico, advirtió un día entre el aroma de su mujer, la característica emanación del sulfato de cobre. Procediendo con alarma a un examen minucioso, halló manchas oscuras en la superficie de la señora y puso el grito en el cielo.

Muy pronto aquellos lunares salieron a la cara de todas, como si entre las mujeres brotara una epidemia de herrumbre. Los maridos se ocultaron unos a otros las fallas de sus esposas, atormentándose en secreto con terribles sospechas acerca de su procedencia. Poco a poco salió a relucir la verdad, y cada quien supo que había recibido una mujer falsificada.

El recién casado que se dejó llevar por la corriente del entusiasmo que despertaron los cambios, cayó en un profundo abatimiento. Obsesionado por el recuerdo de un cuerpo de blancura inequívoca, pronto dio muestras de extravío. Un día se puso a remover con ácidos corrosivos los restos de oro que había en el cuerpo de su esposa, y la dejó hecha una lástima, una verdadera momia.

Sofía y yo nos encontramos a merced de la envidia y del odio. Ante esa actitud general, creí conveniente tomar algunas precauciones. Pero a Sofía le costaba trabajo disimular su júbilo, y dio en salir a la calle con sus mejores atavíos, haciendo gala entre tanta desolación. Lejos de atribuir algún mérito a mi conducta, Sofía pensaba naturalmente que yo me había quedado con ella por cobarde, pero que no me faltaron las ganas de cambiarla.

Hoy salió del pueblo la expedición de los maridos engañados, que van en busca del mercader. Ha sido verdaderamente un triste espectáculo. Los hombres levantaban al cielo los puños, jurando venganza. Las mujeres iban de luto, lacias y desgredadas, como plañideras leprosas. El único que se quedó es el famoso recién casado, por cuya razón se

teme. Dando pruebas de un apego maniático, dice que ahora será fiel hasta que la muerte lo separe de la mujer ennegrecida, ésa que él mismo acabó de estropear a base de ácido sulfúrico.

Yo no sé la vida que me aguarda al lado de una Sofía quién sabe si necia o si prudente. Por lo pronto, le van a faltar admiradores. Ahora estamos en una isla verdadera, rodeada de soledad por todas partes. Antes de irse, los maridos declararon que buscarán hasta el infierno los rastros del estafador. Y realmente, todos ponían al decirlo una cara de condenados.

Sofía no es tan morena como parece. A la luz de la lámpara, su rostro dormido se va llenando de reflejos. Como si del sueño le salieran leves, dorados pensamientos de orgullo. ■

En: *Estas páginas mías. Antología personal*, FCE, 1993.

EL BOCHÍN

Leónidas Barletta



Duración
7'56"

Todos ustedes conocen el juego de bochas.

Era al caer de la tarde y algo se había bebido. El viejo tomó la bocha y la acarició como si fuera la cabeza monda de un chico. Midió con los ojos la distancia, y avanzando un paso y doblándose hacia el suelo, la echó a rodar con fuerza.

Mientras él se erguía sin levantar los ojos, todos siguieron expectantes la trayectoria de la bocha que rozó apenas la tabla, pasó entre dos bochas rayadas sin tocarlas, y se detuvo suavemente junto al bochín.

– ¡Bravo, Pedro!

– ¡Así me gusta! – exclamaron los que miraban el partido. Con ese tanto, el partido era suyo pero estaban en catorce a catorce. A don Santiago le quedaba todavía una bocha.

– ¡Cristo!

La llevaba en la mano con calculada indiferencia. La mano huesuda del viejo se crispó en la bocha, echó un pie adelante y ajustó el sombrero sobre la frente. Todavía pasó la mano sobre el bigote blanco, como si los pelos hirsutos pudieran molestarle la visión.

Tomó impulso con dos zancadas vacilantes, lanzó reciamente la bocha al aire, y se quedó como si hubiese querido imprimirle dirección con todo el cuerpo.

Se oyó el ruido seco del choque de las bochas, saltó el bochín fuera de la cancha, rebotó, volvió a caer dentro y le dio dos puntos a don Santiago.

- ¡Bravo, Santiago!

- ¡Así se hace!

La vieja rivalidad del juego se acentuó entre los dos amigos. Don Pedro se adelantó con paso lento, echó una mirada a las bochas, se peinó el bigote con los dedos, y dijo:

- Salió el bochín de la cancha.

- Sí; pero el bochín está en la cancha -replicó Santiago, y se rió sarcónicamente.

- Pero salió de la cancha -insistió gravemente don Pedro.

- A usted, don Pedro, no le gusta perder -comentó don Santiago, buscando con la mirada quien lo aprobase.

- Usted tiene que ganar como bueno... -sentenció don Pedro.

- ¿Qué me quiere decir? Un bochazo así no lo ha dado usted en toda su vida.

- Cuando yo jugaba a las bochas, usted...

- ¡Cristo! Se van a pelear ahora... -intervinieron.

- Que venga don Rosario que hace el juez.

- Lo que él diga será "lo" justo.

Don Rosario, se acercó a la cancha con una sonrisa.

- La bocha pegó en el bochín, lo hizo saltar de la cancha, rebotó afuera y vino a caer otra vez adentro.

Se hizo un breve silencio. Don Rosario sacó del bolsillo del chaleco un medio cigarro, le despegó la estampilla y falló gravemente:

- Si el bochín vuelve solo a la cancha, vale.

Don Pedro se abrochó el saco, y sin despedirse, se volvió para marcharse.

- ¿No toma un vaso de vino, don Pedro?

- ¡Basta por hoy! ¡Salud!

Cruzó el salón de la cantina, espeso de humo, y salió.

Oscurecía. La calle en declive permitía ver el barrio, gris, suavizado en sombras lilas, con su montón de casitas humildes apeñuscadas.

Nunca había sentido tan viva contrariedad. Con sus setenta y dos años, erguido, fuerte, el bigote chamuscado por el cigarro, las cejas hirsutas, los ojos severos y nobles, cruzados por un pliegue oblicuo del párpado.

Del cielo color de plomo, bajaba un silencio espeso que atenuaba los ruidos.

Empujó la puerta de su casa y en el patio de ladrillos lleno de plantas enmacetadas, hubo un movimiento de sorpresa.

No lo esperaban sin duda; y encontró arracimados a la madre y a sus dos hijos.

El viejo avanzó ceñudo.

-¿Qué hace usted en mi casa? -dijo.

El muchacho, hosco, se puso de pie sin responder. Una crencha de pelo negro le tapaba un ojo.

La vieja se adelantó a protegerle con el cuerpo.

-Pedro, mirá bien lo que hacés

El viejo dijo a modo de réplica:

-Cuando un hombre se va de la casa de sus padres, sólo muerto tiene que volver.

-Papá -dijo la muchacha suavemente-, déjelo ¿No ve que no puede vivir sin nosotros? ¿No ve que vino solo?

Otra vez se sintió derrotado, disminuido, y sin embargo contento. Trató de que no se le conociera en el rostro firme.

Su mujer se le acercó y preguntó con un dejo de angustia:

-¿Lo dejás que se quede, Pedro?

El viejo no contestó. Silencio; silencio hostil del muchacho, silencio doloroso de la madre, ansioso de la hermana.

Por la vieja, por María hubiese consentido; pero que él creyese que había tenido un momento de debilidad le parecía inconcebible.

María volvió a empujarlo hacia la reconciliación, despacito:

-Perdónelo, papá, así volvemos a estar todos juntos. ¡Si volvió solo!

Ya casi no se veían las caras en la oscuridad.

Se oye el estrépito de un carro rodando por el empedrado.

Después silencio. Después una voz alterada que dice:

-Te apuntaste un tanto, María, tenés razón; si el bochín vuelve solo a la cancha, vale.

En: *La flor y otros cuentos*, Eudeba, 1965.

EL LADRÓN

ALBERTO BARRIO

Ángel Bonomini



Duración
3'02"

Alberto Barrio fue ladrón. Tenía nueve años y siempre lo mandaban al almacén de Las Heras y Azcuénaga. Una mañana fue a comprar una latita de azafrán. El almacén estaba desierto. Había olor a lavandina y a garbanzos, a jabón y a queso, un olor mezclado y limpio y, aunque afuera la mañana brillara amarilla de sol, allí parecía la hora de la siesta por las cortinas de lona que cuidaban las sombras y el fresco.

Como en una tarea secreta, don José apilaba con geométrica precisión una torre de tabletas de chocolate Águila. Ante la mirada estupefacta de Barrio levantaba una torre hueca de amarga delicia, edificio que no guardaba otro tesoro que el de sus propios muros.

Al día siguiente volvió al almacén. Había mucha gente y aceptó con gratitud la espera. Primero contempló la torre. Después se acercó a ella. Por último la tocó. Sintió un súbito escalofrío cuando sus dedos, involuntariamente, comprobaron que una tableta estaba suelta. Era fácil sacarla sin que la torre se derrumbara. Lo atendieron, pagó y se fue.

La batalla duró un mes. La fascinación y la ceguera del peligro lo pasearon por el placer y la angustia. A veces, sentía el secreto como una riqueza. A veces, se le resolvía en catástrofe: lo sorprendían robando, lo perseguían, lo apresaban, no volvía a ver a su madre ni a sus hermanos, le ponían un uniforme y lo condenaban a soledad y silencio.

Sucesivas correcciones de su conducta lo convirtieron en presidiario, en beatífico renunciante a la tentación, en gozador exclusivo del chocolate, en dadivoso repartidor de barritas entre sus hermanos. Creyó -con

confusión – que pensar el mal era igual que ejercerlo, que la tentación era el pecado mismo. Que después de haberlo pensado, robar o dejar de hacerlo no modificaba su responsabilidad. No desestimó la posibilidad de que adivinaran su proyecto y lo arrestaran. Durante un mes, cada día, vio la pila, se cercioró de la presencia de la tableta suelta, leyó en la cobertura la incomprensible aseveración de que el peso neto era de media libra, hizo sus compras y regresó a su casa. No llevársela era casi tan terrible como robarla. Elaboró varios planes: emplear una bolsa; valerse del amplio bolsillo del impermeable; usar una tricota. Visitó febrilmente una serie de horrores: don José lo veía por un espejo cuando ponía el paquete en la bolsa; o se le caía del bolsillo del impermeable; o una mujer lo delataba al verlo cometer el robo. Y así lo cometió una y mil veces sin soslayar la delectación del riesgo que lo hacía dar bruscos saltos en la cama mientras robaba y volvía a robar la golosina. Y una y mil veces desechó la horrible idea para recobrar la calma que le permitiera la tregua del sueño.

En el colegio empezó a dibujar torres octogonales que guardaban su secreto. Con delirante fantasía llegó a verse escondido detrás del mostrador durante una noche entera, concretar el robo y no tener después cómo salir del negocio. Para ese momento, denunciada su ausencia, la policía lo buscaba. Hasta que de pronto un vigilante entraba en el almacén y bajo el poderoso foco de la linterna policial era sorprendido con el chocolate en la mano. Y vuelta otra vez la odiada y temida prisión con el uniforme y la soledad.

Una mañana, la madre repitió el encargo: una latita de azafrán El Riojano. La reiteración del hecho, sumada a la fortuita coincidencia de que ese día también había un sol muy pleno, se le manifestó a Barrio al principio como un signo inextricable. Pronto lo interpretó como el fin de su condena: debía robar la tableta.

Pidió el azafrán. No estaban sino el almacenero y él en el local. Barrio se encontraba junto a la pila y pensó fugazmente que almacén debería llamarse el lugar donde se encuentra el alma. El viejo se agachó detrás del mostrador. Barrio tomó la tableta y la largó por la abertura de su camisa. El paquete se deslizó contra su pecho y quedó retenido por el cinturón. En el momento en que el objeto robado recorría su piel, el almacenero se levantaba. “¿Qué más?”, preguntó el hombre. “Nada más”, respondió el ladrón.

Con las piernas flojas, que no obedecían a su voluntad sino a su costumbre, salió del almacén. Se metió en su casa. Desde la puerta de la

calle hasta la de su departamento se alargaba un estrecho y profundo corredor. También por allí lo llevaron de memoria sus piernas. Apenas aceptó la realidad de que el corredor estuviera desierto cuando, antes de meterse en el departamento, se volvió seguro de ver a los mil veces imaginados vigilantes.

Entregó el azafrán a su madre y se encerró en el baño. Primero se lavó las manos y la cara. No quiso mirarse en el espejo por miedo de haber cambiado de rostro. Se sentó en el borde de la bañera y sacó el paquete que se había calentado por el contacto con su cuerpo. Lo abrió cuidadosamente. Primero, la cobertura amarilla que ostentaba la imagen de un águila con las alas desplegadas, después el papel plateado. Pero no había chocolate. Era una tableta de madera. ■

En: *El libro de los casos*, Sudamericana, 1975.

EL INDIGNO

Jorge Luis Borges



Duración
17'32"

La imagen que tenemos de la ciudad siempre es algo anacrónica. El café ha degenerado en bar; el zaguán que nos dejaba entrever los patios y la parra es ahora un borroso corredor con un ascensor en el fondo. Así, yo creí durante años que a determinada altura de Talcahuano me esperaba la Librería Buenos Aires; una mañana comprobé que la había reemplazado una casa de antigüedades y me dijeron que don Santiago Fischbein, el dueño, había fallecido. Era más bien obeso; recuerdo menos sus facciones que nuestros largos diálogos. Firme y tranquilo, solía condenar el sionismo, que haría del judío un hombre común, atado, como todos los otros, a una sola tradición y un solo país, sin las complejidades y discordias que ahora lo enriquecen. Estaba compilando, me dijo, una copiosa antología de la obra de Baruch Spinoza, aligerada de todo ese aparato euclidiano que traba la lectura y que da a la fantástica teoría un rigor ilusorio. Me mostró, y no quiso venderme, un curioso ejemplar de la *Kabbala denudata* de Rosenroth, pero en mi biblioteca hay algunos libros de Ginsburg y de Waite que llevan su sello.

Una tarde en que los dos estábamos solos me confió un episodio de su vida, que hoy puedo referir. Cambiaré, como es de prever, algún pormenor.

“Voy a revelarles una cosa que no he contado a nadie. Ana, mi mujer, no lo sabe, ni siquiera mis amigos más íntimos. Hace ya tantos años que ocurrió que ahora la siento como ajena. A lo mejor le sirve

para un cuento, que usted, sin duda, surtirá de puñales. No sé si ya le he dicho alguna otra vez que soy entrerriano. No diré que éramos gauchos judíos; gauchos judíos no hubo nunca. Éramos comerciantes y chacareros. Nací en Urdinarrain, de la que apenas guardo memoria; cuando mis padres se vinieron a Buenos Aires, para abrir una tienda, yo era muy chico. A unas cuadras quedaba el Maldonado y después los baldíos.

Carlyle ha escrito que los hombres precisan héroes. La historia de Grosso me propuso el culto de San Martín, pero en él no hallé más que un militar que había guerreado en Chile y que ahora era una estatua de bronce y el nombre de una plaza. El azar me dio un héroe muy distinto, para desgracia de los dos: Francisco Ferrari. Ésta debe ser la primera vez que lo oye nombrar.

El barrio no era bravo como lo fueron, según dicen, los Corrales y el Bajo, pero no había almacén que no contara con su barra de compadritos. Ferrari paraba en el almacén de Triunvirato y Thames. Fue ahí donde ocurrió el incidente que me llevó a ser uno de sus adictos. Yo había ido a comprar un cuarto de yerba. Un forastero de melena y bigote se presentó y pidió una ginebra. Ferrari le dijo con suavidad:

–Dígame ¿no nos vimos anteanoche en el baile de la Juliana? ¿De dónde viene?

–De San Cristóbal –dijo el otro.

–Mi consejo –insinuó Ferrari– es que no vuelva por aquí. Hay gente sin respeto que es capaz de hacerle pasar un mal rato.

El de San Cristóbal se fue, con bigote y todo. Tal vez no fuera menos hombre que el otro, pero sabía que ahí estaba la barra.

Desde esa tarde Francisco Ferrari fue el héroe que mis quince años anhelaban. Era morocho, más bien alto, de buena planta, buen mozo a la manera de la época. Siempre andaba de negro. Un segundo episodio nos acercó. Yo estaba con mi madre y mi tía; nos cruzamos con unos muchachones y uno le dijo fuerte a los otros:

–Déjenlas pasar. Carne vieja.

Yo no supe qué hacer. En eso intervino Ferrari, que salía de su casa. Se encaró con el provocador y le dijo:

–Si andás con ganas de meterte con alguien ¿por qué no te metés conmigo más bien?

Los fue filiando, uno por uno, despacio, y nadie contestó una palabra. Lo conocían.

Se encogió de hombros, nos saludó y se fue. Antes de alejarse, me dijo:

-Si no tenés nada que hacer, pasá luego por el boliche.

Me quedé anonadado. Sarah, mi tía, sentenció:

-Un caballero que hace respetar a las damas.

Mi madre, para sacarme del apuro, observó:

-Yo diría más bien un compadre que no quiere que haya otros.

No sé cómo explicarle las cosas. Yo me he labrado ahora una posición, tengo esta librería que me gusta y cuyos libros leo, gozo de amistades como la nuestra, tengo mi mujer y mis hijos, me he afiliado al Partido Socialista, soy un buen argentino y un buen judío. Soy un hombre considerado. Ahora usted me ve casi calvo; entonces yo era un pobre muchacho ruso, de pelo colorado, en un barrio de las orillas. La gente me miraba por encima del hombro. Como todos los jóvenes, yo trataba de ser como los demás. Me había puesto Santiago para escamotear el Jacobo, pero quedaba el Fischbein. Todos nos parecemos a la imagen que tienen de nosotros. Yo sentía el desprecio de la gente y yo me despreciaba también. En aquel tiempo, y sobre todo en aquel medio, era importante ser valiente; yo me sabía cobarde. Las mujeres me intimidaban; yo sentía la íntima vergüenza de mi castidad temerosa. No tenía amigos de mi edad.

No fui al almacén esa noche. Ojalá nunca lo hubiera hecho. Acabé por sentir que en la invitación había una orden; un sábado, después de comer, entré en el local.

Ferrari presidía una de las mesas. A los otros yo los conocía de vista; serían unos siete. Ferrari era el mayor, salvo un hombre viejo, de pocas y cansadas palabras, cuyo nombre es el único que no se me ha borrado de la memoria: don Eliseo Amaro. Un tajo le cruzaba la cara, que era muy ancha y floja. Me dijeron, después, que había sufrido una condena.

Ferrari me sentó a su izquierda; a don Eliseo lo hicieron mudar de lugar. Yo no las tenía todas conmigo. Temía que Ferrari aludiera al ingrato incidente de días pasados. Nada de eso ocurrió; hablaron de mujeres, de naipes, de comicios, de un payador que estaba por llegar y que no llegó, de las cosas del barrio. Al principio les costaba aceptarme; luego lo hicieron, porque tal era la voluntad de Ferrari. Pese a los apellidos, en su mayoría italianos, cada cual se sentía (y lo sentían) criollo y aun gaucho. Alguno era cuarteador o carrero o acaso matarife; el trato con los animales los acercaría a la gente de campo. Sospecho que su mayor anhelo hubiera sido ser Juan Moreira. Acabaron por decirme el Rusito, pero en el apodo no había desprecio. De ellos aprendí a fumar y otras cosas.

En una casa de la calle Junín alguien me preguntó si yo no era amigo de Francisco Ferrari. Le contesté que no; sentí que haberle contestado que sí hubiera sido una jactancia.

Una noche la policía entró y nos palpó. Alguno tuvo que ir a la comisaría; con Ferrari no se metieron. A los quince días la escena se repitió; esta segunda vez arrearon con Ferrari también, que tenía una daga en el cinto. Acaso había perdido el favor del caudillo de la parroquia.

Ahora veo en Ferrari a un pobre muchacho, iluso y traicionado; para mí, entonces, era un dios.

La amistad no es menos misteriosa que el amor o que cualquiera de las otras facetas de esta confusión que es la vida. He sospechado alguna vez que la única cosa sin misterio es la felicidad, porque se justifica por sí sola. El hecho es que Francisco Ferrari, el osado, el fuerte, sintió amistad por mí, el despreciable. Yo sentí que se había equivocado y que yo no era digno de esa amistad. Traté de rehuirlo y no me lo permitió. Esta zozobra se agravó por la desaprobación de mi madre, que no se resignaba a mi trato con lo que ella nombraba la morralla y que yo remedaba. Lo esencial de la historia que le refiero es mi relación con Ferrari, no los sórdidos hechos, de los que ahora no me arrepiento. Mientras dura el arrepentimiento dura la culpa.

El viejo, que había retomado su lugar al lado de Ferrari, secreteaba con él. Algo estarían tramando. Desde la otra punta de la mesa, creí percibir el nombre de Weidemann, cuya tejeduría quedaba por los confines del barrio. Al poco tiempo me encargaron, sin más explicaciones, que rondara la fábrica y me fijara bien en las puertas. Ya estaba por atardecer cuando crucé el arroyo y las vías. Me acuerdo de unas casas desparramadas, de un sauzal y unos huecos. La fábrica era nueva, pero de aire solitario y derruido; su color rojo, en la memoria, se confunde ahora con el poniente. La cercaba una verja. Además de la entrada principal, había dos puertas en el fondo que miraban al sur y que daban directamente a las piezas.

Confieso que tardé en comprender lo que usted ya habrá comprendido. Hice mi informe, que otro de los muchachos corroboró. La hermana trabajaba en la fábrica. Que la barra faltara al almacén un sábado a la noche hubiera sido recordado por todos; Ferrari decidió que el asalto se haría el otro viernes. A mí me tocaría hacer de campana. Era mejor que, mientras tanto, nadie nos viera juntos. Ya solos en la calle los dos, le pregunté a Ferrari:

–¿Usted me tiene fe?

–Sí –me contestó–. Sé que te portarás como un hombre.

Dormí bien esa noche y las otras. El miércoles le dije a mi madre que iba a ver en el centro una vista nueva de cowboys. Me puse lo mejor que tenía y me fui a la calle Moreno. El viaje en el Lacroze fue largo. En el Departamento de Policía me hicieron esperar, pero al fin uno de los empleados, un tal Eald o Alt, me recibió. Le dije que venía a tratar con él un asunto confidencial. Me respondió que hablara sin miedo. Le revelé lo que Ferrari andaba tramando. No dejó de admirarme que ese nombre le fuera desconocido; otra cosa fue cuando le hablé de don Eliseo.

-¡Ah! -me dijo-. Ése fue de la barra del Oriental.

Hizo llamar a otro oficial, que era de mi sección, y los dos conversaron. Uno me preguntó, no sin sorna:

-¿Vos venís con esta denuncia porque te creés un buen ciudadano?

Sentí que no me entendería y le contesté:

-Sí, señor. Soy un buen argentino.

Me dijeron que cumpliera con la misión que me había encargado mi jefe, pero que no silbara cuando viera venir a los agentes. Al despedirme, uno de los dos me advirtió:

-Andá con cuidado. Vos sabés lo que les espera a los batintines.

Los funcionarios de policía gozan con el lunfardo, como los chicos de cuarto grado. Le respondí:

-Ojalá me maten. Es lo mejor que puede pasarme.

Desde la madrugada del viernes, sentí el alivio de estar en el día definitivo y el remordimiento de no sentir remordimiento alguno. Las horas se me hicieron muy largas. Apenas probé la comida. A las diez de la noche fuimos juntándonos a una cuadra escasa de la tejeduría. Uno de los nuestros falló; don Eliseo dijo que nunca falta un flojo. Pensé que luego le echarían la culpa de todo. Estaba por llover. Yo temí que alguien se quedara conmigo, pero me dejaron solo en una de las puertas del fondo. Al rato aparecieron los vigilantes y un oficial. Vinieron caminando; para no llamar la atención habían dejado los caballos en un terreno. Ferrari había forzado la puerta y pudieron entrar sin hacer ruido. Me aturdieron cuatro descargas. Yo pensé que adentro, en la oscuridad, estaban matándose. En eso vi salir a la policía con los muchachos esposados. Después salieron dos agentes, con Francisco Ferrari y don Eliseo Amaro a la rastra. Los habían ardido a balazos. En el sumario se declaró que habían resistido la orden de arresto y que fueron los primeros en hacer fuego. Yo sabía que era mentira, porque no los vi nunca con revólver. La policía aprovechó la ocasión para cobrarse una vieja deuda. Días después, me dijeron que Ferrari trató de

huir, pero que un balazo bastó. Los diarios, por supuesto, lo convirtieron en el héroe que acaso nunca fue y que yo había soñado.

A mí me arrearón con los otros y al poco tiempo me soltaron.

En: *Obras Completas*, Emecé, 2010.

EMMA ZUNZ

Jorge Luis Borges



Duración
17'31"

El catorce de enero de 1922, Emma Zunz, al volver de la fábrica de tejidos Tarbuch y Loewenthal, halló en el fondo del zaguán una carta, fechada en el Brasil, por la que supo que su padre había muerto. La engañaron, a primera vista, el sello y el sobre; luego, la inquietó la letra desconocida. Nueve o diez líneas borroneadas querían colmar la hoja; Emma leyó que el señor Maier había ingerido por error una fuerte dosis de veronal y había fallecido el 3 del corriente en el hospital de Bagé. Un compañero de pensión de su padre firmaba la noticia, un tal Fein o Fain, de Río Grande, que no podía saber que se dirigía a la hija del muerto.

Emma dejó caer el papel. Su primera impresión fue de malestar en el vientre y en las rodillas; luego de ciega culpa, de irrealidad, de frío, de temor; luego, quiso ya estar en el día siguiente. Acto continuo comprendió que esa voluntad era inútil porque la muerte de su padre era lo único que había sucedido en el mundo, y seguiría sucediendo sin fin. Recogió el papel y se fue a su cuarto. Furtivamente lo guardó en un cajón, como si de algún modo ya conociera los hechos ulteriores. Ya había empezado a vislumbrarlos, tal vez; ya era la que sería.

En la creciente oscuridad, Emma lloró hasta el fin de aquel día el suicidio de Manuel Maier, que en los antiguos días felices fue Emanuel Zunz. Recordó veraneos en una chacra, cerca de Gualaguay, recordó (trató de recordar) a su madre, recordó la casita de Lanús que les remataron, recordó los amarillos losanges de una ventana, recordó el auto de prisión, el oprobio, recordó los anónimos con el suelto sobre «el desfalco del cajero»,

recordó (pero eso jamás lo olvidaba) que su padre, la última noche, le había jurado que el ladrón era Loewenthal. Loewenthal, Aarón Loewenthal, antes gerente de la fábrica y ahora uno de los dueños. Emma, desde 1916, guardaba el secreto. A nadie se lo había revelado, ni siquiera a su mejor amiga, Elsa Urstein. Quizá rehuía la profana incredulidad; quizá creía que el secreto era un vínculo entre ella y el ausente. Loewenthal no sabía que ella sabía; Emma Zunz derivaba de ese hecho ínfimo un sentimiento de poder.

No durmió aquella noche, y cuando la primera luz definió el rectángulo de la ventana, ya estaba perfecto su plan. Procuró que ese día, que le pareció interminable, fuera como los otros. Había en la fábrica rumores de huelga; Emma se declaró, como siempre, contra toda violencia. A las seis, concluido el trabajo, fue con Elsa a un club de mujeres, que tiene gimnasio y pileta. Se inscribieron; tuvo que repetir y deletrear su nombre y su apellido; tuvo que festejar las bromas vulgares que comentan la revisión. Con Elsa y con la menor de las Kronfuss discutió a qué cinematógrafo irían el domingo a la tarde. Luego, se habló de novios y nadie esperó que Emma hablara. En abril cumpliría diecinueve años, pero los hombres le inspiraban, aún, un temor casi patológico... De vuelta, preparó una sopa de tapioca y unas legumbres, comió temprano, se acostó y se obligó a dormir. Así, laborioso y trivial, pasó el viernes 15, la víspera.

El sábado, la impaciencia la despertó. La impaciencia, no la inquietud, y el singular alivio de estar en aquel día, por fin. Ya no tenía que tramar y que imaginar; dentro de algunas horas alcanzaría la simplicidad de los hechos. Leyó en *La Prensa* que el *Nordstjärnan*, de Malmö, zarparía esa noche del dique 3; llamó por teléfono a Loewenthal, insinuó que deseaba comunicar, sin que lo supieran las otras, algo sobre la huelga y prometió pasar por el escritorio, al oscurecer. Le temblaba la voz; el temblor convenía a una delatora. Ningún otro hecho memorable ocurrió esa mañana. Emma trabajó hasta las doce y fijó con Elsa y con Perla Kronfuss los pormenores del paseo del domingo. Se acostó después de almorzar y recapituló, cerrados los ojos, el plan que había tramado. Pensó que la etapa final sería menos horrible que la primera y que le depararía, sin duda, el sabor de la victoria y de la justicia. De pronto, alarmada, se levantó y corrió al cajón de la cómoda. Lo abrió; debajo del retrato de Milton Sills, donde la había dejado la antenoche, estaba la carta de Fain. Nadie podía haberla visto; la empezó a leer y la rompió.

Referir con alguna realidad los hechos de esa tarde sería difícil y quizá improcedente. Un atributo de lo infernal es la irrealidad, un atributo

que parece mitigar sus terrores y que los agrava tal vez. ¿Cómo hacer verosímil una acción en la que casi no creyó quien la ejecutaba, cómo recuperar ese breve caos que hoy la memoria de Emma Zunz repudia y confunde? Emma vivía por Almagro, en la calle Liniers; nos consta que esa tarde fue al puerto. Acaso en el infame Paseo de Julio se vio multiplicada en espejos, publicada por luces y desnudada por los ojos hambrientos, pero más razonable es conjeturar que al principio erró, inadvertida, por la indiferente recova... Entró en dos o tres bares, vio la rutina o los manejos de otras mujeres. Dio al fin con hombres del *Nordstjärnan*. De uno, muy joven, temió que le inspirara alguna ternura y optó por otro, quizá más bajo que ella y grosero, para que la pureza del horror no fuera mitigada. El hombre la condujo a una puerta y después a un turbio zaguán y después a una escalera tortuosa y después a un vestíbulo (en el que había una vidriera con losanges idénticos a los de la casa en Lanús) y después a un pasillo y después a una puerta que se cerró. Los hechos graves están fuera del tiempo, ya porque en ellos el pasado inmediato queda como tronchado del porvenir, ya porque no parecen consecutivas las partes que los forman.

¿En aquel tiempo fuera del tiempo, en aquel desorden perplejo de sensaciones inconexas y atroces, pensó Emma Zunz *una sola vez* en el muerto que motivaba el sacrificio? Yo tengo para mí que pensó una vez y que en ese momento peligró su desesperado propósito. Pensó (no pudo no pensar) que su padre le había hecho a su madre la cosa horrible que a ella ahora le hacían. Lo pensó con débil asombro y se refugió, en seguida, en el vértigo. El hombre, sueco o finlandés, no hablaba español; fue una herramienta para Emma como ésta lo fue para él, pero ella sirvió para el goce y él para la justicia. Cuando se quedó sola, Emma no abrió en seguida los ojos. En la mesa de luz estaba el dinero que había dejado el hombre: Emma se incorporó y lo rompió como antes había roto la carta. Romper dinero es una impiedad, como tirar el pan; Emma se arrepintió, apenas lo hizo. Un acto de soberbia y en aquel día... El temor se perdió en la tristeza de su cuerpo, en el asco. El asco y la tristeza la encadenaban, pero Emma lentamente se levantó y procedió a vestirse. En el cuarto no quedaban colores vivos; el último crepúsculo se agravaba. Emma pudo salir sin que lo advirtieran; en la esquina subió a un Lacroze, que iba al oeste. Eligió, conforme a su plan, el asiento más delantero, para que no le vieran la cara. Quizá le confortó verificar, en el insípido trajín de las calles, que lo acaecido no había contaminado las cosas. Viajó por barrios decrecientes y opacos, viéndolos y olvidándolos en el acto, y se apeó en una de las bocacalles de Warnes. Paradójica-

mente su fatiga venía a ser una fuerza, pues la obligaba a concentrarse en los pormenores de la aventura y le ocultaba el fondo y el fin.

Aarón Loewenthal era, para todos, un hombre serio; para sus pocos íntimos, un avaro. Vivía en los altos de la fábrica, solo. Establecido en el desmantelado arrabal, temía a los ladrones; en el patio de la fábrica había un gran perro y en el cajón de su escritorio, nadie lo ignoraba, un revólver. Había llorado con decoro, el año anterior, la inesperada muerte de su mujer –juna Gauss, que le trajo una buena dote!–, pero el dinero era su verdadera pasión. Con íntimo bochorno se sabía menos apto para ganarlo que para conservarlo. Era muy religioso; creía tener con el Señor un pacto secreto, que lo eximía de obrar bien, a trueque de oraciones y devociones. Calvo, corpulento, enlutado, de quevedos ahumados y barba rubia, esperaba de pie, junto a la ventana, el informe confidencial de la obrera Zunz.

La vio empujar la verja (que él había entornado a propósito) y cruzar el patio sombrío. La vio hacer un pequeño rodeo cuando el perro atado ladró. Los labios de Emma se atareaban como los de quien reza en voz baja; cansados, repetían la sentencia que el señor Loewenthal oiría antes de morir.

Las cosas no ocurrieron como había previsto Emma Zunz. Desde la madrugada anterior, ella se había soñado muchas veces, dirigiendo el firme revólver, forzando al miserable a confesar la miserable culpa y exponiendo la intrépida estratagema que permitiría a la Justicia de Dios triunfar de la justicia humana. (No por temor, sino por ser un instrumento de la Justicia, ella no quería ser castigada.) Luego, un solo balazo en mitad del pecho rubricaría la suerte de Loewenthal. Pero las cosas no ocurrieron así.

Ante Aarón Loewenthal, más que la urgencia de vengar a su padre, Emma sintió la de castigar el ultraje padecido por ello. No podía no matarlo, después de esa minuciosa deshonra. Tampoco tenía tiempo que perder en teatralerías. Sentada, tímida, pidió excusas a Loewenthal, invocó (a fuer de delatora) las obligaciones de la lealtad, pronunció algunos nombres, dio a entender otros y se cortó como si la venciera el temor. Logró que Loewenthal saliera a buscar una copa de agua. Cuando éste, incrédulo de tales aspavientos, pero indulgente, volvió del comedor, Emma ya había sacado del cajón el pesado revólver. Apretó el gatillo dos veces. El considerable cuerpo se desplomó como si los estampidos y el humo lo hubieran roto, el vaso de agua se rompió, la cara la miró con asombro y cólera, la boca de la cara la injurió en español y en ídish. Las malas palabras no cejaban; Emma tuvo que hacer fuego otra vez. En el patio,

el perro encadenado rompió a ladrar, y una efusión de brusca sangre manó de los labios obscenos y manchó la barba y la ropa. Emma inició la acusación que tenía preparada («He vengado a mi padre y no me podrán castigar...»), pero no la acabó, porque el señor Loewenthal ya había muerto. No supo nunca si alcanzó a comprender.

Los ladridos tirantes le recordaron que no podía, aún, descansar. Desordenó el diván, desabrochó el saco del cadáver, le quitó los quevedos salpicados y los dejó sobre el fichero. Luego tomó el teléfono y repitió lo que tantas veces repetiría, con esas y con otras palabras: “Ha ocurrido una cosa que es increíble... El señor Loewenthal me hizo venir con el pretexto de la huelga... Abusó de mí, lo maté...”

La historia era increíble, en efecto, pero se impuso a todos, porque sustancialmente era cierta. Verdadero era el tono de Emma Zunz, verdadero el pudor, verdadero el odio. Verdadero también era el ultraje que había padecido; sólo eran falsas las circunstancias, la hora y uno o dos nombres propios.

En: Obras Completas, Emecé, 2010.

LA MADRE DE ERNESTO

Abelardo Castillo



Duración
16'03"

Si Ernesto se enteró de que ella había vuelto (cómo había vuelto), nunca lo supe, pero el caso es que poco después se fue a vivir a El Tala, y, en todo aquel verano, sólo volvimos a verlo una o dos veces. Costaba trabajo mirarlo de frente. Era como si la idea que Julio nos había metido en la cabeza –porque la idea fue de él, de Julio, y era una idea extraña, turbadora: sucia– nos hiciera sentir culpables. No es que uno fuera puritano, no. A esa edad, y en un sitio como aquél, nadie es puritano. Pero justamente por eso, porque no lo éramos, porque no teníamos nada de puros o piadosos y al fin de cuentas nos parecíamos bastante a casi todo el mundo, es que la idea tenía algo que turbaba. Cierta cosa inconfesable, cruel. Atractiva. Sobre todo, atractiva.

Fue hace mucho. Todavía estaba el Alabama, aquella estación de servicio que habían construido a la salida de la ciudad, sobre la ruta. El Alabama era una especie de restorán inofensivo, inofensivo de día, al menos, pero que alrededor de medianoche se transformaba en algo así como un rudimentario club nocturno. Dejó de ser rudimentario cuando al turco se le ocurrió agregar unos cuartos en el primer piso y traer mujeres. Una mujer trajo.

–¡No!

–Sí. Una mujer.

–¿De dónde la trajo?

Julio asumió esa actitud misteriosa, que tan bien conocíamos –porque él tenía un particular virtuosismo de gestos, palabras, inflexiones

que lo hacían raramente notorio, y envidiable, como a un módico Brummel de provincias–, y luego, en voz baja, preguntó:

–¿Por dónde anda Ernesto?

En el campo, dije yo. En los veranos Ernesto iba a pasar unas semanas a El Tala, y esto venía sucediendo desde que el padre, a causa de aquello que pasó con la mujer, ya no quiso regresar al pueblo. Yo dije en el campo, y después pregunté:

–¿Qué tiene que ver Ernesto?

Julio sacó un cigarrillo. Sonreía.

–¿Saben quién es la mujer que trajo el turco?

Aníbal y yo nos miramos. Yo me acordaba ahora de la madre de Ernesto. Nadie habló. Se había ido hacía cuatro años, con una de esas compañías teatrales que recorren los pueblos: descocada, dijo esa vez mi abuela. Era una mujer linda. Morena y amplia: yo me acordaba. Y no debía de ser muy mayor, quién sabe si tendría cuarenta años.

–Atorranta, ¿no?

Hubo un silencio y fue entonces cuando Julio nos clavó aquella idea entre los ojos. O, a lo mejor, ya la teníamos.

–Si no fuera la madre...

No dijo más que eso.

Quién sabe. Tal vez Ernesto se enteró, pues durante aquel verano sólo lo vimos una o dos veces (más tarde, según dicen, el padre vendió todo y nadie volvió a hablar de ellos), y, las pocas veces que lo vimos, costaba trabajo mirarlo de frente.

–Culpables de qué, che. Al fin de cuentas es una mujer de la vida, y hace tres meses que está en el Alabama. Y si esperamos que el turco traiga otra, nos vamos a morir de viejos.

Después, él, Julio, agregaba que sólo era necesario conseguir un auto, ir, pagar y después me cuentan, y que si no nos animábamos a acompañarlo se buscaba alguno que no fuera tan braguetón, y Aníbal y yo no íbamos a dejar que nos dijera eso.

–Pero es la madre.

–La madre. ¿A qué llamás madre vos?: una chancha también pare chanchitos.

–Y se los come.

–Claro que se los come. ¿Y entonces?

–Y eso qué tiene que ver. Ernesto se crió con nosotros.

Yo dije algo acerca de las veces que habíamos jugado juntos; después me quedé pensando, y alguien, en voz alta, formuló exactamente lo que yo estaba pensando. Tal vez fui yo:

-Se acuerdan cómo era.

Claro que nos acordábamos, hacía tres meses que nos veníamos acordando. Era morena y amplia; no tenía nada de maternal.

-Y además ya fue medio pueblo. Los únicos somos nosotros.

Nosotros: los únicos. El argumento tenía la fuerza de una provocación, y también era una provocación que ella hubiese vuelto. Y entonces, puercamente, todo parecía más fácil. Hoy creo -quién sabe- que, de haberse tratado de una mujer cualquiera, acaso ni habríamos pensado seriamente en ir. Quién sabe. Daba un poco de miedo decirlo, pero, en secreto, ayudábamos a Julio para que nos convenciera; porque lo equívoco, lo inconfesable, lo monstruosamente atractivo de todo eso, era, tal vez, que se trataba de la madre de uno de nosotros.

-No digas porquerías, querés -me dijo Aníbal.

Una semana más tarde, Julio aseguró que esa misma noche conseguiría el automóvil. Aníbal y yo lo esperábamos en el bulevar.

-No se lo deben de haber prestado.

-A lo mejor se echó atrás.

Lo dije como con desprecio, me acuerdo perfectamente. Sin embargo fue una especie de plegaria: a lo mejor se echó atrás. Aníbal tenía la voz extraña, voz de indiferencia:

-No lo voy a esperar toda la noche; si dentro de diez minutos no viene, yo me voy.

-¿Cómo será ahora?

-Quién... ¿la tipa?

Estuvo a punto de decir: la madre. Se lo noté en la cara. Dijo la tipa. Diez minutos son largos, y entonces cuesta trabajo olvidarse de cuando íbamos a jugar con Ernesto, y ella, la mujer morena y amplia, nos preguntaba si queríamos quedarnos a tomar la leche. La mujer morena. Amplia.

-Esto es una asquerosidad, che.

-Tenés miedo -dije yo.

-Miedo no; otra cosa.

Me encogí de hombros:

-Por lo general, todas éstas tienen hijos. Madre de alguno iba a ser.

-No es lo mismo. A Ernesto lo conocemos.

Dije que eso no era lo peor. Diez minutos. Lo peor era que ella nos conocía a nosotros, y que nos iba a mirar. Sí. No sé por qué, pero yo estaba convencido de una cosa: cuando ella nos mirase iba a pasar algo.

Aníbal tenía cara de asustado ahora, y diez minutos son largos. Preguntó:

-¿Y si nos echa?

Iba a contestarle cuando se me hizo un nudo en el estómago: por la calle principal venía el estruendo de un coche con el escape libre.

-Es Julio -dijimos a dúo.

El auto tomó una curva prepotente. Todo en él era prepotente: el buscahuellas, el escape. Infundía ánimos. La botella que trajo también infundía ánimos.

-Se la robé a mi viejo.

Le brillaban los ojos. A Aníbal y a mí, después de los primeros tragos, también nos brillaban los ojos. Tomamos por la Calle de los Paraísos, en dirección al paso a nivel. A ella también le brillaban los ojos cuando éramos chicos, o, quizá, ahora me parecía que se los había visto brillar. Y se pintaba, se pintaba mucho. La boca, sobre todo.

-Fumaba, ¿te acordás?

Todos estábamos pensando lo mismo, pues esto último no lo había dicho yo, sino Aníbal; lo que yo dije fue que sí, que me acordaba, y agregué que por algo se empieza.

-¿Cuánto falta?

-Diez minutos.

Y los diez minutos volvieron a ser largos; pero ahora eran largos exactamente al revés. No sé. Acaso era porque yo me acordaba, todos nos acordábamos, de aquella tarde cuando ella estaba limpiando el piso, y era verano, y el escote al agacharse se le separó del cuerpo, y nosotros nos habíamos codeado.

Julio apretó el acelerador.

-Al fin de cuentas, es un castigo -tu voz, Aníbal, no era convincente-: una venganza en nombre de Ernesto, para que no sea atorranta.

-¡Qué castigo ni castigo!

Alguien, creo que fui yo, dijo una obscenidad bestial. Claro que fui yo. Los tres nos reímos a carcajadas y Julio aceleró más.

-¿Y si nos hace echar?

-¡Estás mal de la cabeza vos! ¡En cuanto se haga la estrecha lo hablo al turco, o armo un escándalo que les cierran el boliche por desconsideración con la clientela!

A esa hora no había mucha gente en el bar: algún viajante y dos o tres camioneros. Del pueblo, nadie. Y, vaya a saber por qué, esto último me hizo sentir audaz. Impune. Le guiñé el ojo a la rubiecita que estaba detrás del mostrador; Julio, mientras tanto, hablaba con el turco. El turco nos miró como si nos estudiara, y por la cara desafiante que puso Aníbal me di cuenta de que él también se sentía audaz. El turco le dijo a la rubiecita:

–Llévalos arriba.

La rubiecita subiendo los escalones: me acuerdo de sus piernas. Y de cómo movía las caderas al subir. También me acuerdo de que le dije una indecencia, y que la chica me contestó con otra, cosa que (tal vez por el coñac que tomamos en el coche, o por la ginebra del mostrador) nos causó mucha gracia. Después estábamos en una sala pulcra, impersonal, casi recogida, en la que había una mesa pequeña: la salita de espera de un dentista. Pensé a ver si nos sacan una muela. Se lo dije a los otros:

–A ver si nos sacan una muela.

Era imposible aguantar la risa, pero tratábamos de no hacer ruido. Las cosas se decían en voz muy baja.

–Como en misa –dijo Julio, y a todos volvió a parecernos notablemente divertido; sin embargo, nada fue tan gracioso como cuando Aníbal, tapándose la boca y con una especie de resoplido, agregó:

–¡Mirá si en una de éstas sale el cura de adentro!

Me dolía el estómago y tenía la garganta seca. De la risa, creo. Pero de pronto nos quedamos serios. El que estaba adentro salió. Era un hombre bajo, rechoncho; tenía aspecto de cerdito. Un cerdito satisfecho. Señalando con la cabeza hacia la habitación, hizo un gesto: se mordió el labio y puso los ojos en blanco.

Después, mientras se oían los pasos del hombre que bajaba, Julio preguntó:

–¿Quién pasa?

Nos miramos. Hasta ese momento no se me había ocurrido, o no había dejado que se me ocurriese, que íbamos a estar solos, separados –eso: separados– delante de ella. Me encogí de hombros.

–Qué sé yo. Cualquiera.

Por la puerta a medio abrir se oía el ruido del agua saliendo de una canilla. Lavatorio. Después, un silencio y una luz que nos dio en la cara; la puerta acababa de abrirse del todo. Ahí estaba ella. Nos quedamos mirándola, fascinados. El deshabillé entreabierto y la tarde de aquel verano, antes, cuando todavía era la madre de Ernesto y el vestido se le separó del cuerpo y nos decía si queríamos quedarnos a tomar la leche. Sólo que la mujer era rubia ahora. Rubia y amplia. Sonreía con una sonrisa profesional; una sonrisa vagamente infame.

–¿Bueno?

Su voz, inesperada, me sobresaltó: era la misma. Algo, sin embargo, había cambiado en ella, en la voz. La mujer volvió a sonreír y repitió “bueno”, y era como una orden; una orden pegajosa y caliente. Tal vez fue por eso que, los tres juntos, nos pusimos de pie. Su deshabillé, me acuerdo, era oscuro, casi traslúcido.

–Voy yo –murmuró Julio, y se adelantó, resuelto.

Alcanzó a dar dos pasos: nada más que dos. Porque ella entonces nos miró de lleno, y él, de golpe, se detuvo. Se detuvo quién sabe por qué: de miedo, o de vergüenza tal vez, o de asco. Y ahí se terminó todo. Porque ella nos miraba y yo sabía que, cuando nos mirase, iba a pasar algo. Los tres nos habíamos quedado inmóviles, clavados en el piso; y al vernos así, titubeantes, vaya a saber con qué caras, el rostro de ella se fue transfigurando lenta, gradualmente, hasta adquirir una expresión extraña y terrible. Sí. Porque al principio, durante unos segundos, fue perplejidad o incompreensión. Después no. Después pareció haber entendido oscuramente algo, y nos miró con miedo, desgarrada, interrogante. Entonces lo dijo. Dijo si le había pasado algo a él, a Ernesto.

Cerrándose el deshabillé lo dijo. ■

En: *Cuentos Completos*, Alfaguara, 1997.

PREÁMBULO A LAS INSTRUCCIONES PARA DAR CUERDA AL RELOJ

Julio Cortázar

Piensa en esto: cuando te regalan un reloj te regalan un pequeño infierno florido, una cadena de rosas, un calabozo de aire. No te dan solamente el reloj, que los cumplas muy felices y esperamos que te dure porque es de buena marca, suizo con áncora de rubíes; no te regalan solamente ese menudo picapedrero que te atarás a la muñeca y paseará contigo. Te regalan –no lo saben, lo terrible es que no lo saben–, te regalan un nuevo pedazo frágil y precario de ti mismo, algo que es tuyo pero no es tu cuerpo, que hay que atar a tu cuerpo con su correa como un bracito desesperado colgándose de tu muñeca. Te regalan la necesidad de darle cuerda todos los días, la obligación de darle cuerda para que siga siendo un reloj; te regalan la obsesión de atender a la hora exacta en las vitrinas de las joyerías, en el anuncio por la radio, en el servicio telefónico. Te regalan el miedo de perderlo, de que te lo roben, de que se te caiga al suelo y se rompa. Te regalan su marca, y la seguridad de que es una marca mejor que las otras, te regalan la tendencia a comparar tu reloj con los demás relojes. No te regalan un reloj, tú eres el regalado, a ti te ofrecen para el cumpleaños del reloj.

En: *Cuentos Completos I*, Alfaguara, 2010.



Duración
2'26"

EL CIELO ENTRE LOS DURMIENTES

Humberto Costantini



Duración
15'38"

Ní un alma por la calle. Como si el sol de la siesta cayendo a pique y después derramándose por todos lados, hubiera empujado a bichos y gente a quién sabe qué escondidos refugios, adonde el sol no puede penetrar, pero ante los cuales se queda montando guardia, rabioso y vigilante como un perro en acecho.

Por la calle vamos Ernesto y yo. Hace cinco minutos, un silbido me arrancó de la sombra de la glicina y me mostró entre dos pilares de la balaustrada un rostro enrojecido y contento. No hubiera sido necesario que me dijera –¿salís?– con un grito breve y exacto como un pelotazo. Yo lo estaba esperando, o mejor dicho yo estaba esperando un pretexto cualquiera para dejar aquella modorra del patio adonde me llegaban ruidos lejanos e incitantes entreverados con el aleteo de algún mangangá.

Por eso no le contesté nada y enseguida estuve con él en la puerta. Se sabe que saldríamos a caminar. Ernesto es así y nuestros doce años no soportan otras tratativas que ese –¿salís?– liso y directo viniendo de un mechón caído sobre los ojos, de una transpirada camiseta amarilla y de unas ganas de hacer muchas cosas que le brillan en la mirada.

Un saludo –¿qué hacés?– y caminamos. El agua de la zanja, un agua barrosa, oscura, caliente, cubierta de protuberancias verdes como el lomo de un sapo, se agita por momentos a impulso de invisibles zambullidas o respira a través de unos globos lentos, pesados, que levantan nuevas ampollas en su pellejo y hacen un extraño ruido de glogloteo como si ya estuviera por soltar el hervor.

Caminamos. La tierra quema en los pies y es lindo sentir ese mordisco cariñoso, de cachorro, con que la tierra nos juguetea por las pantorrillas. Pero más lindo es no sentir nada de eso, sino esas ganas locas de meterse en la tarde como en una selva. ¿No es cierto, Ernesto?

Caminamos. Un alguacil grande y rojo viene a despedirnos, pasa zumbando a nuestro lado y siguiendo la línea de yuyos que bordea la zanja llega hasta el puente de la esquina y vuelve volando a toda máquina amagando un encontrón. – ¡A que no lo agarrás!

Caminamos. Las cuadras del barrio quedan atrás. Los paraísos se cambian en plátanos y después otra vez en paraísos. Flechillas, lenguas de vaca, huevitos de gallo. Ésta es otra zanja, no la nuestra. ¿Habrá ranones por aquí?

Caminamos. ¡Aquella montaña! ¡A saltarla! La sangre nos golpea en el pecho y en el rostro. La vida es una alegría retenida en los músculos y es ese olor a sol, a sudor y a piel caliente que viene de la ropa de Ernesto.

Caminamos. Ernesto sabe de muchas cosas. De trabajos, de aventuras, de casas abandonadas y de extraños nombres de calles. Mientras caminamos me habla. Me cuenta un disparate y yo me río. Me río como un loco. Me río tanto que Ernesto se contagia de mi propia risa y empieza a reírse él también. Le salen lágrimas de los ojos, se aprieta el costado, no puede parar. Yo lo miro y me da más risa todavía verlo reír. Caminamos tambaleantes, empujándonos, atorándonos de risa. La risa se nos atropella en la boca, nos crece incontenible por todos lados, nos acompaña por cuadras y cuadras esa risa sin porqué, como si una bandada de gorriones enloquecidos nos estuviera siguiendo.

La esquina. Otra cuadra. La risa. Ladridos detrás de un alambre. Otra cuadra. Magnolias, jardines, postes de teléfono. Otra cuadra. Las alpagatas de Ernesto levantando el polvo en las veredas. Otra cuadra. El cielo, la soledad de la siesta, el silbido de una urraca. Otra cuadra, otra cuadra...

Apoyo de pronto mi mano en el hombro de Ernesto y señalo el terraplén del ferrocarril. – ¡A ver quién llega primero!

Salimos como balas. Una ametralladora de pasos y el crujido de los terrones resacos. Oigo el jadeo de Ernesto y apenas veo su camiseta amarilla pegada a mi costado. Me pongo enormemente contento cuando dejo de verla y cuando siento que el jadeo va quedando atrás. Apenas por un par de metros, pero llego primero arriba. Y desde arriba lo miro triunfante.

Ernesto tiene la cara negra de tierra y un sudor barroso le forma ríos en la nuca y la espalda. Yo debo estar igual porque en la manga que me pasé por la frente queda una gran mancha negra y húmeda.

A Ernesto se le ocurre caminar por la vía y vamos pisando los durmientes o haciendo equilibrio sobre los rieles. Lo más lindo son los puentes. Cuando allá abajo vemos la calle entre los durmientes deslizándose como un río. Algunos son muy altos y hay que pisar bien para no caerse. Yo camino despacio, aparentando indiferencia, pero sintiendo en todo momento un ligero vértigo que me obliga a clavar la vista en mis pies, a calcular cada pisada, hipnotizado por ese lomo de tierra que se mueve sin cesar debajo mío.

Ernesto, en cambio, se mueve con maravillosa soltura. Me habla, grita, se da vuelta, corre... Es imposible seguirlo. Anda por ese andamiaje de hierro, madera, viento y cielo como por el patio de su casa. No digo nada, pero pienso que estamos a mano con lo de la carrera.

Llegamos a un puente de poca altura y como viene un tren decidimos verlo pasar desde abajo. Descendemos la pequeña cuesta y nos ubicamos a un costado del puente. Oímos el bramido del tren que se acerca y luego un ruido infernal que hace trepidar toda la tablazón. Las vías parecen curvarse bajo las ruedas. Un pandemonio de vapor, chispas, truenos y aullidos que nos sacude hasta las entrañas. La verdad, sentimos un poco de miedo y deseamos que venga otro tren para reivindicarnos.

Las vías pasan a menos de tres metros sobre la calle. Con un buen salto es posible alcanzar los durmientes y colgarse de allí como de un pasamanos. La idea surge como una pedrada y casi de los dos a un tiempo. Quedarnos colgados cuando pase el tren.

La tarde es un desierto de sol y tierra enardecida.

El cascabeleo de algún lejano carro de lechero y el canto metálico de la cigarra no cortan el silencio, sino que lo hacen más denso aún, más expectante.

Esperamos el rumor que nos anuncie la llegada de un tren. Los minutos transcurren lentos en el calor sofocante del reparo que forman las paredes del puente. Se mastica un yuyo o se sube de vez en cuando a mirar el reverbero distante de las vías.

-A no soltarse, ¿eh?

-No, a no soltarse.

De pronto llega. Es apenas un murmullo perdido entre cien murmullos iguales, pero para nosotros imposible de confundir.

Con cierta parsimonia nos preparamos. Frotamos las manos en la tierra, ensayamos un salto, otro salto. Subimos a verlo, ya está cerca.

Tomamos posiciones.

-¡Cuando yo diga saltamos!

El silencio, avasallado ahora por aquel torrente que se agranda y se agranda. Nos miramos y miramos los durmientes allá arriba.

–A no solt...

–¡Ahora!

Me falla un salto. Al segundo estoy arriba balanceándome todavía por el impulso. Ernesto ya está allí, firmemente prendido. Me guiña el ojo. Quiere decir algo, pero no lo escucho porque un ruido ensordecedor me oculta sus palabras. –¿No quemará la locomotora?–. Ya viene. Allí está. Hierros, fuego, vapor y un ruido de pesadilla.

No sabemos cómo fue. Cuando queremos acordarnos los dos estamos a diez metros del puente, mirando cómo los últimos vagones se deslizan haciendo oscilar las vías.

La tarde se nos acuesta entera encima de los hombros. Nos acercamos al puente, cabizbajos, avergonzados.

–¡Vos te soltaste primero!

–¡Tenías una cara de miedo vos...

Otra vez el silencio. La sierra sin fin de la cigarra nos chista y se ríe de nosotros. Estamos agitados, desfigurados por el calor y la excitación pasada.

–Si vos te quedabas, yo me quedaba...

–Yo también, si vos te quedabas, yo me quedaba.

Nos tiramos al suelo para esperar otro tren. La tierra pegándose a la piel mojada. El reverbero de la calle o quizás las gruesas gotas de sudor que me empañan la vista. Ernesto hace garabatos con una ramita.

Y el tiempo que se desliza silencioso sobre las vías como un tren infinito formado por el latido de nuestros corazones.

La cigarra. Un gorrión con el pico entreabierto y las alas separadas. Los ladrillos del puente y allá a lo lejos una pared blanca que nos saluda como un pañuelo.

–Un, dos, tres... (antes de que cuente veinte aparece), cuatro, cinco...

Silencio. Las voces de la siesta.

Ahora sí. Es un tren éste. El rumor lejano pero inconfundible. Nos ponemos de pie. Ninguno dice una palabra. El temor de soltarse y la decisión de permanecer hasta el fin. El contacto de la tierra caliente en las palmas de las manos.

–¡Cuando yo diga!

El ruido que crece segundo a segundo. Ernesto se agazapa para saltar. –¡Ahora! –digo, y salto con todas mis fuerzas.

El ennegrecido durmiente queda aprisionado entre mis manos. A un metro de mí Ernesto se columpia en el suyo.

El ruido ensordecedor. La cara roja de Ernesto entre sus dos brazos en alto. Su camiseta amarilla y su pelo caído sobre la frente.

Terremoto de hierro, vapor y chispas. El ruido infernal. El puente que se hunde con el peso del tren. Un miedo espantoso. Pero estamos colgados todavía.

Me doy cuenta de que estoy gritando a todo lo que doy. Ernesto también grita y patalea y me mira gritando y pataleando como un loco.

El tren no termina nunca de pasar. Las ruedas a medio metro de las manos. Una montaña encima de mi cabeza. El calor, el ruido. Todavía no sé si voy a quedarme hasta que pase todo. Y grito para darme coraje y también porque es necesario gritar. Lo veo a Ernesto congestionado, enloquecido, con las venas del pescuezo hinchadas por los gritos y por el esfuerzo.

Gotas de sudor se me meten en la boca. –No doy más, me quedo hasta que se quede Ernesto. –No doy más, me quedo hasta que se quede Cacho.

¿Cuánto faltará todavía? La cara de Ernesto gesticulando y escupiendo sudor. Sus piernas tirándome patadas. ¿Cuánto faltará todavía? Grito y lo pateo para hacerlo bajar. ¿Cuánto faltará todavía? El ruido. La vibración del puente metiéndose hasta los tuétanos. ¿Cuánto faltará todavía? Los sesos a punto de estallar. Borrachera de ruido, calor, alaridos y miedo. ¿Cuánto faltará todavía?

Algo dulce que nos acaricia los brazos. El tren que se aleja y el cielo azul a pedazos entre los durmientes.

Un silencio que crece de la tierra. El silbido lejano de la locomotora. Seguimos colgados y nos miramos sonriendo.

La tarde canta en la voz de las cigarras.

¿Te acordás, Ernesto, cómo cantaba? ■

En: *El cielo entre los durmientes y otros cuentos*, Capital Intelectual, 2008.

EL PADRE

Antonio Dal Masetto



Duración
13'40"

Cuando pienso en mi padre, me vienen a la memoria los regresos a casa, al terminar nuestra jornada de trabajo. Volvíamos de noche, él en bicicleta y yo trotando. Corría a la par, a veces me atrasaba un poco y luego lo alcanzaba. La bicicleta era de mujer, el asiento estaba demasiado bajo y mi padre, un poco echado hacia atrás, pedaleaba despacio por la calle de tierra. Estoy seguro de que no hablábamos. En realidad, tengo la impresión de que nunca hablábamos. Si intentara recuperar algún diálogo con mi padre, me resultaría imposible. Sólo frases sueltas. Esto de los regresos ocurría en Salto, el pueblo de la provincia de Buenos Aires donde fuimos a vivir cuando emigramos de Italia. Un hermano de mi padre estaba en la Argentina desde antes de la guerra y le había ofrecido una participación en su carnicería. Yo tenía doce años.

Recorrimos ese trayecto durante meses y meses. Con frío, con calor, con lluvia. Después de tantos años, la memoria rescata una única carrera nocturna que las resume a todas. Esa imagen siempre vuelve y se impone sobre los demás recuerdos. Aunque son muchas, nítidas y fuertes las imágenes que tengo de mi padre. En general, de la época de mi niñez, en el pueblo italiano, antes del largo viaje en barco a través del océano. Podría intentar hacer una lista, creo que no acabaría nunca. Ahí está la figura de mi padre, oscura y quieta bajo una nevada, esperándome en el portón del colegio de monjas al que yo iba. Mi padre guiándome por un atajo, a través de una colina que dominaba el lago, hasta llegar a la desembocadura de un río donde nos detenía-

mos a pescar. Mi padre caminando cauteloso unos pasos delante de mí, en los bosques que comenzaban más allá de las últimas casas: bajo el brazo llevaba la escopeta belga de dos caños de la que estaba orgulloso. Mi padre cortando pasto desde el amanecer hasta el anochecer, en el campo de un terrateniente, parando unos segundos para sacarle filo a la guadaña, para secarse el sudor de la frente y tomar un trago de agua. Mi padre vaciando la letrina con dos baldes colgados en los extremos de una larga vara de madera que se cruzaba sobre los hombros. Mi padre abonando los surcos de la huerta con el contenido de esos baldes. Mi padre hachando troncos, apretando los dientes y soltando un soplido ronco en cada golpe. Mi padre llegando a casa de noche, con un pino para el árbol de Navidad, seguramente arrancado de algún lugar prohibido. Mi padre emparchando la cámara de una bicicleta. Mi padre con el torso desnudo, afeitándose en el patio, frente a un espejo colgado de un clavo, explicándome por qué había dos zonas de la cara que necesitaban ser enjabonadas más que el resto. Mi padre fabricándome una flauta. Mi padre lavando una oveja en el arroyo para luego esquilarla. Mi padre realizando trabajos de albañilería, de carpintería. Mi padre sembrando, cosechando, pisando la uva para hacer vino, injertando frutales. Teníamos un ciruelo que daba frutos amarillos en una rama y rojos en otra. Un peral que daba peras de diferentes estaciones. Yo estaba asombrado con tantas habilidades. Aquel hombre sabía hacer de todo. Parecía que nada tuviera secretos para él.

Mi padre era un montañés callado y tímido. Pero podía irritarse. Y mucho. Una vez lo vi perseguir a un tipo por la calle hasta que el otro saltó por encima de una cerca que daba a un barranco y escapó. Se trataba de una disputa entre vecinos. No recuerdo la razón o nunca la supe. Tengo una imagen muy clara de esa violencia al aire libre. Todavía me parece oír el jadeo de los dos hombres corriendo. Me pregunto qué hubiese pasado si mi padre lo alcanzaba.

Con nosotros, nunca se enojaba. Nos quería. Y nos respetaba. Pocas veces tuve oportunidad de aplicar tan adecuadamente la palabra *respeto*. De él, sin duda, heredé la inconsciencia y la tozudez. Estoy pensando en la actitud de mi padre durante la guerra. Trabajaba en una fábrica de gas y a veces su turno terminaba en la mitad de la noche. De nada servían los ruegos de mi madre y los consejos de sus compañeros. Volvía a casa sin esperar que amaneciera, desafiando el toque de queda y las balas, porque quería dormir en su cama; era su derecho; y no existían Hitler o Mussolini o guerra que se lo impidieran.

Partió para América en 1948. El día de la *despedida* reía, bromeaba, se lo veía de buen humor; pero a mí me pareció que lo hacía para darse ánimo y cubrir el desconcierto. Recuerdo el reencuentro en el puerto de Buenos Aires, pasados dos años de separación, su abrazo torpe y sin palabras. En el viaje en tren a través de la llanura invernal, rumbo al pueblo, tampoco habló demasiado. Iba sentado junto a mí, y su brazo se mantuvo rodeándome los hombros todo el tiempo. De tanto en tanto, sus dedos se comprimían para darme un apretón.

Después vino el trabajo a su lado, en la carnicería, donde aprendí la recorrida de los clientes antes de memorizar la primera media docena de palabras en castellano. Salía al reparto a la mañana y a la tarde y, cuando terminaba, ayudaba en el negocio. Siempre había algo que hacer. Limpiar la picadora de carne, la sierra eléctrica, lavar el piso, pelar ajos para los embutidos, darles agua a los animales.

Empecé a jugar al fútbol en la sexta división del Club Compañía General. Estaba contento con los botines, el pantaloncito y la camiseta que me habían dado y podía llevarme a casa. Los partidos eran los sábados después de mediodía y, a veces, llegaba con un poco de retraso al trabajo. Entonces, durante toda la tarde, vivía en un clima de acusaciones silenciosas. Las acusaciones provenían de mi tío y mis dos primos. Mi padre no me decía nada. A lo sumo, rumiaba una frase en voz baja cuando me veía aparecer corriendo. Se sentía obligado con su hermano mayor que lo había traído a América, y la deuda me incluía. Estoy seguro de que esa dependencia lo amargaba. Pero no podía hacer nada y guardaba silencio. También en el reducido territorio de aquel negocio éramos extranjeros y había que ganarse el espacio y soportar las humillaciones cuando llegaban. Yo intuía que mi padre hubiese deseado un destino distinto para mí.

Una noche, cinco años después de la llegada al pueblo, emprendí otro viaje. Partí a descubrir la ciudad. A esta altura, mi padre se había separado de mi tío y había instalado su propia carnicería. No le iba bien. Mi padre no era el mismo de antes. América lo había golpeado. Yo no estaba con él en el negocio nuevo. En los últimos tiempos había trabajado de cadete en una farmacia. Me fui sin que lo supiera. Mi madre y mi hermana me vieron dejar la casa porque se despertaron mientras yo preparaba la valija. No lograron retenerme ni tampoco se animaron a llamar a mi padre. Ignoro cuánto pudo dolerle aquella huida. Nunca me la reprochó. Después, en los espaciados regresos al pueblo, me encontraba con pequeños cambios en la casa. Algunas comodidades en el baño, en la cocina. Me enteré de que una vez, al comprar un calefón, mi padre comentó: "Para cuando venga Antonio". Por lo tanto, pensaba en mí con cada mejora.

Cuando murió, yo estaba lejos. Una enfermera iba a aplicarle inyecciones día por medio. La última fue un sábado. La enfermera se despidió hasta el lunes. Mi padre dijo: "Vamos a ver si aguantamos hasta el lunes". No aguantó. Sé, que en el final, preguntó por mí. Llegué al pueblo el día posterior al entierro. Venía desde Brasil, viajando en trenes y en ómnibus. En la puerta, encontré al marido de mi hermana que me dijo: "Papá murió".

Muchos años después de su muerte, mientras mirábamos unas fotos, oí a mi hermana murmurar: "Qué hermoso era papá". Nunca había pensado en eso. Eran fotos de sus veintisiete años, tenía a un chico de meses en brazos, estaba tostado por el sol y se le notaban los músculos bajo la camiseta clara. Se lo veía feliz. El chico era yo.

De tantas cosas relacionadas con mi padre me acuerdo especialmente de aquellos regresos a casa después del trabajo. Eran siempre noches grandes, cargadas de estrellas y de silencio. Así las veo. Avanzábamos a través de un decorado de casas mudas y luces fantasmales en las ventanas y en los patios. Yo me sentía extraviado en esa oscuridad, y la sensación no me gustaba. Quería llegar rápido, para que pasara la noche, y luego el día, y otra noche y otro día, hasta que el cerco de las noches y los días se rompiera. ¿Y mi padre? ¿Qué pensaba? ¿Qué significaba para él ese tránsito entre la agitación de la jornada y la promesa del descanso? ¿En qué medida mi presencia le servía de compañía, de incentivo, de alivio? ¿Me vería como yo me veo ahora en el recuerdo? Lo que veo es un cachorro impaciente, agazapado en el fondo de sí mismo, esperando su oportunidad para dar un salto. Mi padre pedaleaba y yo trotaba a su lado. No teníamos otra referencia que el foco de la bicicleta que alumbraba un óvalo de tierra, hipnótico, surgido como desde un sueño, que se renovaba en una calle que podría no tener fin.

Esa luz mínima marcaba el camino y, finalmente, nos sacaba de la oscuridad. Nos guiaba a la mesa familiar preparada para la cena, a los ruidos de las sillas arrastradas sobre el piso de ladrillos y de los cubiertos en los platos. Pero durante ese trayecto, permanecíamos lejos de todo. Ahí estábamos solos y estábamos juntos. Nos movíamos en una zona de vacío entre un mundo que ya no existía, perdido del otro lado del océano, y este otro que se proyectaba en los días futuros y estaba hecho de necesidades e insatisfacciones y furias contenidas y esperanzas obstinadas. ■

En: *El padre y otras historias*, Sudamericana, 2002.

LA HORMIGA

Marco Denevi



Duración
2'54"

Un día las hormigas, pueblo progresista, inventan el vegetal artificial. Es una papilla fría y con sabor a hojalata. Pero al menos las releva de la necesidad de salir fuera de los hormigueros en procura de vegetales naturales. Así se salvan del fuego, del veneno, de las nubes insecticidas. Como el número de las hormigas es una cifra que tiende constantemente a crecer, al cabo de un tiempo hay tantas hormigas bajo tierra que es preciso ampliar los hormigueros. Las galerías se expanden, se entrecruzan, terminan por confundirse en un solo Gran Hormiguero bajo la dirección de una sola Gran Hormiga. Por las dudas, las salidas al exterior son tapiadas a cal y canto. Se suceden las generaciones. Como nunca han franqueado los límites del Gran Hormiguero, incurren en el error de lógica de identificarlo con el Gran Universo. Pero cierta vez una hormiga se extravía por unos corredores en ruinas, distingue una luz lejana, unos destellos, se aproxima y descubre una boca de salida cuya clausura se ha desmoronado. Con el corazón palpitante, la hormiga sale a la superficie de la tierra. Ve una mañana. Ve un jardín. Ve tallos, hojas, yemas, brotes, pétalos, estambres, rocío. Ve una rosa amarilla. Todos sus instintos despiertan bruscamente. Se abalanza sobre las plantas y empieza a talar, a cortar y a comer. Se da un atracón. Después, relamiéndose, decide volver al Gran Hormiguero con la noticia. Busca a sus hermanas, trata de explicarles lo que ha visto, grita: "Arriba... luz... jardín... hojas... verde... flores..." Las demás hormigas no comprenden una sola palabra

de aquel lenguaje delirante, creen que la hormiga ha enloquecido y la matan. ■

En: *Falsificaciones*, Eudeba, 1966

ALGO MUY GRAVE VA A SUCEDER EN ESTE PUEBLO

Gabriel García Márquez



Duración
6:50''

Imagínese usted un pueblo muy pequeño donde hay una señora vieja que tiene dos hijos, uno de 17 y una hija de 14. Está sirviéndoles el desayuno y tiene una expresión de preocupación. Los hijos le preguntan qué le pasa y ella les responde: "No sé, pero he amanecido con el presentimiento de que algo muy grave va a sucederle a este pueblo".

El hijo se va a jugar al billar, y en el momento en que va a tirar una carambola sencillísima, el otro jugador le dice: "Te apuesto un peso a que no la haces". Todos se ríen. El se ríe. Tira la carambola y no la hace. Paga su peso y todos le preguntan qué pasó, si era una carambola sencilla. Y él contesta: "Es cierto, pero me ha quedado la preocupación de una cosa que me dijo mi madre esta mañana sobre algo grave que va a suceder a este pueblo".

Todos se ríen de él, y el que se ha ganado su peso regresa a su casa, donde está con su mamá, o una nieta o en fin, cualquier pariente, feliz con su peso dice y comenta:

-Le gané este peso a Dámaso en la forma más sencilla porque es un tonto.

-¿Y por qué es un tonto?

-Porque no pudo hacer una carambola sencillísima estorbado con la idea de que su mamá amaneció hoy con la idea de que algo muy grave va a suceder en este pueblo.

Y su madre le dice:

-No te burles de los presentimientos de los viejos porque a veces salen...

Una pariente oye esto y va a comprar carne. Ella le dice al carnicero: "Deme un kilo de carne", y en el momento que la está cortando, le dice: "Mejor córteme dos, porque andan diciendo que algo grave va a pasar y lo mejor es estar preparado". El carnicero despacha su carne y cuando llega otra señora a comprar su kilo de carne, le dice: "Mejor lleve dos porque hasta aquí llega la gente diciendo que algo muy grave va a pasar, y se están preparando y comprando cosas". Entonces la vieja responde: "Tengo varios hijos, mejor deme cuatro kilos...". Se lleva los cuatro kilos, y para no hacer largo el cuento, diré que el carnicero en media hora agota la carne, mata a otra vaca, se vende toda y se va esparciendo el rumor. Llega el momento en que todo el mundo en el pueblo está esperando que pase algo. Se paralizan las actividades y de pronto a las dos de la tarde, alguien dice:

-¿Se ha dado cuenta del calor que está haciendo?

-¡Pero si en este pueblo siempre ha hecho calor!

Tanto calor que es pueblo donde los músicos tenían instrumentos remendados con brea y tocaban siempre a la sombra porque si tocaban al sol se les caían a pedazos.

-Sin embargo -dice uno-, a esta hora nunca ha hecho tanto calor.

-Pero a las dos de la tarde es cuando hace más calor.

-Sí, pero no tanto calor como ahora.

Al pueblo desierto, a la plaza desierta, baja de pronto un pajarito y se corre la voz: "Hay un pajarito en la plaza". Y viene todo el mundo espantado a ver el pajarito.

-Pero señores, siempre ha habido pajaritos que bajan.

-Sí, pero nunca a esta hora.

Llega un momento de tal tensión para los habitantes del pueblo, que todos están desesperados por irse y no tienen el valor de hacerlo.

-Yo sí soy muy macho -grita uno-. Yo me voy.

Agarra sus muebles, sus hijos, sus animales, los mete en una carreta y atraviesa la calle central donde todo el pueblo lo ve. Hasta que todos dicen: "Si éste se atreve, pues nosotros también nos vamos". Y empiezan a dismantelar literalmente el pueblo. Se llevan las cosas, los animales, todo. Y uno de los últimos que abandona el pueblo, dice: "Que no venga la desgracia a caer sobre lo que queda de nuestra casa", y entonces la incendia y otros incendian también sus casas. Huyen en un tremendo y verdadero pánico, como en un éxodo de guerra, y en medio de ellos va la señora que tuvo el presagio que le dice

a su hijo que está a su lado: "¿Viste, mi hijo, que algo muy grave iba a suceder en este pueblo?"

En: *Magazin Dominical*, Caracas, 3/5/1970.

YARARÁ COMO MANGUERA

Mempo Giardinelli



Duración
9'20"

Todos los años, para esta fecha, me da por acordarme de aquel diciembre, tórrido y húmedo como éste. Habían caído lluvias como para el campeonato mundial y nosotros volvíamos de Samuhú. Mi papá, al volante de su Ford '40 negro y con gomas pantaneras, para mí era Súperman. El Tano Poletti fumaba a su lado y yo iba sentadito en el asiento de atrás, cubierto de polvo y atento a los bichos que a la hora del crepúsculo entraban por las ventanillas como municiones; eran lo único malo de viajar por esos caminos de tierra y lodo. Uno iba ahí como en un barco, meta dar bandazos como muñequito con resorte. Pero yo tenía ocho años y me encantaba ese ritual decembrino que seguía a la terminación de las clases.

Los caminos del Chaco y de Formosa eran horribles: apenas huellas abiertas por los camiones cargados de algodón que salían de las chacras. Pero mi viejo los conocía metro a metro porque era viajante de comercio de un montón de productos que introdujo en los 40 y 50: marcas como Nestlé, Terrabusi, Águila, los vinos Norton y el agua mineral.

Aquella tarde del 24 hacía un calor de mil infiernos y el Ford bufaba recalentado, jalando esforzadamente el acoplado de dos ruedas que mi viejo enganchaba del paragolpes trasero. En la cabina el humor era espeso, porque eran las ocho de la noche y queríamos llegar a casa a las once, pero por los pozos y barriales apenas se podía ir a veinte por hora y encima ya habíamos pinchado dos veces y no teníamos más cubiertas de repuesto.

De pronto el Ford pegó un brinco y pareció que se iba a la cuneta. Papá lo contuvo de un volantazo mientras frenaba y yo en el acto me di cuenta: habíamos pinchado nuevamente. “Se jodió la fiesta”, anunció. El Tano escupió tabaco y se rió: “¡Buon Natale con acqua!” y miró para atrás y me regaló un guiño. El acoplado estaba lleno de botellas de agua mineral.

Mi viejo se bajó a mirar la goma destrozada y el Tano se fue a orinar entre unos yuyos. Cuando se dio vuelta para regresar, de pronto pegó un salto en el aire mientras soltaba una puteada en dialecto y gritaba: “¡Una víbora, hic’una putana, una yarará como manguera!”.

En el mismo segundo en que el Tano caía, mi papá metió la mano bajo el asiento, sacó un machete y se estiró sobre el Tano y le encajó a la víbora primero un planazo y luego un a fondo de filo que la descabezó. “¡No bajés que pueden andar en yunta!”, me gritó a mí y jaló al Tano hasta el coche. Este gritaba, desesperado, que por favor no lo dejara morir.

Papá, velozmente, lo ayudó a acostarse en el asiento. En silencio y sin hacer caso de sus gritos, le agarró la pierna, le quitó la media y el zapato, le miró la picadura sobre el tobillo y tras decirle ahora aguantáte le encajó un mordiscón y empezó a chupar. Lo hizo sin asco, mecánicamente y como si no fuese la primera vez. Chupaba y escupía. Se pasaba el brazo por la boca y volvía a chupar y a escupir. Así varias veces y al final echó tabaco picado sobre la herida. Después le desgarró el pantalón hasta la rodilla, se quitó la camisa, la rompió en tiras y empezó a hacerle un torniquete abajo del menisco. El Tano gritaba como las monas cuando andan con cría. Tenía un susto tan grande que lloraba preguntando si estaba seguro de haber matado a esa guacha. Calláte y dejáme, decía papá mientras pasaba un destornillador por entre el nudo de las telas y lo giraba lento y firme apretando músculos y venas para impedir que la sangre envenenada subiese al resto del cuerpo.

La herida era chiquita, como ojos de japonés, dos rayitas que parecían cosa de nada. Pero ellos sabían que no era nomás lo que parecía. El Tano aullaba a cada vuelta del torniquete y se agarraba de la puerta del coche soportando el dolor. Y en ningún momento dejó de putear. Yo miraba todo con ojos como palanganas, fascinado por la desesperación del Tano y la concentración y diligencia de mi viejo. Desde el asiento de atrás podía ver, también, el lomo gris-verdoso de la yarará muerta, ancho como de cinco centímetros.

Después mi viejo sacó el cortaplumas y sin hacer caso de los gritos del Tano agrandó la herida, que ya se empezaba a amoratar. Apretó un poco más para que manase sangre mientras decía no te marees, Tano, no te

marees. Yo había escuchado conversaciones sobre picaduras de yarará y aunque jamás había visto una sabía que si el atacado se marea, ve turbio y se le aflauta la voz es hombre muerto.

Por eso me tranquilicé cuando de golpe el Tano se desmayó. Papá me hizo pasar adelante y lo extendió sobre el asiento trasero. Después se hizo unos buches con ginebra Llave y enseguida se mandó media botella y empezó a putear él también. Sólo un rato después pateó la víbora hacia la banquina, se sentó al volante y me tomó de la cabeza y me abrazó.

-Navidad de mierda que vamos a pasar.

-¿Se va a morir?

-Si pasa alguien, capaz que con suero lo salvan. ¿Pero quién va a pasar por aquí?

El sabía que justo ese día y a esa hora la respuesta era nadie. Con voz grave dijo que esa Navidad sólo teníamos agua mineral y un amigo en emergencia. Y que si acaso mi vieja tenía razón y Dios existía, entonces que le rezara por el Tano.

Al rato trajo dos botellas. Como estaban calientes, las puso sobre el techo. También sacó un paquete de galletitas y me lo dio. El Tano deliró un rato, con una fiebre altísima. Papá le pasaba un pañuelo húmedo por la frente y le mojaba los labios. Cuando vio que eran las doce me abrazó fuerte y yo me di cuenta de que lloraba.

Las noches de verano no son largas en el Chaco y aquella además fue luminosa, impresionante, de esas en las que parece que el firmamento bajara hasta ponerse al alcance de la mano. El cielo estrellado era espectacular y hasta pude ver una mancha blanca que papá me dijo que era la vía láctea. Era tan lindo que yo pensé que todo iba a salir bien, además aquel verano todo el mundo andaba optimista y el Tano y mi viejo planeaban hacer guita grossa.

Después papá me ordenó que durmiera y yo cerré los ojos. Al ratito se fue al asiento trasero y lo abrazó al Tano, que parecía dormir. El viejo lo sostenía entre sus brazos como esas vírgenes de las estampitas que lo tienen así a Jesús. Y después no sé qué pasó: yo recé un montón hasta que me quedé dormido.

Cuando amanecía y el sol comenzaba a picar nos encontraron unos paisanos en un tractor. Venían medio mamados y no entendieron nada: el Tano estaba como dormido y con la boca abierta, en brazos de mi viejo, y yo espantaba las moscas hablando solito, regular como un sapo, aterrizado porque había visto a la Muerte por primera vez.

EL EXTRAÑO FÚTBOL DE LOS MAYAS

Luis Gruss

Cuando los antiguos mayas eran libres, honraban a sus dioses jugando al fútbol hasta morir. A Chichén Itzá, Tulum y otras ciudades llegaban los equipos seleccionados entre los mejores representantes de la raza. Cuerpos bien formados y lujosamente ataviados se medían en certámenes que a veces duraban semanas enteras. El juego de pelota, como lo llamaban, tenía poco que ver en realidad con el fútbol actual. El balón, confeccionado con hule macizo, era extraordinariamente pesado. Los jugadores –que la multitud alentaba con murmullos tan suaves como la brisa de Cancún– corrían por el campo haciendo gala de una extrema precisión y rapidez. Las estrictas reglas fijadas por los sacerdotes les impedían tocar la pelota con las manos; sólo podían impulsarla con golpes de cadera, piernas y brazos. Pero lo más extraño de todo era el trágico desenlace de los partidos. Porque debido a que el juego era considerado una ceremonia esencialmente religiosa, el equipo ganador resultaba premiado con la decapitación inmediata de todos sus integrantes. La sangre derramada de estos inigualables deportistas servía entre otras cosas para aplacar el enojo de los dioses y fertilizar la tierra, un privilegio que ninguno de los elegidos osaba despreciar. Los perdedores, en cambio, compensaban esa terrible humillación con la posibilidad de retornar a sus aldeas junto a sus hijos y mujeres, cantando alabanzas al maíz y a las doradas manzanas del sol. Cambiaban el sacrificio heroico y triunfal por una vida sin gloria. Hoy resulta demasiado fácil deducir que, a veces, perder es casi la única manera de ganar.



Duración
2'46"

En: *Malos Poetas*, Atril, 1998.

LA FIESTA AJENA

Lillana Heker



Duración
15'39"

Nomás llegó, fue a la cocina a ver si estaba el mono. Estaba y eso la tranquilizó: no le hubiera gustado nada tener que darle la razón a su madre. *¿Monos en un cumpleaños?*, le había dicho; *¡por favor! Vos sí que te creés todas las pavadas que te dicen*. Estaba enojada pero no era por el mono, pensó la chica: era por el cumpleaños.

-No me gusta que vayas -le había dicho-. Es una fiesta de ricos.

-Los ricos también se van al cielo -dijo la chica, que aprendía religión en el colegio.

-Qué cielo ni cielo -dijo la madre-. Lo que pasa es que a usted, m'hijita le gusta cagar más arriba del culo.

A la chica no le parecía nada bien la forma de hablar de su madre: ella tenía nueve años y era una de las mejores alumnas de su grado.

-Yo voy a ir porque estoy invitada -dijo-. Y estoy invitada porque Luciana es mi amiga. Y se acabó.

-Ah, sí, tu amiga -dijo la madre. Hizo una pausa-. -Oírme, Rosaura -dijo por fin-, ésa no es tu amiga. ¿Sabés lo que sos vos para todos ellos? Sos la hija de la sirvienta, nada más.

Rosaura parpadeó con energía: no iba a llorar.

-Callate -gritó-. Qué vas a saber vos lo que es ser amiga.

Ella iba casi todas las tardes a la casa de Luciana y preparaban juntas los deberes mientras su madre hacía la limpieza. Tomaban la leche en la cocina y se contaban secretos. A Rosaura le gustaba enormemente todo lo que había en esa casa. Y la gente también le gustaba.

-Yo voy a ir porque va a ser la fiesta más hermosa del mundo, Luciana me lo dijo. Va a venir un mago y va a traer un mono y todo.

La madre giró el cuerpo para mirarla bien y ampulosamente apoyó las manos en las caderas.

-¿Monos en un cumpleaños? -dijo-. ¡Por favor! Vos sí que te crees todas las pavadas que te dicen.

Rosaura se ofendió mucho. Además le parecía mal que su madre acusara a las personas de mentirosas simplemente porque eran ricas. Ella también quería ser rica, ¿qué? si un día llegaba a vivir en un hermoso palacio, ¿su madre no la iba a querer tampoco a ella? Se sintió muy triste. Deseaba ir a esa fiesta más que nada en el mundo.

-Si no voy me muero -murmuró, casi sin mover los labios.

Y no estaba muy segura de que se hubiera oído, pero lo cierto es que la mañana de la fiesta descubrió que su madre le había almidonado el vestido de Navidad. Y a la tarde, después que le lavó la cabeza, le enjuagó el pelo con vinagre de manzanas para que le quedara bien brillante. Antes de salir Rosaura se miró en el espejo, con el vestido blanco y el pelo brillándole, y se vio lindísima.

La señora Inés también pareció notarlo. Apenas la vio entrar, le dijo:

-Qué linda estás hoy, Rosaura.

Ella, con las manos, impartió un ligero balanceo a su pollera almidonada: entró a la fiesta con paso firme. Saludó a Luciana y le preguntó por el mono. Luciana puso cara de conspiradora; acercó su boca a la oreja de Rosaura.

-Está en la cocina -le susurró en la oreja-. Pero no se lo digas a nadie porque es un secreto.

Rosaura quiso verificarlo. Sigilosamente entró en la cocina y lo vio. Estaba meditando en su jaula. Tan cómico que la chica se quedó un buen rato mirándolo y después, cada tanto, abandonaba a escondidas la fiesta e iba a verlo. Era la única que tenía permiso para entrar en la cocina, la señora Inés se lo había dicho: "Vos sí, pero ningún otro, son muy revoltosos, capaz que rompen algo". Rosaura, en cambio, no rompió nada. Ni siquiera tuvo problemas con la jarra de naranjada, cuando la llevó desde la cocina al comedor. La sostuvo con mucho cuidado y no volcó ni una gota. Eso que la señora Inés le había dicho: "¿Te parece que vas a poder con esa jarra tan grande?". Y claro que iba a poder: no era de manteca, como otras. De manteca era la rubia del moño en la cabeza. Apenas la vio, la del moño le dijo:

-¿Y vos quién sos?

-Soy amiga de Luciana -dijo Rosaura.

-No -dijo la del moño-, vos no sos amiga de Luciana porque yo soy la prima y conozco a todas sus amigas. Y a vos no te conozco.

-Y a mí qué me importa -dijo Rosaura-, yo vengo todas las tardes con mi mamá y hacemos los deberes juntas.

-¿Vos y tu mamá hacen los deberes juntas? -dijo la del moño, con una risita.

-Yo y Luciana hacemos los deberes juntas -dijo Rosaura, muy seria.

La del moño se encogió de hombros.

-Eso no es ser amiga -dijo-. ¿Vas al colegio con ella?

-No.

-¿Y entonces de dónde la conocés? -dijo la del moño, que empezaba a impacientarse.

Rosaura se acordaba perfectamente de las palabras de su madre. Respiró hondo:

-Soy hija de la empleada -dijo.

Su madre se lo había dicho bien claro: *Si alguno te pregunta, vos le decís que sos la hija de la empleada, y listo*. También le había dicho que tenía que agregar: *y a mucha honra*. Pero Rosaura pensó que nunca en su vida se iba a animar a decir algo así.

-Qué empleada -dijo la del moño-. ¿Vende cosas en una tienda?

-No -dijo Rosaura con rabia-, mi mamá no vende nada, para que sepas.

-Y entonces, ¿cómo es empleada? -Dijo la del moño.

Pero en ese momento se acercó la señora Inés haciendo *shh shh*, y le dijo a Rosaura si no la podía ayudar a servir las salchichitas, ella que conocía la casa mejor que nadie.

-Viste -le dijo Rosaura a la del moño, y con disimulo le pateó un tobillo.

Fuera de la del moño todos los chicos le encantaron. La que más le gustaba era Luciana, con su corona de oro; después los varones. Ella salió primera en la carrera de embolsados y en la mancha agachada nadie la pudo agarrar. Cuando los dividieron en equipos para jugar al delegado, todos los varones pedían a gritos que la pusieran en su equipo. A Rosaura le pareció que nunca en su vida había sido tan feliz.

Pero faltaba lo mejor. Lo mejor vino después que Luciana apagó las velitas. Primero, la torta: la señora Inés le había pedido que la ayudara a servir la torta y Rosaura se divirtió muchísimo porque todos los chicos se le vinieron encima y le gritaban "a mí, a mí". Rosaura se acordó de una historia donde había una reina que tenía derecho de vida y muerte sobre sus súbditos. Siempre le había gustado eso de tener derecho de

vida y muerte. A Luciana y a los varones les dio los pedazos más grandes, y a la del moño una tajadita que daba lástima.

Después de la torta llegó el mago. Era muy flaco y tenía una capa roja. Y era mago de verdad. Desanudaba pañuelos con un soplo y enhebraba argollas que no estaban cortadas por ninguna parte. Adivinaba las cartas y el mono era el ayudante. Era muy raro el mago: al mono le llamaba socio. “A ver, socio, dé vuelta una carta”, le decía. “No se me escape, socio, que estamos en horario de trabajo”.

La prueba final era la más emocionante. Un chico tenía que sostener al mono en brazos y el mago lo iba a hacer desaparecer.

–¿Al chico? –gritaron todos.

–¡Al mono! –gritó el mago.

Rosaura pensó que ésta era la fiesta más divertida del mundo.

El mago llamó a un gordito, pero el gordito se asustó enseguida y dejó caer al mono. El mago lo levantó con mucho cuidado, le dijo algo en secreto, y el mono hizo que sí con la cabeza.

–No hay que ser tan timorato, compañero –le dijo el mago al gordito.

–¿Qué es timorato? –dijo el gordito.

El mago giró la cabeza hacia uno y otro lado, como para comprobar que no había espías.

–Cagón –dijo–. Vaya a sentarse, compañero.

Después fue mirando, una por una, las caras de todos. A Rosaura le palpitaba el corazón.

–A ver, la de los ojos de mora –dijo el mago–. Y todos vieron cómo la señalaba a ella.

No tuvo miedo. Ni con el mono en brazos, ni cuando el mago hizo desaparecer al mono, ni al final, cuando el mago hizo ondular su capa roja sobre la cabeza de Rosaura. Dijo las palabras mágicas... y el mono apareció otra vez allí, lo más contento, entre sus brazos. Todos los chicos aplaudieron a rabiar. Y antes de que Rosaura volviera a su asiento, el mago le dijo:

–Muchas gracias, señorita condesa.

Eso le gustó tanto que un rato después, cuando su madre vino a buscarla, fue lo primero que le contó.

–Yo lo ayudé al mago y el mago me dijo: “Muchas gracias, señorita condesa”.

Fue bastante raro porque, hasta ese momento, Rosaura había creído que estaba enojada con su madre. Todo el tiempo había pensado que le iba a decir: “Viste que no era mentira lo del mono”. Pero no. Estaba contenta, así que le contó lo del mago.

Su madre le dio un coscorrón y le dijo:

–Mírenla a la condesa.

Pero se veía que también estaba contenta.

Y ahora estaban las dos en el hall porque un momento antes la señora Inés, muy sonriente, había dicho: “Espérenme un momentito”.

Ahí la madre pareció preocupada.

–¿Qué pasa? –le preguntó a Rosaura.

–Y qué va a pasar –le dijo Rosaura–. Que fue a buscar los regalos para los que nos vamos.

Le señaló al gordito y a una chica de trenzas, que también esperaban en el hall al lado de sus madres. Y le explicó cómo era el asunto de los regalos. Lo sabía bien porque había estado observando a los que se iban antes. Cuando se iba una chica, la señora Inés le daba una pulsera. Cuando se iba un chico, le regalaba un yo-yo. A Rosaura le gustaba más el yo-yo porque tenía chispas, pero eso no se lo contó a su madre. Capaz que le decía: “Y entonces, ¿por qué no le pedís el yo-yo, pedazo de sonsa?” Era así su madre. Rosaura no tenía ganas de explicarle que le daba vergüenza ser la única distinta. En cambio le dijo:

–Yo fui la mejor de la fiesta.

Y no habló más porque la señora Inés acababa de entrar al hall con una bolsa celeste y una rosa.

Primero se acercó al gordito, le dio un yo-yo que había sacado de la bolsa celeste, y el gordito se fue con su mamá. Después se acercó a la de trenzas, le dio una pulsera que había sacado de la bolsa rosa, y la de trenzas se fue con su mamá.

Después se acercó a donde estaban ella y su madre. Tenía una sonrisa muy grande y eso le gustó a Rosaura. La señora Inés la miró, después miró a la madre, y dijo algo que a Rosaura la llenó de orgullo. Dijo:

–Qué hija que se mandó, Herminia.

Por un momento, Rosaura pensó que a ella le iba a hacer los dos regalos: la pulsera y el yo-yo. Cuando la señora Inés inició el ademán de buscar algo, ella también inició el movimiento de adelantar el brazo. Pero no llegó a completar ese movimiento.

Porque la señora Inés no buscó nada en la bolsa celeste, ni buscó nada en la bolsa rosa. Buscó algo en su cartera.

En su mano aparecieron dos billetes.

–Esto te lo ganaste en buena ley –dijo, extendiendo la mano–. Gracias por todo, querida.

Ahora Rosaura tenía los brazos muy rígidos, pegados al cuerpo, y sintió que la mano de su madre se apoyaba sobre su hombro. Instinti-

vamente se apretó contra el cuerpo de su madre. Nada más. Salvo su mirada. Su mirada fría, fija en la cara de la señora Inés.

La señora Inés, inmóvil, seguía con la mano extendida. Como si no se animara a retirarla. Como si la perturbación más leve pudiera desbaratar este delicado equilibrio.

En: *Los bordes de lo real*, Alfaguara, 1991.

LA PELOTA

Felisberto Hernández



Duración
5' 50"

Cuando yo tenía ocho años pasé una larga temporada con mi abuela en una casita pobre. Una tarde le pedí muchas veces una pelota de varios colores que veía a cada momento en el almacén. Al principio mi abuela me dijo que no podía comprármela, y que no la cargoseara; después me amenazó con pegarme; pero al rato y desde la puerta de la casita –pronto para correr– yo le volví a pedir que me comprara la pelota. Pasaron unos instantes y cuando ella se levantó de la máquina donde cosía, yo salí corriendo. Sin embargo ella no me persiguió: empezó a revolver un baúl y a sacar trapos. Cuando me di cuenta que quería hacer una pelota de trapo, me vino mucho fastidio. Jamás esa pelota sería como la del almacén. Mientras ella la forraba y le daba puntadas, me decía que no podía comprar la otra y que no había más remedio que conformarse con ésta. Lo malo era que ella me decía que la de trapo sería más linda; era eso lo que me hacía rabiar. Cuando la estaba terminando, vi como ella la redondeaba, tuve un instante de sorpresa y sin querer hice una sonrisa; pero enseguida me volví a encaprichar. Al tirarla contra el patio el trapo blanco del forro se ensució de tierra; yo la sacudía y la pelota perdía la forma: me daba angustia de verla tan fea; aquello no era una pelota; yo tenía la ilusión de la otra y empecé a rabiar de nuevo. Después de haberle dado las más furiosas “patadas” me encontré con que la pelota hacía movimientos por su cuenta: tomaba direcciones e iba a lugares que no eran los que yo imaginaba; tenía un poco de voluntad propia y parecía un animalito; le venían caprichos que me hacían pensar que ella tampoco tendría ganas

de que yo jugara con ella. A veces se achataba y corría con una dificultad ridícula; de pronto parecía que iba a parar, pero después resolvía dar dos o tres vueltas más. En una de las veces que le pegué con todas mis fuerzas, no tomó dirección ninguna y quedó dando vueltas a una velocidad vertiginosa. Quise que eso se repitiera pero no lo conseguí. Cuando me cansé, se me ocurrió que aquél era un juego muy bobo; casi todo el trabajo lo tenía que hacer yo; pegarle a la pelota era lindo, pero después uno se cansaba de ir a buscarla a cada momento. Entonces la abandoné en la mitad del patio. Después volví a pensar en la del almacén y a pedirle a mi abuela que me la comprara. Ella volvió a negármela pero me mandó a comprar dulce de membrillo. (Cuando era día de fiesta o estábamos tristes, comíamos dulce de membrillo). En el momento de cruzar el patio para ir al almacén, vi la pelota tan tranquila que me tentó y quise pegarle una “patada” bien en el medio y bien fuerte; para conseguirlo tuve que ensayarlo varias veces. Como yo iba al almacén, mi abuela me la quitó y me dijo que me la daría cuando volviera. En el almacén no quise mirar la otra, aunque sentía que ella me miraba a mí con sus colores fuertes. Después que nos comimos el dulce yo empecé de nuevo a desear la pelota que mi abuela me había quitado; pero cuando me la dio y jugué de nuevo me aburrí muy pronto. Entonces decidí ponerla en el portón y cuando pasara uno por la calle tirarle un pelotazo. Esperé sentado encima de ella. No pasó nadie. Al rato me paré para seguir jugando y al mirarla la encontré más ridícula que nunca; había quedado chata como una torta. Al principio me hizo gracia y me la ponía en la cabeza, la tiraba al suelo para sentir el ruido sordo que hacía al caer contra el piso de tierra y por último la hacía correr de costado como si fuera una rueda.

Cuando me volvió el cansancio y la angustia le fui a decir a mi abuela que aquello no era una pelota, que era una torta y que si ella no me compraba la del almacén yo me moriría de tristeza. Ella se empezó a reír y a hacer saltar su gran barriga. Entonces yo puse mi cabeza en su abdomen y sin sacarla de allí me senté en una silla que mi abuela me arrimó. La barriga era como una gran pelota caliente que subía y bajaba con la respiración. Y después yo me fui quedando dormido. ■

En: *Las Hortensias y otros relatos*, El cuenco de plata, 2009.

EL INOCENTE

Juan José Hernández

A José Bianco



Duración
22'20"

Estábamos acostumbrados a que se dijera de Rudecindo que era una desgracia para su madre, que hubiera sido preferible que naciese muerto, y otras frases por el estilo que empezaban con un piadoso “Dios nos libre y guarde”, o “Que Dios no me castigue, pero...” y que terminaban con un suspiro de resignación.

Cuando hablaba de su hijo doña Teresa ponía los ojos en blanco:

– ¡Qué habré hecho para merecer esta cruz! – se lamentaba.

Mis tías, al oírla, se esforzaban por simular una expresión de tristeza adecuada a las circunstancias:

– Una madre es siempre una madre – decían luego, sentenciosamente.

Doña Teresa se ganaba la vida cosiendo vestidos para las mujeres del barrio. Nunca le faltaba trabajo. “Puesta a pedalear en la Singer, Teresa es un portento. En menos de una hora se despacha un batón de entrecasa”, decían de ella con admiración. Pero había otros motivos por los cuales la madre de Rudecindo era tan solicitada. Gracias a su profesión, estaba al tanto de la intimidad de muchos hogares, y de una manera velada descubría la avaricia, la dejadez o la infidelidad conyugal de una vecina sospechosa.

Por lo general doña Teresa llegaba a mi casa después de mediodía, con la valija donde guardaba el centímetro, las tijeras, el alfiletero, la tiza y el papel para los moldes. Detrás de ella, enredado en los pliegues de su falda, caminaba Rudecindo. Al entrar, doña Teresa se disculpaba por traer a su hijo. “No puedo dejarlo solo. Es un peligro. Todo se lo lleva a

la boca", explicaba. En efecto, era corriente verla abandonar la máquina donde cosía, sentada bajo el parral del segundo patio, para precipitarse sobre Rudecindo y arrebatarse la hoja de helecho, la piedrita del cantero o la hormiga que estaba a punto de tragar.

Por más que las personas mayores y en especial tío Esteban nos habían advertido hasta el cansancio que era de niños mal educados mirar con insistencia y que lo correcto es adoptar un aire indiferente, terminábamos por olvidar estas recomendaciones y acercarnos fascinados al rincón del patio donde Rudecindo, con los ojos entornados y las piernas cruzadas, parecía dormir en una actitud idéntica a la del Buda de porcelana que había en la vitrina de la sala. De vez en cuando se mojaba los labios con la punta de la lengua –una lengua carnosa, curiosamente vivaz en su cara redonda, inexpresiva.

Tío Esteban, hermano de mi difunta madre, vivía con nosotros y nos odiaba a Julia y a mí porque hacíamos ruido a la hora de la siesta mientras él descansaba. A veces, furioso, abría la ventana de su cuarto y nos arrojaba un zapato que esquivábamos hábilmente mientras corríamos a refugiarnos en el cuarto de mi abuela. De tío Esteban habíamos oído decir que era un extravagante, un solterón y un ocioso; de mi abuela, que estaba loca; de Julia y de mí, que no éramos primos sino hermanos.

Tío Esteban ocupaba buena parte de su tiempo en peinarse; ordenaba cuidadosamente frente al espejo los escasos mechones de su pelo hasta formar con ellos una especie de casco uniforme y retinto, tarea inútil porque el pelo, al secarse, se entreabría y dejaba al descubierto su calvicie. Además de cuidarse el pelo, tío Esteban tenía otra pasión: un gato que se llamaba Roberto, aborrecido por las mujeres de la casa desde el día que atrapó de un zarpazo a un colibrí; al advertirlo, corrimos hacia el gato para salvar al pajarito. Pero ya era tarde: Roberto se relamía, con los ojos más brillantes que de costumbre, como alimentados por aquella trémula llama verde que acababa de devorar. Una semana después del episodio, Roberto desapareció. Al principio nadie se preocupó por ello; quizá anduviera por los techos, como otras veces, y en cualquier momento apareciera de nuevo en la cocina, con el rabo caído y una oreja lastimada, maullando frente a la botella de leche. Pero no fue así. Poco tiempo después Julia y yo lo descubrimos muerto en la quinta del alemán. Ocultamos nuestro hallazgo. Nos habían prohibido subir a la pared del fondo que daba a la quinta, pero a menudo desafiábamos el peligro para robar naranjas. Nunca saltábamos la tapia; hacerlo hubiera sido correr la misma suerte del gato. Provistos de un palo de escoba en cuyo extremo habíamos dispuesto un alambre en forma

de gancho, cortábamos de un violento tirón las naranjas de los árboles cercanos. Abajo, los perros guardianes de la quinta ladraban, echaban espuma por la boca, mostraban los dientes, gemían de furia y de impotencia. El alemán, un ingeniero agrónomo que vivía en el centro de la ciudad, sólo les daba de comer una vez por semana para volverlos más feroces. En su quinta había un tipo de naranja de piel muy fina, extremadamente dulce, que a Julia y a mí nos desagradaba pero que hacía las delicias de la abuela, no sólo a causa de su sabor, sino también porque las características del fruto le permitían un curioso entretenimiento. Con sus manos pequeñas apretaba la naranja hasta volverla blanda como una pelota de goma; luego con un alfiler la pinchaba en un extremo y por allí comenzaba a sorber el jugo, con expresión de éxtasis, lentamente. Sobre la mesa de luz quedaban amontonadas las naranjas, exangües y arrugadas como las mejillas de mi abuela.

Tío Esteban no se resignó fácilmente a la desaparición del gato. Revisó las habitaciones, abrió todos los roperos, temeroso de que Roberto estuviera encerrado en alguno. Desconsolado, trepó al techo. "Robertito, minino querido", repetía hasta el cansancio, y por las noches dejaba en el patio un plato de carne picada por si volvía el ingrato.

Mis tías dijeron que la ingratitud es propia de los felinos, que los gatos tienen mal olor, que a los animales no se los debe llamar con nombres de cristiano, que tío Esteban, en vez de lamentarse por esas tonterías, debía ponerse a trabajar en algo útil, y que después de todo había en el mundo desgracias mayores, como el caso de doña Teresa, la costurera.

¿Motivó la desaparición del gato que tío Esteban comenzara a interesarse en Rudecindo y emprendiera con él una tarea no demasiado apropiada a su carácter irritable? Bastaba con que Julia o yo no supiéramos la tabla de multiplicar o cometiéramos el menor error de ortografía para que tío Esteban arrojara el cuaderno contra la pared y nos cubriera de insultos. A pesar de que no ignorábamos por las conversaciones de los demás que sus enojos eran pasajeros ("Amaneció con la luna", decían. "Es mejor no contradecirlo") temíamos sus estallidos de cólera, sobre todo Julia, que a veces lloraba cuando él, fuera de sí, exclamaba: "Cerebro de mosquito, como tu madre; no me extraña: de tal palo tal astilla", olvidando que se refería a su propia hermana.

Como mi abuela, tío Esteban era muy religioso; rezaba el rosario por las tardes, se persignaba al pasar frente a una iglesia, y en las procesiones de Semana Santa marchaba detrás del Cristo y de la Virgen de los Dolores. Las mujeres de la casa se burlaban en secreto de tío Esteban y lo llamaban santurrón y anticuado cuando él criticaba la desvergüenza

de una parienta que, a su juicio, iba a misa “escotada y pintarrajeada como una perdida”.

Su decisión de enseñar a leer y a escribir a Rudecindo fue considerada un disparate: “Qué ganas de perder el tiempo. Una piedra aprendería con más facilidad”. Sin embargo, él persistió en su propósito. Tres veces por semana, al atardecer, doña Teresa aparecía con su hijo. “No quisieron admitirlo en ninguna escuela, don Esteban”, le decía, “pero ya verá que el chico es inteligente”.

Tío Esteban sentaba a Rudecindo en una silla frente a la mesa del vestíbulo, y ponía fuera de su alcance el lápiz y la goma de borrar, sobre todo esta última que Rudecindo miraba con ojos de codicia, entreabriendo la boca. Nosotros observábamos la escena desde el corredor, y a menudo sofocábamos la risa cuando tío Esteban, empeñado en que Rudecindo copiara una letra del abecedario, inclinaba la cabeza sobre el cuaderno, movimiento que hacía desprender un largo mechón de pelo que su alumno atrapaba, también con la intención de llevárselo a la boca. Meses después, tío Esteban mostró a la familia el resultado de su esfuerzo: una hoja cubierta de garabatos, en la que podía leerse con buena voluntad “papá”, “mamá”. Ya por entonces tío Esteban nos permitía, después de sus lecciones, jugar al escondite o a la mancha con su alumno, llevarlo a la heladería y a la plaza. A Julia y a mí nos divertía pasear con Rudecindo; la gente se asomaba a los balcones para verlo; después, en la plaza, los chicos interrumpían sus juegos y nos rodeaban, absortos. Julia prodigaba a Rudecindo las mismas delicadezas que a su muñeca preferida: lo sentaba cuidadosamente sobre el césped, le peinaba el flequillo, le arreglaba el cuello del traje marinero. Si bien es cierto que Rudecindo no había adelantado mucho en sus estudios, el esfuerzo mental y la disciplina impuestos por mi tío desarrollaron en él cualidades que yacían aletargadas en su naturaleza. Algo, como una luz interior, empezó a despejar la informe superficie de su cara; los párpados se alzaron; las comisuras de su boca adquirieron movilidad; sus manos, de palmas carnosas y rosadas, una gran destreza. A veces, mientras las personas mayores dormían la siesta, Julia y yo tomábamos algunas revistas ilustradas e íbamos al patio donde doña Teresa trabajaba en la máquina de coser; Rudecindo, a su lado, llenaba de números dos la hoja de un cuaderno: “El dos es un patito”, murmuraba en voz baja, recordando la lección de tío Esteban. Julia le pedía prestadas las tijeras a doña Teresa para recortar figuras de flores y pegarlas en un álbum. Un día, ante nuestra sorpresa, Rudecindo tomó la tijera y recortó a la perfección un crisantemo.

Tío Esteban, que aprovechaba cualquier oportunidad para instruirnos, nos aseguró una vez que Rudecindo, de haber nacido entre los antiguos musulmanes, hubiera gozado de un prestigio comparable al de un santo. Lo cierto es que Julia y yo habíamos observado ya que Rudecindo ejercía ciertas influencias misteriosas sobre los pájaros y otros animales. Era frecuente que los gorriones se acercaran a él y se posaran en su cabeza; las palomas, al verlo, hinchaban el buche y daban vueltas a su alrededor, confiadas, rumorosas. Pero el episodio más sorprendente ocurrió una tarde cuando volvíamos de la plaza. Al pasar junto a la quinta del alemán, los perros guardianes que mataron el gato de mi tío nos reconocieron y empezaron a mostrar los dientes, amenazadores, detrás del alambre tejido. Rudecindo se zafó de nosotros y echó a correr en dirección al portón. En el acto los perros se calmaron: moviendo la cola, gemían cariñosamente, las orejas echadas hacia atrás; luego se revolcaron en el pasto, agitando en el aire sus patas encogidas y flojas, satisfechos y mimosos, como si una mano invisible les rascara la barriga.

Sin embargo, Rudecindo no cambió por completo; de vez en cuando tenía raptos durante los cuales recuperaba su aspecto oriental: entornaba los párpados, el labio inferior le caía sobre el mentón huido; burbujas de saliva adornaban nuevamente las comisuras de su boca.

Otro detalle que nos llamó la atención fue la simpatía que mi abuela demostró por Rudecindo no bien lo conoció, hasta el punto de regalarle uno de los caramelos de leche que guardaba debajo de la almohada. Hacía más de veinte años que mi abuela no se levantaba de la cama, y en los últimos tiempos hablaba y se conducía como una muchacha soltera. El médico explicó a la familia que mi abuela, al olvidar los años que siguieron a su casamiento, había recuperado la felicidad. Algunas malas lenguas dijeron que era una lástima que hubiese perdido la memoria porque la anciana, dos veces viuda y de una famosa belleza en su juventud, tendría sin duda muchas cosas interesantes para recordar.

La perturbación de mi abuela la llevó a evitar el trato de las personas mayores y a enfurecerse cuando alguno de sus hijos, en un momento de descuido, la llamaba mamá. Su tema favorito eran los noviazgos y rivalidades amorosas de hombres y mujeres, la mayoría muertos, que había conocido a principios de siglo. En eso era distinta de doña Celina, una de las pocas amigas de su generación, que solía visitarla los domingos, a la salida de misa, y que no recordaba nada, absolutamente nada, salvo el nombre de la medicina contra la arterioesclerosis, o el de la pomada para aliviar el reumatismo. Al irse la visita, mi abuela sonreía

con dulzura. Decía: “¡Qué pena! Con ese peinado tan sin gracia y esos dientes tan feos, Celinita nunca se casará”.

A Julia y a mí nos gustaba que mi abuela dijera que éramos novios. Yo pensaba casarme con Julia cuando terminara mis estudios. ¿Tío Esteban, acaso, no nos había explicado que el matrimonio entre hermanos, en las familias reales de Egipto, estaba permitido?

Precisamente el año en que terminé sexto grado, durante las vacaciones, mi abuela cambió de actitud hacia Rudecindo. Estábamos en su dormitorio, hojeando viejos ejemplares de *Caras y Caretas*, cuando me llamó y me dijo en voz baja, con la mirada fija en Rudecindo: “¿Quién es ese hombre? No lo conozco. Que se vaya inmediatamente de mi cuarto”. Divertido por esta nueva rareza de mi abuela, al día siguiente le repetí a Julia sus palabras. “Tiene razón”, me dijo. “A mí, de sólo verlo, me da escalofríos.”

Habían pasado dos veranos desde que tío Esteban tuvo la idea de educar a Rudecindo, sin obtener ningún éxito en su empresa, pero doña Teresa continuaba enviándolo por las tardes a casa. “Pobrecito, conmigo se aburre”, explicaba. “Pero si molesta demasiado me lo mandan de vuelta con toda confianza.” Mis tías dijeron que Rudecindo no molestaba, que era muy juicioso, y que nosotros deberíamos aprender de él, tan calladito, mirando durante horas la figura del almanaque del vestíbulo (una bañista en el extremo del trampolín) o aguardando pacientemente que asomara el cucú del reloj.

La reacción de mi abuela hizo que yo reparara en el aspecto de Rudecindo. Contrariamente a Julia y a mí, que crecíamos hacia arriba y teníamos las piernas largas y flacas, el cuello frágil, la cara angosta, triangular (“Crecen como la mala hierba”, decían de nosotros, “de un año a otro ninguna ropa les queda bien”), Rudecindo crecía a lo ancho, sin aumentar su estatura, hasta adquirir el aspecto de un enano musculoso. Sus mejillas se cubrieron de vello; el timbre de su voz era ronco y monótono; hacía pensar en el canto de los sapos, o de un repollo (si los repollos tuvieran voz).

También Julia había cambiado, aunque en otro sentido. En vez de salir conmigo prefería pasear con sus amigas; cuchicheaban entre sí y de sus conversaciones me excluían como a un intruso. Cuando una vez le propuse robar naranjas, me contestó que una señorita no se trepa a las tapias, y que aquellos eran juegos para chicos de mi edad.

–Sí –continuó Julia–, Rudecindo es un puerco. Siempre mirando el almanaque, con la mano en el bolsillo del pantalón.

Ruborizado, sin atreverme a levantar los ojos, balbuceé:

-No entiendo lo que querés decir.

Luego, en mi cuarto, lloré amargamente, culpable ante mí mismo, despreciado por Julia y por el mundo.

Un buen día Julia decidió abandonar su nuevo estilo de señorita recatada para que fuéramos a cortar naranjas de la quinta del alemán. Tuvo también la idea de llevar a Rudecindo con nosotros: "Con él no hay peligro de que los perros se alboroten y despierten a tío Esteban, que en castigo nos dejará el domingo sin ir al cine". ¿Acaso Rudecindo no ejercía sobre los animales un extraño poder, comparable al de Androcles, que acariciaba impunemente la rojiza melena de un león ante la decepcionada muchedumbre de espectadores romanos? Yo tenía mis dudas acerca de la eficacia de su poder porque, como decía mi tío, la fuente de la gracia se agota con los malos pensamientos, y no eran precisamente buenos aquellos que turbaban a Rudecindo delante del almanaque del vestíbulo.

Esa tarde fuimos a buscarlo. Doña Teresa levantó a su hijo de la cama donde dormía la siesta.

"Ustedes son unos santos", nos dijo. "Miren que molestarse por él, y con este calor." Llevamos a Rudecindo hasta el portón de la quinta. Habíamos decidido que entretuviera a los perros mientras nosotros, desde la tapia del fondo de mi casa, cortábamos naranjas con la mayor tranquilidad. Ágil como un mono, Rudecindo trepó por el alambre tejido y de un salto cayó del otro lado del cerco. Avanzó entre los árboles, se sentó a esperar. Nos disponíamos a volver a casa cuando vimos a los perros que corrían presurosos en dirección a Rudecindo. Entonces nos detuvimos a contemplar la consabida escena, la conversión de las fieras en corderos, pero el milagro no ocurrió. Ante nuestras miradas atónitas, los perros despedazaron a Rudecindo a dentelladas. Luego lo arrastraron hacia el interior de la quinta.

En: *Así es mamá*, Seix Barral, 1996.

LILA Y LAS LUCES

Sylvia Iparraguirre

A Ana María Borzone



Duración

21'15"

Falta poco para el amanecer. En las estribaciones de los Andes patagónicos el viento corre ladera abajo y estremece los techos de las cinco o seis casitas del valle. Lila se acerca a la espalda de su hermano Ramón en busca de calor. Se vuelve a dormir con un sueño liviano, de pájaro. Un rato después, la luz fría de la mañana los despierta. La madre ya ha salido y el bebé está moviendo los bracitos en silencio. Somnolienta, lo levanta y lo cambia. En la cocina, el fogón ha guardado algo de rescoldo. Rápida y eficaz, Lila hace brotar el fuego. Con el bebé en brazos, se asoma a la puerta. Lejos, en la ladera del cerro, las manchas blancas le señalan dónde está su mamá con las cabras. Pone los jarros sobre la mesa y sirve el mate cocido. Sus tres hermanos se sientan y empiezan a hacer ruido y a reírse. Se pegan en las manos cada vez que uno estira el brazo para alcanzar el pan. El de tres años, todavía un poco dormido, tiene el pelo parado y la ropa torcida. ¿Vendrá el maestro hoy?, piensa Lila.

– ¿Hoy viene el maestro? – pregunta al hermano mayor.

– Y claro, por qué no ha de venir.

Con ocho años, su hermano Ramón es siempre el que más sabe.

– Digo.

El viento mueve la puerta, la leche se derrama en el fuego, el bebé llora. Lila le cierra los dedos sobre un trozo de pan; mientras, ella enfría la leche en el jarro. Sus hermanos salen al patio.

– Por qué no te dormís vos, ¿eh? – le habla al bebé con el tono enérgi-

co que usa su madre-. Si no te dormís viene el enano y te lleva.

Con cuidado lo vuelve a acostar en la cama grande y sale. En el patio se pelean los más chicos y Lila los separa. Uno de ellos se ha caído y tiene un moretón en la frente y la cara llena de lágrimas y mocos.

-Ya van a ver cuando venga la mamá -los amenaza.

Lila corre junto a Ramón, que juega a subirse a las piedras a un costado de la casa, donde la ramada del corral de las cabras se recuesta contra la roca viva. El sol ya está alto pero el viento es frío. Las manchas blancas se han desplazado un poco hacia la parte baja del cerro; Lila igual alcanza a ver la pollera azul y hasta el pañuelo en la cabeza. Unas nubes cruzan veloces el cielo. Oscurecen la montaña y cuando ya pasan todo vuelve a ser claro y brilla. Esto le gusta a Lila. Baja saltando de las piedras y entra en la casa para ver que no se apague el fuego. Recién entonces saca el cuaderno y el libro de la bolsa de nailon y los lleva a la mesa. Toma el lápiz para hacer la tarea. Lila se pregunta por centésima vez cuántas patitas debe dibujarle a la E. El maestro dijo que es como un rastrillo, pero el rastrillo tiene muchos dientes y la E no tiene tantos. Ha borrado muchas veces y tiene miedo de que el papel del cuaderno se rompa. El maestro dijo que había que aprender palabras del libro de lectura y copiarlas en el cuaderno.

Las manos morenas y delgaditas lo abren con cuidado. Lila no se cansa de mirar los dibujos llenos de detalles y de colores brillantes. Lo mandaron de regalo para su escuela. Esta semana le tocó a Lila llevarlo a su casa. En ese libro hay que aprender a leer, dijo el maestro, porque es el único libro que hay. Lila ya ha mirado muchas veces al chico de la lectura que sale de su casa y va a la escuela, pero por más que mira no puede acordarse de lo que dicen las palabras.

-Escuela... -deletrea en voz baja.

Ahora tiene que copiarla, pero en la lectura está con la e y Lila debe escribirla con la E. En ese momento el bebé llora, guarda todo en la bolsa y va a atender a su hermano más chico.

Al mediodía, su mamá ha vuelto y las cabras están en el corral.

Lila y Ramón caminan entre los cerros. Desde lejos saben que el maestro vino: la bandera se ve arriba, ondeando. En el patio, se juntan con sus compañeros hasta que toca la campana, pero Lila no juega, está inquieta. No pudo hacer la tarea y tiene miedo de que el maestro se enoje. Es el segundo año que viene a la escuela y su mamá dice que si otra vez repite, la saca. A muchos chicos no les da la cabeza, y hay que ver si a Lila la escuela no le hace perder el tiempo. Abre el libro sobre el pupitre pero las palabras siguen mudas. Por su cabeza cruza el anchi-

mallén. Cuando oscurece, antes de que su mamá encienda la lámpara, a Lila le da miedo. El enano malo se ríe en el aire y se aparece como una luz que anda por los techos o entre las patas de los caballos. Su tío dijo que una mujer se quedó ciega porque lo miró de frente. Lila piensa en su mamá, que está en los cerros con los más chicos. En el dibujo del libro, el alumno de guardapolvo blanco va a la escuela en una ciudad muy grande, llena de casas. “Es la capital de nuestro país”, ha dicho el maestro. El chico se queda parado y mira unas luces. Ella también las mira. El maestro ya ha explicado qué es esa cosa con luces, pero Lila ha olvidado para qué sirven y la palabra escrita no le dice nada.

–¿Para qué era esto? –pregunta bajito a su compañera.

La chica mira un momento, duda, acerca la cara al libro, y después dice:

–Para que no te pise el auto. Si te pisa te mata.

Cada cinco días pasa el colectivo que va hasta Neuquén. Una vez su mamá se fue en ese colectivo, cuando Ramón estuvo enfermo, y allá había luz eléctrica, dijo. En sus siete años, Lila nunca fue a una ciudad. Piensa si las luces no servirán para que el enano no te agarre en el cerro. Se lleva los chicos a una cueva, dijo su tío, después los saca muertitos. Pero en los cerros no hay luces, salvo el relámpago y la luz mala del anchimallén cuando alguien se va a morir. Por eso Lila le dice a su mamá que a la noche tranque bien la puerta. Su papá hace mucho tiempo que no está; una vez se fue a trabajar y no volvió. Después vino hace como un año y se volvió a ir. Su papá es más alto que su mamá. Lila se acuerda bien de su cara y del pelo.

–Lila, ¿copiaste las palabras de la lectura?

Asustada, Lila mira su cuaderno y no contesta.

–¿Aprovechaste el libro? Mañana se lo lleva Mario. ¿Copiaste las palabras que marqué?

Lila siente la cara ardiendo. Los ojos se le llenan de lágrimas. Sin saber qué hacer, tira de la blusa para abajo.

–¿Quién copió las palabras? –pregunta, en general, el maestro.

Lila vuelve a sentarse. En el libro, el chico ha subido a un colectivo y habla con el conductor. El colectivo es más nuevo que el que pasa por el valle para Neuquén. El maestro habla de la ciudad y dice que la lectura se llama “El ritmo de las ciudades”. Lila mira las letras y empieza a deletrear: El..., pero el maestro ya está explicando otra cosa: que en las ciudades se hacen embotellamientos de tránsito de tantos autos que hay. A Lila la palabra embotellamiento no le parece difícil y cree que la puede copiar porque la e chica no es como la E. El maestro está dicen-

do que algún día ellos van a ir a la ciudad, entonces tienen que saber cómo es. A Lila esto le gusta y a la vez no le gusta. Se siente inquieta. Mira a su compañera y le dice:

-¿Vos vas a ir?

-¿Adónde? -dice Yarita.

-Ahí, donde dice el maestro.

La chica hace que no con la cabeza. A Lila esto la tranquiliza. ¿Su mamá ya habrá vuelto del cerro con sus hermanos? Había dos cabras por parir y su mamá estaba nerviosa.

-Copien las palabras -repite el maestro.

Lila borra otra vez. La timidez la paraliza. De golpe, toma coraje.

-Maestro, maestro, yo no puedo hacer esta letra... -dice en voz baja.

En el otro extremo del aula, el maestro está distraído. Rodeado por el grupo de los más grandes, donde está su hermano Ramón, no presta atención para el lado de los más chicos y no la escucha. Lila vuelve a mirar el dibujo del libro: muchos coches en una calle, también hay colectivos y un camión. Parecen los chivos queriendo salir del corral. Arriba, las letras dicen ¡tuu!, ¡tuuu! Eso Lila lo lee perfectamente. El maestro ahora está a su lado y Lila se sobresalta.

-Lila, copí las palabras... que Yarita te ayude.

Pero Yarita dice:

-No quiero... yo estoy escribiendo, maestro.

-Bueno, Lila, copí esta palabra -dice el maestro.

Con alivio Lila empieza a dibujar la e, la m, la b... Yarita mira por encima de su hombro.

-Ahora poné el cero -dice Yarita; Lila la interrumpe.

-No es el cero, es la o.

-Es el cero -porfía Yarita.

-Ya está -dice Lila satisfecha-: embote... -deja de escribir porque suena la campana.

En el patio, el maestro recomienda a Ramón que ayude a su hermana. Es el único que lo puede hacer. Dice que con ayuda Lila va a salir adelante. Ramón no mira al maestro, hace un hoyo con el talón en la tierra y dice que a lo mejor su mamá la saca, que como es mujer va a ayudar en la casa o a lo mejor va de niñera a Neuquén. El maestro insiste y le recuerda a Lila que mañana le toca a otro compañero llevarse el libro.

Emprenden la vuelta. En el camino, Ramón junta piedras y se las tira a los tordos. Lila va pensativa.

-¿Qué son las luces, Ramón?

-¿Qué luces?

-Ésas, las de colores, para que no te pisen los autos.

-¿Dónde? -dice su hermano, probando su puntería en una piedra grande, a unos diez metros. La piedra rebota y sale disparada para arriba.

-En el libro del maestro...

-Si te pisa un auto te destripa -dice su hermano y, sin esperar contestación, sale corriendo.

Su hermano tampoco sabe lo de las luces, si no, le hubiera dicho. Las montañas se han puesto violetas y el viento es cada vez más frío. En las cimas todavía hay sol, pero en las laderas, el atardecer ha hecho un hueco negro. Desde una loma oscurecida, un guanaco muy erguido la mira. Lila empieza a correr.

-¡Ramón, Ramón...!

Su hermano sale de atrás de una piedra y la asusta. Se ríe a carcajadas. Se para en el medio del camino:

-Te agarra el anchimallén y te lleva a la cueva... -otra vez sale corriendo y gana distancia.

A todo lo que dan las piernas, Lila sigue a su hermano sin mirar atrás. A la vuelta del camino, bajando la cuesta, aparece su casa. Un humo delgado se levanta del techo. El perro viene a su encuentro y Lila lo abraza con fuerza. Entre ladridos, corre y cruza la puerta. La felicidad de Lila es que su mamá está adentro, de espaldas, frente al fogón.

-Mamá, el Ramón me dejó sola y me asusta -dice sin aliento.

Su hermano ni la mira porque está luchando con el perro en un rincón. Lila se da cuenta de que su mamá no está nerviosa, está contenta porque han nacido cuatro chivitos nuevos, más de lo que esperaban. Pero la leche de las cabras no alcanza, dice. Hay que preparar las botellas para darles; si no, se les mueren. Eso es lo único en el mundo que Lila sabe que no puede pasar. La madre dice que cambie al bebé que está mojado y lo ponga a dormir.

Ramón ya está echando la leche en las botellas y tapándolas con la tetina de cuero. Lila tiene ganas de ver los cabritos, pero primero debe hacer lo que su mamá le ha dicho.

-¡Duérmase de una vez! -ordena impaciente-. Viene el enano y lo lleva -el bebé sonríe y la mira con los ojos redondos, sin asomo de sueño-. ¡Le pongo las luces! -amenaza Lila-. ¡Le pongo las luces y lo pisa el auto!

Al fin, el bebé se duerme y Lila corre excitada afuera. Ramón acarrea

el balde con las cuatro botellas. En el corral de palo ya oscurecido, su madre da órdenes cortas y precisas que Lila y Ramón obedecen al instante. De un lado al otro, el perro vigila que ningún chivo se escape. Lila es todo ojos. En las sombras, su madre sujeta con brazos y piernas una cabra; cuando la tiene segura, con una mano toma el chivito y lo pone a mamar. Lila entiende. Tienen que aprender a mamar los chivitos para que después tomen de la mamadera y no se mueran. Ramón ya sostiene la otra cabra. Lila se agacha y levanta uno de los recién nacidos. Los balidos son débiles y lastimeros.

-Tiene hambre -dice Lila.

Rápida, busca la ubre de la cabra y mete el dedo en la boca del cabrito. Escucha el ruido de succión.

-Éste ya toma -dice a su hermano.

El corral se llena de balidos, de viento y de noche. Una racha fría alborota la pollera de la madre y el pelo de Lila que, en cuclillas, deja a un recién nacido y levanta a otro. En su palma late desenfrenado el corazón del chivito que toma con avidez. Se van a salvar, piensa Lila. No se van a morir. Se deja caer, jugando, sobre el costado de una cabra que se mueve y la empuja. Son calentitas, piensa contenta.

-Éste se tomó todo, ya.

Recortados contra la luz débil de la cocina, los más chicos miran desde la puerta. La madre le dice a Ramón que vaya a la pieza, saque el colchón y traiga el elástico de la cama. Le ordena a Lila que le ayude. El corral tiene la puerta rota y los animales pueden salirse durante la noche. Obedecen, su hermano pone el colchón en el piso y apoya el elástico de canto. Lila toma el otro extremo y, entre los dos, lo llevan afuera. Van tropezando en la oscuridad. Su madre acomoda el elástico a la entrada del corral y lo sujeta con unas sogas. Le está diciendo a Ramón que mañana debe buscar unos palos buenos y arreglar la puerta.

Todo terminó. Su mamá y Ramón entran a la casa, pero Lila se queda. Con la cara entre los palos, mira la oscuridad estremecida del corral, siente el olor áspero, familiar, y escucha el roce de los cuerpos. El viento sisea entre las piedras, las cabras se acomodan y las crías, al abrigo de sus madres, no balan más.

La noche bajó sobre la Patagonia entera. El perfil de las montañas es apenas el trazo de las cumbres nevadas. No hay luna. Un arco portentoso de estrellas resplandece en el frío nocturno y cubre el cielo de un extremo al otro del valle con sereno esplendor.

-¡Lila!

Lila corre a la casa y su madre tranca la puerta.

Sentados a la mesa, los cuatro miran silenciosos la espalda de la madre frente al fogón. El olor de la tortilla llena la cocina. El más chico se ha quedado dormido con la cara sobre la mesa. A Lila se le cierran los ojos, pero el hambre la mantiene despierta. Comen en silencio. La madre quiere saber si ha venido el maestro y qué les ha dicho. El que contesta es Ramón. Lila va a preguntar de las luces, pero mastica y se le cierran los ojos. La voz de su mamá se va apagando. En el techo silba el viento y el anchimallén está lejos. Mañana va a aprender lo de las luces para que el maestro vea que ella sabe. El viento sigue su canto, monótono. Lila se queda dormida.

En: *Narrativa Breve*, Alfaguara, 2005.

TE RECUERDO COMO ERAS EN EL ÚLTIMO OTOÑO

Bernardo Jobson



Duración
23'04''

El problema es que el jefe no me lo va a creer. Le he hecho tragar ya tantas milanesas, tantas albóndigas supercondimentadas, que esto no me lo va a creer. Pienso en alguna excusa potable, pero me da un poco de bronca: ¿una vez que tengo una razón valedera para ausentarme de la oficina, voy a tener que apelar a una mentira? ¿Tan mal anda el mundo? me pregunto. Pero toda esta filosofía de apuro no me absuelve del dolor que tengo desde que me levanté y amenaza con la posibilidad de que la gente me crea un deforme o algo así, al margen de unos chillidos austeros pero evidentes que me transformaron en la máxima atracción del día en el subte. En ese momento vuelvo a sentarme y siento como si una tachuela me hubiese penetrado hasta la garganta. Por supuesto, las tachuelas se supone que lo pinchan a uno en el culo y ésta es una tachuela de lo más ortodoxa. No me puedo sentar, no me puedo quedar parado, no puedo quedarme un minuto más en ninguna posición. Y te guste o no, jefecito, allá voy. Con la verdad no temo ni ofendo y me paro frente al escritorio del salmónido.

-Plata no hay -me ataja-. Y si necesitás plata porque se te murió algún pariente, antes me traés el certificado de defunción. Mira, ni siquiera con el certificado. Únicamente contra presentación del cadáver.

-Jefe, no quiero plata... -por ahora, porque en ese momento pienso que en una de éstas voy a tener que comprar un remedio y ante presentación de receta no me va a decir que no. Mirá vos, me digo, ¿cómo no se me ocurrió antes este yeite?

-Ni ahora ni nunca, ni siquiera a fin de mes. ¿Sabés que sos el único en la historia de esta empresa que cobra por adelantado? Ya tenés un mes de sueldo en vales.

-Jefe, perdóneme, pero no estoy de humor hoy. Todo lo que quiero es permiso para ir al hospital.

Hay que ver el conflicto que esto le produce. ¿Quién será: un pariente, un amigo, algún amor lejano? Pero reacciona a tiempo.

-Sangre diste la semana pasada. Te fuiste a las 9 y no apareciste en todo el día.

-Jefe, usted se equivoca por el físico con que me ha dotado la naturaleza. Que yo mida 1,95 m y pese 102 kilos, no quiere decir que si me sacan medio litro del vital elemento, no quede medio dopado.

-Bueno, no sé, pero parientes vivos ya no te quedan, según me consta. ¿Quién es el moribundo hoy?

-Nadie. Soy yo el que quiere ir al hospital, ahora mismo.

-¿Qué te pasa? -pregunta enojándose consigo mismo porque ya está entrando por la variante.

Conflictos internos. ¿Y el que yo tengo ahora? ¿Cómo le digo la verdad, la cruda verdad?

-Jefe, no me lo va a creer. No me lo va a creer.

No sé qué cara pongo, pero sí la que pone él. Se asusta. ¡Corazón, hígado, pulmón! Al mismo tiempo, busca el término ése, difícil, que cuanto mejor lo dice más gente piensa qué gran médico se perdió la sociedad.

-¿Algún trastorno cardiovascular?

Niego con la cabeza.

-¿Visceral?

Tampoco. Como ya está a punto de agotar su diagnóstico precoz, apela a lo increíble, a lo que no puede ser, ¡en esta época!

-Me imagino que no tendrá nada que ver con el sistema génito-urinario, ¿no?

-Y, más o menos -le contesto-. Tengo un grano en el culo.

Diez minutos después estoy parado en el hall del hospital, mirando la guía de consultorios externos. Parezco un tailandés recién llegado, buscando la temperatura media de Jujuy en la guía de teléfonos. No sé quién me toca a mí: ¿enfermedades secretas, culología, anología? No figura ninguna, y a esa enfermera de la mesa de entradas no se lo pienso preguntar. Si fuera vieja y buena, todavía, pero no tiene más de 25 y hay que ver lo bien que está.

El portero o algo así acude en mi ayuda. Y como todos los porteros tienen obligación de ser médicos frustrados, cancheros viejos, empíricos de la medicina que lo ven a uno y ya saben lo que uno tiene, me pregunta:

-¿Algún problema, señor? ¿Busca a alguien?

-Sí, la verdad que sí. Pero no sé exactamente a quién.

Juro que mi respuesta es totalmente natural, pero él ya sospecha algo turbio.

-¿Alguno de los doctores?

-Sí, pero no sé cual puede ser...

Los puntos suspensivos son benévolamente acogidos por el portero y los estudia unos segundos.

-¿Algún problema...? -y la definición médica del problema la explica con la mano y apoyándose en una sonrisa comprensiva y paternal-. Me parece que usted busca dermatología. Primer piso, consultorio 23. Dígale al doctor que lo mando yo.

-¿Perdón, dermatología? Y... ¿qué atienden allí? Quiero decir, si uno tiene...

-Eh, por favor -me asegura canchero al extremo-. Yo también tuve que ir cuando era joven... -y luego de asegurarse de que nadie pueda verlo, agrega:- Tres veces. Claro, eran otros tiempos, ¿no?

-Y sí, no va a comparar -le ratifico, mientras pienso que dermatología no puede ser. Que la pared del culo me duele, no hay duda, pero no le veo relación. Encima, me duele cada vez más y antes de tener que relatar, por segunda vez, la cruda verdad, me tiro un lance y le digo:

-Creo que es ortopedia.

Como a cualquier personaje orillero, lo tumba el asombro.

-¿Ortopedia? Pero si usted camina lo más bien.

-No vaya a creer. Hay momentos en que no puedo.

Está totalmente decepcionado. Todo un caso social que él creía tener como primicia absoluta se le va diluyendo.

-Ortopedia -le insisto-: ¿No quiere decir que a uno lo curan del...?

-Dígame, señor -me pregunta ya totalmente ofendido- ¿A usted qué le duele?

-Bueno, para serle franco, me duele el culo, ¿qué quiere que le haga?

No tiene ninguna anécdota al respecto y no sé si me la contaría aún en el caso contrario. Ya me odia, directamente.

-Vaya a la guardia. Ahí lo van a atender. Parece mentira.

Cuando me dispongo a irme, la vocación lo traiciona y me dice:

-Tómese un Geniol. O dos.

Le agradezco la receta magistral y enfilo para la guardia. El continente americano se ha enfermado hoy y me pongo en la cola. Delante mío hay un tipo justo para que lo atienda el portero.

La dimensión de la fila me hace dudar sobre si llegaré vivo a que me atiendan, pero pienso que esto me da el tiempo suficiente para ver qué le digo a la mina que está sentada en un escritorio y distribuyendo el juego como un hábil mediocampista: usted allí, usted acá, hoy está prohibido enfermarse del hígado, el reumatólogo tiene hepatitis. Pienso en lo que voy a decirle:

-Me duele el recto (y todo el mundo pensando qué lástima, un muchacho con ese físico y maricón).

-Quiero que me revisen el recto (y la misma conclusión, ahora ya sin ninguna duda sobre mi desviación sexual).

-Busco al rectólogo (y lo mismo, éste quiere disimular que es maricón, lo cual no deja de ser peor. Por lo menos, que afronte su desgracia con altivez, caramba).

Cuando faltan dos tipos, no sé todavía qué voy a decirle, pero el punto que está delante mío me puede salvar. A ver cómo le explica él que tiene los bichitos juguetones y entonces yo aprovecho la bolada, el ambiente turbio ya que tiene antecedente y lo mío no trasciende.

Cuando le llega el turno, la enfermera le pregunta nombre, apellido, edad, domicilio y por poco hincha de quién. Con soberbia cara de otario, me acerco para escuchar el crucial diálogo.

-¿Qué problema tiene?

A punto de caérsele la cara de vergüenza por lo frágil ser humano que es, responde:

-Tengo una uña encarnada.

Pienso en la famosa clínica del diagnóstico que podríamos fundar el portero y yo y luego de dar mi filiación, me mira y me pregunta con la mirada, qué problema tengo.

Yo, mudo. Finalmente, accede al ritual.

-¿Qué problema tiene, señor?

-Bueno, tengo un dolor.

Apoya la cabeza en la palma y me vuelve a mirar. Está esperando que yo le diga dónde.

-¿Sí? -me pregunta dejando en el aire: qué me dice.

-Sí -le contesto.

El agitado diálogo no deja de constituir una escena pintoresca que matiza la espera de todos los pacientes. Todos miran. Detrás

mío, no hay nadie. Esto puede durar todo el día, pienso. Ayúdame, miss Nightingale. Vos sabés de estas cosas.

-¿Dolores durante la micción? -me pregunta sutilmente.

Dolores durante la micción. Parece el nombre de una mina de la sociedad colombiana, pienso.

-No -le contesto. Y con un gesto le indico que siga intentando.

-¿Dolores génito-uritarios? -me pregunta un poco enojada, y antes de que se le ocurra la próxima posibilidad dolorosa, un sifilólogo frustrado opina en voz baja para que lo oigan todos:

-Debe ser para dermatología, señorita.

-Señor, por favor, no podemos estar todo el día con esto. Si usted no me dice lo que le pasa... ¿Problemas génito-uritarios? -insiste.

-Señorita -le digo con tono lastimero-. No son génito-uritarios, pero... alguna relación tiene, no sé. El recto, ¿tiene algo que ver con el sistema?

Claro, la palabra era un cheque al portador. La noticia recorre todo el hospital, pero el epicentro del fenómeno se centra en la guardia. El tipo de la uña encarnada me mira diciéndome con los ojos no te da vergüenza, si yo fuera tu padre, te volvía a romper el culo, pero a patadas, y una madre le dice a su hijo, vos vení para acá y lo protege instintivamente del deleznable sujeto. La enfermera, repuesta de la noticia, anota en la planilla y me dice que me siente. Pienso que si me siento, muero, ahí nomás, sumariamente.

El médico pasa por allí en ese momento, y la enfermera lo detiene. Noto que habla de mí, el tipo me mira, le dice que sí, enseguida vuelvo y sale.

Como, pese a todo, ella me ama, me informa que enseguida me van a atender.

La decisión provoca la tradicional reacción popular, hay murmullos contra la aborrecible enfermera, pero en medio de la indignación general, surge la voz de la madre del niño que dirigiéndose a nadie, es decir, a todos, dice:

-Claro, y encima los atienden primero.

La configuración edilicia de la guardia propiamente dicha es un monumento a la discreción. Con un grabador y una filmadora uno podría, en diez minutos, escribir los diez tomos del Testut. El médico me pregunta qué me pasa. Debe tener 22 años a lo sumo. ¿En qué año estarás? ¿Ya rendiste Culo vos?, me pregunto.

-Mire -le explico-. Desde ayer tengo un dolor bárbaro en el ano. Y

ahora ya no puedo más. No puedo sentarme, no puedo estar parado, me duele si hablo.

– Bueno, vamos a ver. Venga por aquí.

Y a medida que recorremos el pasillo, va describiendo las cortinas de los boxes, no sin provocar frecuentes chillidos, indignados por favores y actitudes insensatas de quienes se ven sorprendidos con paños menores a media asta. Encontramos uno vacío y me ordena que me desnude mientras él enseguida vuelve. En el box de al lado, el de la uña encarnada pega un grito y se traga una puteada que hubiera involucrado hasta el más remoto antecesor de la enfermera. Pienso que la verdad esto es mejor tomárselo a joda y cagarse de risa. A la sola mención del verbo defectivo, reflejo condicionado diría Pavlov, me entran ganas de ir al baño, vía recto. Lo único que faltaba, me digo, que me agarren ganas de cagar. El grito del de la uña encarnada va a parecer un susurro de amor comparado con el mío. Frágil espiritual que es uno trato de engañarme y me digo que ya cagué. Mentira, me grita mi conciencia, mientras pienso que algún día debo escribir un ensayo sobre la vida y la caca: dos cosas difíciles de aguantar.

La temperatura ambiente no es la más propicia para quedarse totalmente en pelotas, y me dejo puesta la camisa y los zapatos. Me siento en la camilla y me observo el sistema génito-urinario que diría el portero. Da lástima: parece el experimento de un jíbaro que ha reducido un bandoneón. Cuando el de la uña encarnada opina que prefiere que le corten el pie antes de que se atrevan a tocarle la uña otra vez, entra el futuro médico, orgullo de la familia.

– Póngase en cucullas – me ordena.

Me pongo en cucullas y pienso que lo único que falta es que suene un disparo y salga a buscar la meta.

– Abra un poco más las nalgas.

Las abro.

– Un poco más – insiste.

– Doctor, no crea que no quiero colaborar con la ciencia, pero mido 1,95.

El tipo se ríe y me dice que está bien.

Para distraerme un poco, bajo la cabeza y miro hacia atrás. Me pregunto cómo no larga todo y se manda mudar. El espectáculo es deplorable, pero siento dos manos frías en ambos glúteos y dos pulgares acercándose sugestivamente por ambos flancos. Instintivamente, me hago el estrecho.

– No, por favor, quédese tranquilo. Así no puedo hacer nada.

Le pido perdón y rindo la ciudadela. Los pulgares se asumen y se acercan a las puertas de palacio ya. Vos tócame nomás, tócame apenas y que Dios te ampare, pienso. Ostensiblemente acuciadas por la posición decúbite panzal, las ganas de ir al baño se acentúan y ahora sí, me niego rotundamente.

El tipo se me enoja y como ya ha entrado en confianza –después de todo me ha tocado el culo– me dice che, déjese de embromar, parece mentira.

De golpe sospecha algo y me pregunta:

–¿Qué le pasa?

–Doctor, perdóneme, ¿pero usted quiere creer que justo ahora?

Se agarra la cabeza y vuelve a reír.

–Está bien, pero aguántese. No hay otra solución. Yo necesito solo unos segundos para palparlo.

Tengo ganas de contestarle que yo también, pero para cagarme. No creo que el chiste le caiga bien.

Como soy un gil, me pregunta cosas a medida que empieza otra vez la invasión.

–¿Es la primera vez que le pasa?

–Y la última. Aunque tenga que cagar por la oreja el resto de mi vida.

En ese momento, siento un alambre de púa recorriendo con libre albedrío las paredes iniciales del recto. Y pienso lo que debe estar gozando el de la uña encarnada. Pego un grito.

–Quédese como está –me ordena–. Relaje los músculos. Enseguida vuelvo.

Escucho que en el pasillo le pregunta a la enfermera dónde hay vaselina. La mera mención del noble lubricante para usos o aberraciones varias me incita a salir corriendo despavorido, cuando escucho que la cortinita se corre y entra alguien, doctora ella, pasea la mirada por los hermosos y lascivos glúteos, luego va hacia el sistema génito urinario propiamente dicho, me mira inquisitivamente, se echa hacia atrás y vuelve a investigar la decoración en general, tuerce la cabeza convencida de que no hay nada que hacer, todo sería inútil, pide perdón y sale. En cualquier momento deciden dejarme acá toda la mañana y cobran entrada, pienso.

Se vuelve a correr la cortinita y entra mi análogo de cabecera con un frasco de vaselina como para revisar un mamut. Lo deja sobre una mesita y procede a colocarse unos guantes de goma.

–¿Es para evitar el embarazo? –le digo haciéndome el gracioso.

No me contesta porque los guantes son más viejos que el tobillo y no sabe por dónde empezar. Cuando logra ponérselos, le asoman dos dedos, lánguidos y desnudos.

-Un momentito -me ruega.

-Doctor -lo paro- ¿tengo que quedarme así obligatoriamente? Me duelen los brazos, sin contar con que cualquiera puede entrar como recién. El show, francamente, es un asco.

-No, quédese así. Y abra las nalgas todo lo que pueda.

Sale y enseguida vuelve, esta vez acompañado de un colega, futuro anólogo.

-¿Fístula?

-No sé. Todavía no pude palpar.

-¿Dolor?

-Sí.

-No se ve inflamación -dice el recién llegado desde la frontera con Bolivia.

-¿Qué te parece?

-No sé. Palpá a ver qué pasa. Yo Ano cinco todavía no di.

El colega desaparece. De pronto, la situación se hace tensa. Me vuelve a abrir sin más trámite, se acerca todo lo que puede y, jugado, decide auscultar de zurda. Le miro el tamaño del dedo, manos de pianista más bien no tiene.

-Doctor, perdón, ¿pero usted piensa meterme eso adentro? -pregunto en pánico.

Me responde mientras cubre de vaselina el dedo.

-Escúcheme bien. Ahora va en serio. O se deja palpar o se va a su médico.

-Me dejo palpar.

Cuando las galaxias explotaron en el núcleo central del universo, todo fue, durante un instante, un rojo que nunca se volverá a repetir, una explosión desde el seno más íntimo de cada una de las estrellas que se expandieron junto con nuestro sol por el espacio buscando con sus puntas el borde pascaliano de la esfera cósmica, horadando el infinito como espadas de Dios, mientras el sol, vagabundo desde la eternidad, buscaba exactamente el centro de su pequeño sistema, calcinando todo lo que encontraba a su paso en una carrera devastadora que separó continentes, desequilibró el eje de rotación de los astros, emergieron volcanes que durante millones de siglos se aburrieron en las entrañas de la tierra y estallaron al fin como bestias, una estampida de búfalos inconmensurables vomitando el rojo inicial, hasta que Dios dijo basta, paremos aquí si lo que queremos es crear un planeta.

Salgo del quirófano ad hoc, horadado y profanado en lo más íntimo, con la orden de volver mañana para ser observado por el especialista en el asunto, sujeto que me aplicará un aparato que se llamará todo lo rectoscopio que quiera, pero que no deja de ser un fierro en el culo. En ese momento, el tipo de la uña encarnada, apoyándose lastimosamente en uno de los talones, va también hacia la salida. Todavía no he podido saber por qué, le sonrío diciéndole qué día, ¿no?, al tiempo que camino con un ritmo que ya lo quisiera María Félix yendo al encuentro de su amante para matarlo con premeditación y alevosía. Sorpresivamente, siento una de las famosas puntadas y me agarro del desuñado para no caerme, gesto civil y sin implicancias que el tipo interpreta como amor a primera vista, se me vuelve a escapar otra sonrisa, actitud que no deja de empeorar las cosas y el tipo –mufa, impotencia, dolor y asco mediante– levanta instintivamente el pie desuñado y Bernabé Ferreyra en su tarde más gloriosa me encaja una patada en el centro mismo del culo. Por un instante nos miramos, sorprendidos. Un segundo después, los dos, al unísono, pegamos el grito inicial, el llamado de amor indio, Tarzán navegando de liana en liana y convocando a todo el continente africano con voz tomada por un intempestivo resfrío e inmediatamente damos comienzo oficial al primer festival mundial de cante jondo, no sin matizarlo con pasos de baile calé, y danza rabiosamente moderna, todo por bulerías. ■

En: *El fideo más largo del mundo*, Capital Intelectual, 2008.

YZUR

Leopoldo Lugones



Duración
23'08"

Compré el mono en el remate de un circo que había quebrado.

La primera vez que se me ocurrió tentar la experiencia a cuyo relato están dedicadas estas líneas, fue una tarde, leyendo no sé dónde, que los naturales de Java atribuían la falta de lenguaje articulado en los monos a la abstención, no a la incapacidad. "No hablan, decían, para que no los hagan trabajar".

Semejante idea, nada profunda al principio, acabó por preocuparme hasta convertirse en este postulado antropológico:

Los monos fueron hombres que por una u otra razón dejaron de hablar. El hecho produjo la atrofia de sus órganos de fonación y de los centros cerebrales del lenguaje; debilitó casi hasta suprimirla la relación entre unos y otros, fijando el idioma de la especie en el grito inarticulado, y el humano primitivo descendió a ser animal.

Claro está que si llegara a demostrarse esto, quedarían explicadas desde luego todas las anomalías que hacen del mono un ser tan singular; pero ello no tendría sino una demostración posible: volver el mono al lenguaje.

Entre tanto había corrido el mundo con el mío, vinculándolo cada vez más por medio de peripecias y aventuras. En Europa llamó la atención, y de haberlo querido, llegó a darle la celebridad de un *Cónsul*; pero mi seriedad de hombre de negocios mal se avenía con tales payasadas.

Trabajado por mi idea fija del lenguaje de los monos, agoté toda la bibliografía concerniente al problema, sin ningún resultado apreciable.

Sabía únicamente, con entera seguridad, *que no hay ninguna razón científica para que el mono no hable*. Esto llevaba cinco años de meditaciones.

Yzur (nombre cuyo origen nunca pude descubrir, pues lo ignoraba igualmente su anterior patrón), Yzur era ciertamente un animal notable. La educación del circo, bien que reducida casi enteramente al mimetismo, había desarrollado mucho sus facultades; y esto era lo que me incitaba más a ensayar sobre él mi en apariencia disparatada teoría.

Por otra parte, sábase que el chimpancé (Yzur lo era) es entre los monos el mejor provisto de cerebro y uno de los más dóciles, lo cual aumentaba mis probabilidades. Cada vez que lo veía avanzar en dos pies, con las manos a la espalda para conservar el equilibrio, y su aspecto de marinero borracho, la convicción de su humanidad detenida se vigorizaba en mí.

No hay a la verdad razón alguna para que el mono no articule absolutamente. Su lenguaje natural, es decir el conjunto de gritos con que se comunica a sus semejantes, es asaz variado; su laringe, por más distinta que resulte de la humana, nunca lo es tanto como la del loro, que habla, sin embargo; y en cuanto a su cerebro, fuera de que la comparación con el de este último animal desvanece toda duda, basta recordar que el del idiota es también rudimentario, a pesar de lo cual hay cretinos que pronuncian algunas palabras. Por lo que hace a la circunvolución de Broca, depende, es claro, del desarrollo total del cerebro; fuera de que no está probado que ella sea *fatalmente* el sitio de localización del lenguaje. Si es el caso de localización mejor establecido en anatomía, los hechos contradictorios son desde luego incontestables.

Felizmente los monos tienen, entre sus muchas malas condiciones, el gusto por aprender, como lo demuestra su tendencia imitativa; la memoria feliz, la reflexión que llega hasta una profunda facultad de disimulo, y la atención comparativamente más desarrollada que en el niño. Es, pues, un sujeto pedagógico de los más favorables.

El mío era joven además, y es sabido que la juventud constituye la época más intelectual del mono, parecido en esto al negro. La dificultad estribaba solamente en el método que emplearía para comunicarle la palabra.

Conocía todas las infructuosas tentativas de mis antecesores; y está de más decir, que ante la competencia de algunos de ellos y la nulidad de todos sus esfuerzos, mis propósitos fallaron más de una vez; cuando el tanto pensar sobre aquel tema fue llevándome a esta conclusión:

Lo primero consiste en desarrollar el aparato de fonación del mono.
Así es, en efecto, como se procede con los sordomudos antes de llevar-

los a la articulación; y no bien hube reflexionado sobre esto, cuando las analogías entre el sordomudo y el mono se agolparon en mi espíritu.

Primero de todo, su extraordinaria movilidad mímica que compensa al lenguaje articulado, demostrando que no por dejar de hablar se deja de pensar, así haya disminución de esta facultad por la paralización de aquella. Después otros caracteres más peculiares por ser más específicos: la diligencia en el trabajo, la fidelidad, el coraje, aumentados hasta la certidumbre por estas dos condiciones cuya comunidad es verdaderamente reveladora: la facilidad para los ejercicios de equilibrio y la resistencia al mareo.

Decidí, entonces, empezar mi obra con una verdadera gimnasia de los labios y de la lengua de mi mono, tratándolo en esto como a un sordomudo. En lo restante, me favorecería el oído para establecer comunicaciones directas de palabra, sin necesidad de apelar al tacto. El lector verá que en esta parte prejuzgaba con demasiado optimismo.

Felizmente, el chimpancé es de todos los grandes monos el que tiene labios más movibles; y en el caso particular, habiendo padecido Yzur de anginas, sabía abrir la boca para que se la examinaran.

La primera inspección confirmó en parte mis sospechas. La lengua permanecía en el fondo de su boca, como una masa inerte, sin otros movimientos que los de la deglución. La gimnasia produjo luego su efecto, pues a los dos meses ya sabía sacar la lengua para burlar. Ésta fue la primera relación que conoció entre el movimiento de su lengua y una idea; una relación perfectamente acorde con su naturaleza, por otra parte.

Los labios dieron más trabajo, pues hasta hubo que estirárselos con pinzas; pero apreciaba –quizá por mi expresión– la importancia de aquella tarea anómala y la acometía con viveza. Mientras yo practicaba los movimientos labiales que debía imitar, permanecía sentado, rascándose la grupa con su brazo vuelto hacia atrás y guiñando en una concentración dubitativa, o alisándose las patillas con todo el aire de un hombre que armoniza sus ideas por medio de ademanes rítmicos. Al fin aprendió a mover los labios.

Pero el ejercicio del lenguaje es un arte difícil, como lo prueban los largos balbuceos del niño, que lo llevan, paralelamente con su desarrollo intelectual, a la adquisición del hábito. Está demostrado, en efecto, que el centro propio de las inervaciones vocales, se halla asociado con el de la palabra en forma tal, que el desarrollo normal de ambos depende de su ejercicio armónico; y esto ya lo había sentido en 1785 Heinicke, el inventor del método oral para la enseñanza de los sordomudos, como una consecuencia filosófica. Hablaba de una “concatenación

dinámica de las ideas”, frase cuya profunda claridad honraría a más de un psicólogo contemporáneo.

Yzur se encontraba, respecto al lenguaje, en la misma situación del niño que antes de hablar entiende ya muchas palabras; pero era mucho más apto para asociar los juicios que debía poseer sobre las cosas, por su mayor experiencia de la vida.

Estos juicios, que no debían ser sólo de impresión, sino también inquisitivos y disquisitivos, a juzgar por el carácter diferencial que asumían, lo cual supone un raciocinio abstracto, le daban un grado superior de inteligencia muy favorable por cierto a mi propósito.

Si mis teorías parecen demasiado audaces, basta con reflexionar que el silogismo, o sea el argumento lógico fundamental, no es extraño a la mente de muchos animales. Como que el silogismo es originariamente una comparación entre dos sensaciones. Si no, ¿por qué los animales que conocen al hombre huyen de él, y no aquellos que nunca lo conocieron?...

Comencé, entonces, la educación fonética de Yzur.

Tratábase de enseñarle primero la palabra mecánica, para llevarlo progresivamente a la palabra sensata.

Poseyendo el mono la voz, es decir, llevando esto de ventaja al sordomudo, con más ciertas articulaciones rudimentarias, tratábase de enseñarle las modificaciones de aquella, que constituyen los fonemas y su articulación, llamada por los maestros estática o dinámica, según que se refiera a las vocales o a las consonantes.

Dada la glotonería del mono, y siguiendo en esto un método empleado por Heinicke con los sordomudos, decidí asociar cada vocal con una golosina: *a* con papa; *e* con leche; *i* con vino; *o* con coco; *u* con azúcar, haciendo de modo que la vocal estuviese contenida en el nombre de la golosina, ora con dominio único y repetido como en *papa*, *coco*, *leche*, ora reuniendo los dos acentos, tónico y prosódico, es decir, como sonido fundamental: *vino*, *azúcar*.

Todo anduvo bien, mientras se trató de las vocales, o sea los sonidos que se forma con la boca abierta. Yzur los aprendió en quince días. La *u* fue lo que más le costó pronunciar.

Las consonantes diéronme un trabajo endemoniado; y a poco hube de comprender que nunca llegaría a pronunciar aquellas en cuya formación entran los dientes y las encías. Sus largos colmillos lo estorbaban enteramente.

El vocabulario quedaba reducido, entonces, a las cinco vocales, la *b*, la *k*, la *m*, la *g*, la *f* y la *c*, es decir todas aquellas consonantes en cuya formación no intervienen sino el paladar y la lengua.

Aun para esto no me bastó el oído. Hube de recurrir al tacto como con un sordomudo, apoyando su mano en mi pecho y luego en el suyo para que sintiera las vibraciones del sonido.

Y pasaron tres años, sin conseguir que formara palabra alguna. Tendía a dar a las cosas, como nombre propio, el de la letra cuyo sonido predominaba en ellas. Esto era todo.

En el circo había aprendido a ladrar como los perros, sus compañeros de tareas; y cuando me veía desesperar ante las vanas tentativas para arrancarle la palabra, ladraba fuertemente como dándome todo lo que sabía. Pronunciaba aisladamente las vocales y consonantes, pero no podía asociarlas. Cuando más, acertaba con una repetición vertiginosa de *pes* y de *emes*.

Por despacio que fuera, se había operado un gran cambio en su carácter. Tenía menos movilidad en las facciones, la mirada más profunda, y adoptaba posturas meditabundas. Había adquirido, por ejemplo, la costumbre de contemplar las estrellas. Su sensibilidad se desarrollaba igualmente; íbasele notando una gran facilidad de lágrimas. Las lecciones continuaban con inquebrantable tesón, aunque sin mayor éxito. Aquello había llegado a convertirse en una obsesión dolorosa, y poco a poco sentíame inclinado a emplear la fuerza. Mi carácter iba agriándose con el fracaso, hasta asumir una sorda animosidad contra Yzur. Éste se intelectualizaba más, en el fondo de su mutismo rebelde, y empezaba a convencerme de que nunca lo sacaría de allí, cuando supe de golpe que no hablaba porque no quería. El cocinero, horrorizado, vino a decirme una noche que había sorprendido al mono “hablando verdaderas palabras”. Estaba, según su narración, acurrucado junto a una higuera de la huerta; pero el terror le impedía recordar lo esencial de esto, es decir, las palabras. Sólo creía retener dos: *cama* y *pipa*. Casi le doy de puntapiés por su imbecilidad.

No necesito decir que pasé la noche poseído de una gran emoción; y lo que en tres años no había cometido, el error que todo lo echó a perder, provino del enervamiento de aquel desvelo, tanto como de mi excesiva curiosidad.

En vez de dejar que el mono llegara naturalmente a la manifestación del lenguaje, llamélo al día siguiente y procuré imponérsela por obediencia.

No conseguí sino las *pes* y las *emes* con que me tenía hartado, las guiñadas hipócritas y –Dios me perdone– una cierta vislumbre de ironía en la azogada ubicuidad de sus muecas.

Me encolericé, y sin consideración alguna, le di de azotes. Lo único que logré fue su llanto y un silencio absoluto que excluía hasta los gemidos.

A los tres días cayó enfermo, en una especie de sombría demencia complicada con síntomas de meningitis. Sanguijuelas, afusiones frías, purgantes, revulsivos cutáneos, alcoholaturo de briona, bromuro; toda la terapéutica del espantoso mal le fue aplicada. Luché con desesperado brío, a impulsos de un remordimiento y de un temor. Aquél por creer a la bestia una víctima de mi crueldad; éste por la suerte del secreto que quizá se llevaba a la tumba.

Mejoró al cabo de mucho tiempo, quedando, no obstante, tan débil, que no podía moverse de la cama. La proximidad de la muerte habíalo ennoblecido y humanizado. Sus ojos llenos de gratitud, no se separaban de mí, siguiéndome por toda la habitación como dos bolas giratorias, aunque estuviera detrás de él; su mano buscaba las mías en una intimidad de convalecencia. En mi gran soledad, iba adquiriendo rápidamente la importancia de una persona.

El demonio del análisis, que no es sino una forma del espíritu de perversidad, impulsábame, sin embargo, a renovar mis experiencias. En realidad el mono había hablado. Aquello no podía quedar así.

Comencé muy despacio, pidiéndole las letras que sabía pronunciar. ¡Nada! Dejelo solo durante horas, espiándolo por un agujerillo del tabique. ¡Nada! Hablele con oraciones breves, procurando tocar su fidelidad o su glotonería. ¡Nada! Cuando aquéllas eran patéticas, los ojos se le hinchaban de llanto. Cuando le decía una frase habitual, como el “yo soy tu amo” con que empezaba todas mis lecciones, o el “tú eres mi mono” con que completaba mi anterior afirmación, para llevar a su espíritu la certidumbre de una verdad total, él asentía cerrando los párpados; pero no producía un sonido, ni siquiera llegaba a mover los labios.

Había vuelto a la gesticulación como único medio de comunicarse conmigo; y este detalle, unido a sus analogías con los sordomudos, redoblaba mis precauciones, pues nadie ignora la gran predisposición de estos últimos a las enfermedades mentales. Por momentos deseaba que se volviera loco, a ver si el delirio rompía al fin su silencio. Su convalecencia seguía estacionaria. La misma flacura, la misma tristeza. Era evidente que estaba enfermo de inteligencia y de dolor. Su unidad orgánica habíase roto al impulso de una cerebración anormal, y día más, día menos, aquél era caso perdido. Más, a pesar de la mansedumbre que el progreso de la enfermedad aumentaba en él, su silencio, aquel desesperante silencio provocado por mi exasperación, no cedía. Desde un oscuro fondo de tradición petrificada en instinto, la raza imponía su milenarismo mutismo al animal, fortaleciéndose de voluntad atávica en las raíces mismas de su ser. Los antiguos hombres de la selva, que forzó al

silencio, es decir, al suicidio intelectual, quién sabe qué bárbara injusticia, mantenían su secreto formado por misterios de bosque y abismos de prehistoria, en aquella decisión ya inconsciente, pero formidable con la inmensidad de su tiempo. Infortunios del antropoide retrasado en la evolución cuya delantera tomaba el humano con un despotismo de sombría barbarie, habían, sin duda, destronado a las grandes familias cuadrumanas del dominio arbóreo de sus primitivos edenes, raleando sus filas, cautivando sus hembras para organizar la esclavitud desde el propio vientre materno, hasta infundir a su impotencia de vencidas el acto de dignidad mortal que las llevaba a romper con el enemigo el vínculo superior también, pero infausto, de la palabra, refugándose como salvación suprema en la noche de la animalidad.

Y qué horrores, qué estupendas sevicias no habrían cometido los vencedores con la semibestia en trance de evolución, para que ésta, después de haber gustado el encanto intelectual que es el fruto paradisiaco de las biblias, se resignara a aquella claudicación de su estirpe en la degradante igualdad de los inferiores; a aquel retroceso que cristalizaba por siempre su inteligencia en los gestos de un automatismo de acróbata; a aquella gran cobardía de la vida que encorvaría eternamente, como en distintivo bestial, sus espaldas de dominado, imprimiéndole ese melancólico azoramiento que permanece en el fondo de su caricatura.

He aquí lo que al borde mismo del éxito, había despertado mi malhumor en el fondo del limbo atávico. A través del millón de años, la palabra, con su conjuro, removía la antigua alma simiana; pero contra esa tentación que iba a violar las tinieblas de la animalidad protectora, la memoria ancestral, difundida en la especie bajo un instintivo horror, oponía también edad sobre edad como una muralla.

Yzur entró en agonía sin perder el conocimiento. Una dulce agonía a ojos cerrados, con respiración débil, pulso vago, quietud absoluta, que sólo interrumpía para volver de cuando en cuando hacia mí, con una desgarradora expresión de eternidad, su cara de viejo mulato triste. Y la última tarde, la tarde de su muerte, fue cuando ocurrió la cosa extraordinaria que me ha decidido a emprender esta narración.

Habíame dormitado a su cabecera, vencido por el calor y la quietud del crepúsculo que empezaba, cuando sentí de pronto que me asían por la muñeca.

Desperté sobresaltado. El mono, con los ojos muy abiertos, se moría definitivamente aquella vez, y su expresión era tan humana, que me infundió horror; pero su mano, sus ojos, me atraían con tanta elocuencia

hacia él, que hube de inclinarme de inmediato a su rostro; y entonces, con su último suspiro: el último suspiro que coronaba y desvanecía a la vez mi esperanza, brotaron –estoy seguro–, brotaron en un murmullo (¿cómo explicar el tono de una voz que ha permanecido sin hablar diez mil siglos?) estas palabras cuya humanidad reconciliaba las especies:
Amo, agua. Amo, mi amo...

En: *Las fuerzas extrañas*, Capital Intelectual, 2009.

BITA

Juan José Manauta



Duración
11'25"

En nuestras unidades en operaciones casi no iban mujeres. Sólo las muy pobres seguían a su hombre y no temían arriesgar la vida en los entrevos, porque eso era todo lo que podían perder. Las que los tenían, llevaban consigo a sus hijos pequeños (los mayores eran soldados), los enseres y animales domésticos, la ropa. En sus ranchos no quedaba qué le sirviera al enemigo ni a nadie, salvo la frialdad y el vacío que sobrevienen cuando los seres humanos y los perros abandonan un lugar.

Bitá era una, compañera del cabo Salaberry, un hombre callado, entrado en años, corajudo y audaz.

Se las anotaba en un cuaderno, pero no se les exigían papeles, que ninguna tenía.

-¿A quién seguís?

-A Pascual.

-¿Qué Pascual?

-Salaberry.

Una formalidad, porque todo el mundo sabía que Bitá y Pascual se habían enganchado juntos al batallón en el arroyo Clé y que provenían de la aldea Asunción, devastada por una banda de cambá brasileros, mixtura de brujos y asesinos vestidos de soldados.

El cabo Pascual Salaberry figura en mi cuaderno como desaparecido en el arroyo Don Gonzalo, pero yo lo vi morir en medio del cauce, cuando sin atender a las señales de retirada, insistió en avanzar nadando hacia la otra orilla, donde los nuestros eran segados por la metralla y el tiroteo de los

fusiles a repetición. Hombre y caballo fueron arrastrados por la corriente, que de oscura como venía, se iba poniendo colorada.

Algunos hombres, hombres de nuestro batallón, lo siguieron, cruzaron nomás el arroyo tras él, en una especie de huida hacia adelante, encabezados, sable en mano, por el mayor Ponciano Alarcón y por el teniente Dionisio Hereñú. Esa maniobra desolada y confusa, peregrina y sorprendente hasta para los que la ejecutaron, detuvo por un día entero a la tropa enemiga, que estaba ganando la batalla. Yo creo que ese ataque suicida fue inspirado por la desobediencia de Pascual Salaberry. Así lo reconoció más tarde, a las puteadas, el mayor Alarcón:

–¿Qué mierda se creerán que es una maldita orden? –cuando ya el cabo Salaberry y los que lo siguieron no podían compungirse y algunos ni siquiera oírlo.

Los demás obedecimos y nos retiramos, muchos sin habernos mojado siquiera las bolas en el arroyo.

Sólo veinticuatro horas más tarde nuestra retaguardia vio aparecer al Mayor y al Teniente, y a Bita, obligada por los dos, pues no quería dejar la costa del arroyo, donde también había visto morir a su hombre. La traían atada a los bastos de un burro que tironeaba el propio Mayor.

–Hacete cargo –me dijo–. Es la mujer de Pascual. No quería volver, la muy estúpida. ¿Sabés lo que hubiesen hecho de ella los otros si la agarraban?

–A la orden, mi Mayor. Pero ¿qué pasó del otro lado?

–¡Asqueroso y terrible! ¡Carajo! ¿Ya nadie quiere obedecer en este condenado ejército? Cuando hicimos pie los que pudimos, les llevamos un tropel (no tuve más remedio), porque nadie quería entender otra cosa que no fuese abalanzarse contra los porteños. Fue una carga tan furiosa y desatinada que los asustó. A ésta la encontramos de vuelta, en medio del arroyo, tal como la ves, gritándole a los otros, que le oían muy bien desde la costa riéndose a carcajadas: “¡Vengan y degüellenme, hijos de puta! ¡Vengan y cójanme si pueden! ¡Los voy a capar a todos con el sable de mi marido!” –después que aguantó la risa él también, el Mayor agregó–: La tuve que arrastrar de las mechas. Hereñú consiguió este burro, la atamos, y aquí está. No la pierdas de vista. Tené cuidado. No te quiera capar a vos también.

Bita llevaba cruzado al pecho, en medio de sus dos lozanas tetas, un sable de munición, que sería el de su marido.

Colegí que me iba a arañar o a morder cuando la desatara. En cambio se puso a llorar como una criatura. No me confié, pero estaba cansada, sin fuerzas, y le dolerían los huesos después del galope de más de una legua, atada a la encimera pelada de un burro patrio de andar proceloso.

Suavemente me apoderé del sable, de filo rabioso.

-¿Tenés algún pariente o alguien...?

-Nadie, fuera de Pascual, que en paz descanse.

-¿Y hambre?

-Eso sí.

Le di cecina y galleta, lo que tenía en mi mochila, y un trago de ginebra, que no despreció.

Como es sabido, al llegar al límite del departamento de Gualeguay, el mayor Ponciano Alarcón nos licenció. Y eso también le tocaba a Bitá. El Mayor, sin decirlo, nos dio la opción de hacernos humo, de salirnos de la guerra, sin caer en el delito de "desamparar la bandera".

Yo soy nativo de Tres Bocas, en el sexto distrito del departamento de Gualeguay. Allí mismo me reclutaron los hombres del mayor Ponciano Alarcón, seguidores del gobernador Ricardo López Jordán. Me dijeron que los porteños querían intervenir la provincia y que ellos iban a resistir. Del asesinato de Urquiza, no hablaron. Como resistir, resistimos, pero no por mucho tiempo en lo que a mí me tocó. Cuando acababa de aprender el buen manejo de la carabina y de afinar mi puntería, a lancear de a caballo a todo galope y todas las figuras en el uso del sable, los porteños nos quebrantaron en el arroyo Don Gonzalo (departamento de La Paz), como ya lo he contado, y la guerra terminó para mí. También para Bitá.

Cuando cabalgábamos hacia el arroyo Clé, ya libres de la milicia, y cuando llegamos al arroyo Clé, ninguno de los dos había decidido su destino.

Ella era oriunda de la aldea Asunción, cerca del arroyo Vizcachas, pero en jurisdicción del distrito de Jacinta. De la aldea Asunción no quedaba para Bitá cosa o cristiano que valiera la pena recuperar. Tampoco dónde cobijarse y vivir. Entonces volvimos grupas hacia el arroyo del Animal, que está en pleno sexto distrito, Costa de Nogoyá. El Animal, más que un arroyo, es un zanjón abrupto que corre, se esconde y vuelve a aparecer en medio de esteros, bañados y pajonales más aptos para tigres y venados que para mujeres u hombres. Nos detuvimos en un alto que figuraba un albardón. Desde ese lugar, que ninguna marea, gracias a Dios, ha podido cubrir hasta el presente, sería fácil ventear patos y carpinchos.

Teníamos que levantar una ranchada. Había paja de sobra y se podían sacar buenos palos de ñandubay y de sauce carolino. Pero esa noche hemos dormido a la intemperie, cada uno sobre su apero, de cara a las estrellas.

Al acomodarme en los cojinillos, mi mano derecha dio con una de Bitá, que trataba de dormir vuelta hacia mí, y así quedaron, sin apartarse una de otra.

- El día de Don Gonzalo cumplí los dieciocho -dije como para mí.
- Yo voy para los treinta -reflexionó Bita, también en voz muy baja.
- Difículto que te gusten los chiquilines...
- Ni a vos las viejas.
- Las viejas arrugadas, tal vez que no.
- Yo pronto voy a ser una vieja arrugada.
- No tan pronto, decía una vieja arrugada.

La risa que le provocó mi ocurrencia me pareció nerviosa y desgana, sobre todo porque su cara estaba junto a la mía, y tan cerca e inesperada como recién salida de la oscuridad.

Todo parecía recién salido de la negrura y de la nada. Todo, menos el incendio que había estallado en mi cintura. Me aflojé el tirador y me uní a ella, tal como querían sus brazos y sus labios. Yo era nuevo en eso, recién llegado, pero en ese momento habría sido capaz de derrotar a los porteños por mí solo...

Ningún vendaval, que allí soplan fuerte desde el Sur, ha podido hasta ahora voltear nuestro rancho de la costa del Animal.

Bita y yo nos acordamos siempre de cuando lo construimos.

En: *El llevador de almas*, Atril, 1998.

EL RECUPERATORIO

Guillermo Martínez



Duración

13'16''

En 1984 yo tenía veintitrés años y estaba preparando mi tesis de Magister en Matemática, que se titulaba "Sobre las lógicas tetraedrales y pseudocomplementadas de Lukasiewicz", título éste que por alguna razón causaba mucha gracia a mis amigos. Alquilaba un departamento pequeño en Congreso y aunque frecuentemente omitía la cena, con el dinero que recibía como becario a duras penas llegaba a fin de mes. Por ese motivo había aceptado una ayudantía en la Facultad de Ciencias, en una materia de Lógica. Este sueldo adicional me alcanzaba para pagar el abono al Mozarteum, comprar algún libro e ir al cine dos veces por mes. Daba clases en el horario nocturno y mis alumnos tenían la misma edad que yo, si no eran, en muchos casos, mayores.

Enseñar me entusiasmaba. Más aún, me proporcionaba una satisfacción secreta, hasta entonces desconocida para mí; yo era –soy– algo tímido, pero había descubierto que subido a la tarima, con la tiza en la mano, me transformaba en otra persona. Adquiría una elocuencia imprevista y podía explicar las fórmulas más arduas con un fervor ligero y sonriente, que se contagiaba a mis alumnos. Con asombro y algo de orgullo advertía que era capaz de maravillarlos con las paradojas de Cantor y Russell, o mantenerlos en vilo en medio de una demostración, en el instante de incertidumbre que media entre la hipótesis y la tesis, y hasta hacerlos reír a veces, con uno de esos chistes abstrusos que sólo entienden los matemáticos. Me sentía, por primera vez, cautivador.

Había sin embargo entre mis alumnos una chica que no se dejaba seducir. Esta chica, que tenía un apellido impronunciable, no faltaba nunca y se sentaba invariablemente en la última fila, en uno de los rincones. Era muy hermosa, aunque daba la impresión de no consentir su belleza: raramente se pintaba e iba siempre vestida con una sencillez que parecía deliberada, como si quisiera evitar que la mirasen.

Tomaba sus notas con aplicación, pero pronto sospeché que no entendía demasiado. Era evidente, sobre todo, que no le interesaba una palabra de cuanto se decía en el curso. Se limitaba a copiar lo que estaba escrito en el pizarrón y cada vez que yo intentaba un comentario fuera de programa, alguna observación que se me ocurría interesante, sentía desde aquel rincón un silencio resignado, desatento, que a veces lograba descorazonarme. Apenas sonreía con mis bromas y consultaba su reloj con frecuencia, como si permanecer en clase fuese para ella una obligación penosa, que de todos modos no podía eludir.

Sin embargo, lejos de irritarme, esta chica me conmovía. Había algo patético, desigual, en esa resistencia callada, y cada vez que yo daba una nueva definición, cada vez que repetía una explicación y los demás asentían con la cabeza, tenía la sensación de que la íbamos dejando más y más sola.

Tomaba el mismo colectivo que yo para regresar de la Facultad. Viajábamos sin hablarnos, prudentemente distanciados; yo descendía primero, en Rodríguez Peña y Rivadavia, y recuerdo que nunca podía resolver el problema, seguramente trivial, de si debía saludarla al bajar o no.

Cuando llegó el primer parcial pude darme cuenta de que era muy orgullosa. El examen era algo difícil y los demás alumnos me llamaban continuamente para tratar de sonsacarme algún indicio, una pista que los ayudara a resolver uno u otro ejercicio. Ella no. Los nervios la iban consumiendo a medida que pasaba el tiempo, pero durante las cuatro horas no levantó la vista de sus hojas. Finalmente, cuando entregó su examen, vi que sólo había empezado el primer ejercicio.

El tiempo fue pasando pronto para mí. Estaba adelantando bastante con la tesis y entre los papeles revueltos, inmerso en los borradores, empezaba a invadirme esa euforia solitaria, incomunicable, de los matemáticos: aquello que escribía, que era casi incomprensible, era a la vez absolutamente cierto. Fue en aquel cuatrimestre también que ahorrando el cine de dos meses logré comprar una biblioteca de caña, en la que convivieron estrechamente Gramsci con los Piskunov, el Rey Pastor con Gombrowicz y el Principia Mathematica con las ofertas polvorientas de la

calle Corrientes. No recuerdo ningún otro suceso particular. Era feliz: la felicidad no precisa demasiados motivos.

El curso proseguía sin sobresaltos. Cuando hablé de los teoremas de incompletitud pude ver cómo iba asomando el desconcierto en todas las caras y luego el asombro, temeroso, casi reverencial. Miré de soslayo a mi alumna: ni siquiera aquello, ni siquiera Gödel, había logrado sacarla de su mutismo. Me sorprendía un poco que siguiera asistiendo a clase; ahora estaba convencido de que debía sufrir durante esas dos horas.

Llegó el segundo parcial y aunque fue más fácil que el anterior, ella no entregó su examen. Desde la tarima la vi borrar papeles, morder nerviosamente la punta del lápiz, debatirse inútilmente; ni una sola vez pidió auxilio. Cuando expiraba el plazo y el aula estaba casi vacía, guardó lentamente las cosas en su mochila y se fue. Yo recogí los últimos exámenes y salí un instante después. La encontré en la parada del colectivo.

Hacía frío, era de noche, y éramos las únicas dos personas esperando el 37, de modo que debía hablarle. Pero ya no estábamos en clase y yo me sentía de nuevo tímido, torpe. Ella tiritaba y era una chica hermosa y triste.

-No entregaste -le dije con una severidad fingida, apuntándola con el índice.

Sonrió levemente, sin decir nada, y se subió el cuello del abrigo. En ese momento apareció el colectivo, que venía casi vacío. Ella subió primero y mientras yo pagaba mi boleto pude ver que dudaba entre las dos filas de asientos. Finalmente eligió uno doble. Me fui a sentar a su lado. Hubo un silencio indeciso, que amenazaba prolongarse.

-Esta vez -dije- no fue tan difícil el examen.

-Sí -respondió ella con amargura-. Eso comentaban los demás.

-Y a vos -le pregunté con suavidad-. ¿Qué es lo que te pasa?

Clavó los ojos en los dibujitos de su mochila.

-No me gusta -dijo en voz baja.

-No te gusta... ¿qué? ¿La Lógica, la carrera, la Facultad?

Yo sonreía para animarla. Ella alzó lentamente los ojos; había en su cara una expresión grave.

-No me gusta nada -dijo.

Había hablado con un tono absolutamente firme. Me quedé desconcertado, mirándola con incredulidad.

-Pero nada... no puede ser, algo tiene que haber -me encontré diciendo- ¿No pensaste por ejemplo en cambiar de carrera? Una carrera humanística tal vez, Letras, Psicología, algo así.

-No; no me gusta nada -volvió a decir con el mismo tono.

Me esforcé en pensar, pero era curioso: no había demasiado para sugerirle.

-¿Y alguna actividad artística? -intenté-. Pintura, o teatro.

Negó maquinalmente con la cabeza, como si hubiera hecho muchas veces esa misma lista.

-O un deporte si no; ¿no te gustan los deportes?

-No, no me gusta nada -repitió por tercera vez.

-Bueno -le dije, sin poder evitarlo-, entonces sólo te va quedando el matrimonio.

Vi pasar por sus ojos una sombra dolorida, como si hubiese recibido un golpe desde un lugar inesperado. Apartó la cara y miró por la ventanilla.

Tuve entonces una especie de vértigo: el colectivo bordeaba los lagos, no habíamos llegado todavía a Plaza Italia, y sin embargo yo había alzado ya delante de esa chica los pocos andamiajes con que se puede apuntalar una vida y ella, con esas cuatro palabras, con esa pequeña frase tercamente repetida, los había derribado uno tras otro. Se me revelaba bruscamente la secreta fragilidad de todas las cosas, como si conformaran una escenografía que yo había mirado siempre a la distancia y de pronto alguien me mostrara de cerca el cartón pintado, las torpes siluetas sin espesor.

Vi que el colectivo doblaba en la avenida y me levanté. Sólo sabía que quería bajarme. A mí me gustaban los libros y la música; me gustaba el cine, la matemática.

-Me tengo que bajar aquí -le dije.

Ella me miró con un poco de sorpresa y otra vez creí ver la sombra de un dolor: tal vez supiera que ésa no era mi parada. Pero yo ya estaba de pie.

-El recuperatorio no va a ser difícil -le dije-. Estudiás bien el teorema de Rice y te presentás al primer turno ¿sí?

Asintió con un gesto y pude ver, antes de bajar, que volvía a mirar de esa forma ausente por la ventanilla.

Fue en esos días que me ofrecieron un cargo de profesor en La Plata, con casi el doble de sueldo. Acepté de inmediato, por supuesto. De esa chica no supe más nada.

En: *Infierno grande*, Planeta, 2000.

LA RANA QUE QUERÍA SER UNA RANA AUTÉNTICA

Augusto Monterroso



Duración
1'56"

Había una vez una Rana que quería ser una Rana auténtica, y todos los días se esforzaba en ello.

Al principio se compró un espejo en el que se miraba largamente buscando su ansiada autenticidad.

Unas veces parecía encontrarla y otras no, según el humor de ese día o de la hora, hasta que se cansó de esto y guardó el espejo en un baúl.

Por fin pensó que la única forma de conocer su propio valor estaba en la opinión de la gente, y comenzó a peinarse y a vestirse y a desvestirse (cuando no le quedaba otro recurso) para saber si los demás la aprobaban y reconocían que era una Rana auténtica.

Un día observó que lo que más admiraban de ella era su cuerpo, especialmente sus piernas, de manera que se dedicó a hacer sentadillas y a saltar para tener unas ancas cada vez mejores, y sentía que todos la aplaudían.

Y así seguía haciendo esfuerzos hasta que, dispuesta a cualquier cosa para lograr que la consideraran una Rana auténtica, se dejaba arrancar las ancas, y los otros se las comían, y ella todavía alcanzaba a oír con amargura cuando decían que qué buena Rana, que parecía Pollo. ■

En: *La oveja negra y demás fábulas*, Anagrama, 1991.

EL CLUB DE LOS PERFECTOS

Graciela Montes



Duración
5'25"

Hay gente que ya está cansada de que yo cuente cosas del barrio de Florida. Pero no es culpa mía: en Florida pasa cada cosa que una no puede menos que contarla.

Como la historia esa del Club de los Perfectos.

Porque resulta que los perfectos de Florida decidieron formar un club.

Alguno de ustedes preguntará quiénes eran los Perfectos. Bueno, los Perfectos de Florida eran como los Perfectos de cualquier otro barrio, así que cualquiera puede imaginárselos.

Por ejemplo, los Perfectos no son gordos pero tampoco son flacos.

No son demasiado altos, y mucho menos petisos.

Tienen todos los dientes parejos y jamás de los jamases se comen las uñas.

Nunca tienen pie plano ni se hacen pís encima.

No son miedosos. Ni confianzudos.

No se ríen a carcajadas ni lloran a moco tendido.

Los Perfectos siempre están bien peinados, siempre piden "por favor" y jamás hablan con la boca llena.

Hay que reconocer que los Perfectos de Florida no eran muchos que digamos. Es más, eran muy pocos. Tan pocos que había calles, como Agustín Álvarez donde no podía encontrarse un Perfecto ni con lupa. Pero -pocos y todo- decidieron formar un club porque todo el mundo sabe que a los Perfectos sólo les gusta charlar con Perfectos, comer con Perfectos y casarse con Perfectos.

El Club de los Perfectos fue el tercer club de Florida. Los otros dos eran el Deportivo Santa Rita y el Social Juan B. Justo.

El Deportivo Santa Rita era sobre todo un club de fútbol. Los sábados por la tarde se llenaba de floridenses porque los sábados por la tarde se jugaban los partidos amistosos con el equipo de Cetrángolo.

El Social Juan B. Justo era el club de los bailes. Los sábados por la noche los floridenses que querían ponerse de novios se reunían a bailar con los Rockeros de Florida entre guirnaldas verdes, rojas y amarillas.

Pero el Club de los Perfectos era otra cosa.

Para empezar no era ni un galpón ni una cancha. Era una casa en la calle Warnes, con grandes ventanales y una verja alta de rejas negras. Y en el jardín que daba al frente, nada de malvones, dalias y margaritas, sólo palmeras esbeltas, rosales de rosas blancas y gomeros de hojas lustrosas.

Los sábados por la noche los Perfectos llegaban al club con sus ropas planchadas y sus corbatas brillantes. Como eran perfectamente puntuales llegaban todos juntos.

Se sentaban alrededor de la mesa con mantel almidonado y vajilla deslumbrante. Comían tranquilos y educados. Masticaban bien. Sonreían. Nunca parecían tener hambre. Ni apuro. Ni sueño. Ni rabia. Ni ganas. Ni celos. Ni frío.

Tan diferentes eran, que a los floridenses se les hizo costumbre eso de ir a visitar el Club de los Perfectos. Bueno, visitar es una manera de decir porque al Club de los Perfectos sólo entraban Perfectos, y los demás miraban de afuera.

Lo cierto es que, a eso de las siete de la tarde, en cuanto terminaba el partido, los del Deportivo Santa Rita se venían en patota a la calle Warnes y, a eso de las ocho, antes de ir para el baile del Social Juan B. Justo, las parejas de novios pasaban por la calle Warnes para echarles una ojeadita a los Perfectos.

Los floridenses se apretaban todos junto a la verja. Eran un montón, pero ninguno era perfecto. Estaba doña Clementina, llena de arrugas; el nieto de don Braulio, que era un poco bizco; el chico del almacén, que era petiso; Antonia, llena de pecas... y chicos que usaban aparatos en los dientes, chicos que a veces se comían las uñas, chicos que a veces se hacían pis encima, chicos con mocos, muchachos que clavaban los dientes en sándwiches de milanesa porque tenían hambre y chicas un poco despeinadas porque había viento.

Los sábados por la noche el Club de los Perfectos estaba siempre rodeado de floridenses. Y fue por eso que, cuando pasó lo que tenía que pasar, hubo muchos que pudieron contarlo.

Resulta que estaban ahí los Perfectos, tan perfectos como siempre reunidos alrededor de la mesa, perfectamente bronceados porque era verano y perfectamente frescos y perfumados, cuando pasó lo que tenía que pasar.

Pasó una cucaracha.

Una cucaracha lisita, negra, brillante, en cierto modo una cucaracha perfecta, que trepó lentamente por el mantel almidonado y empezó a caminar, perfectamente serena, por entre los platos.

El primero que la vio fue un Perfecto de saco blanco y corbata a rayas, perfectamente rubio. La cucaracha se acercaba, pacíficamente, hacia su plato.

El Perfecto rubio se puso de pie... demasiado bruscamente, porque volcó la silla, empujó con el codo el plato decorado, que se estrelló contra el piso, y derramó el vino tinto de su copa labrada sobre la Perfecta de vestido blanco.

La cucaracha entre tanto, posiblemente sorda y seguramente valiente, seguía recorriendo la mesa, desviándose sin sobresaltos cuando se le interponía algún plato.

Los Perfectos en cambio sí que parecían sobresaltados. Había algunos que se subían a las sillas y gritaban pidiendo ayuda, y otros que se comían velozmente las uñas acurrucados en los rincones. Había algunos que lloraban a moco tendido y otros que, de puro nerviosos, se reían a carcajadas.

El mantel ya no parecía el mismo, lleno como estaba de platos rotos y copas volcadas. Y serena, parsimoniosa la manchita negra y lustrosa proseguía su camino.

Los floridenses que estaban junto a la reja al principio no entendían. Se agolpaban para ver mejor, los de la primera fila les pasaban noticias a los de atrás. Aníbal, el relator de los partidos amistosos, se trepó a lo alto de la verja y empezó a transmitir los acontecimientos:

-El Perfecto de la Camisa a Cuadros se cae de espaldas. Rueda. Quiere ponerse de pie, trastabilla y cae sobre la Perfecta del Collar de Nácar. La Perfecta del Collar de Nácar pierde la peluca. Se arroja al suelo y camina en cuatro patas tratando de recuperarla. El Perfecto del Traje Azul tropieza con ella, pierde el equilibrio y cae... Cae también su dentadura, que golpea ruidosamente contra la pata de la mesa...

Arrugados, despeinados, manchados y llorosos, los Perfectos fueron abandonando la casa de la calle Warnes. Los floridenses los miraban salir y no podían casi reconocerlos. Algunos estaban pálidos. Otros parecían viejos. Algunos, si se los miraba bien, eran francamente gordos.

Y todos, uno por uno, estaban muertos de miedo.

A los floridenses más burlones les daba un poco de risa.

Los floridenses más comprensivos les sonreían y les daban la bienvenida: al fin de cuentas no era tan malo estar de este lado de la reja.

De más está decir que ese mismo día se disolvió el Club de los Perfectos.

Y cuentan en el barrio que los sábados por la tarde algunos de los que fueron sus socios llegan cansados y hambrientos del Deportivo Santa Rita y que otros van, un poco despeinados, al Social Juan B. Justo.

Cuentan también que en la casa de la calle Warnes ahora crecen malvones.

Y parece que así es mucho mejor que antes.

En: *El Club de los Perfectos*, Colihue, 1989.

LA ESPERA

Daniel Moyano



Duración
33'23"

Por fin el hombre vendría a buscarlo. Sentado contra la pared de la galería, apoyado en sus propias rodillas, esperaba. La tarde estaba fría. Entre los pantalones demasiado cortos y las medias temblaba un breve tramo de carne rosada, aterida. Metió las manos entre las piernas para calentarse. A un lado un paquete de ropa yacía como un animal indolente. Esa mañana con la que iniciaba el día de su partida, le habían lavado toda la ropa, hasta unas prendas olvidadas que sacaron del fondo de un baúl. En la pieza el viejo y Julia no hablaban. Podía oír el ruido casi imperceptible del ir y venir de la plancha sobre la ropa húmeda. El silencio y el ruido de la plancha sucedían a sus espaldas, mientras él miraba en el camino que tenía ante sí el lugar por donde pronto aparecería la figura azul de Pedro, su mameluco, su olor a grasa y su silencio, ese silencio en su boca que lo convertía en una simple repetición del viejo, en otra especie de viejo sin barbas ni bigotes pero igual al otro en todo lo demás. Pedro parecía estar en ese lugar del camino, aunque todavía no hubiesen sonado las sirenas de las fábricas indicando que enseguida aparecería por el camino como una gran mancha azul. Estaba también a sus espaldas, ante una gran taza de leche, moviendo rítmicamente las mandíbulas como dos engranajes bien engrasados. Quizás Pedro no estuviese bien enterado de lo ocurrido, de modo que todavía debería oír sus reproches. Hablaría con su voz baja y tranquila, no la alzaría como lo habían hecho Julia y el viejo, pero sin duda con un simple movimiento más fuerte de las mandíbulas, cuando masticase, le indicaría su reprobación.

Llevaba un buen rato sentado allí. Como sintió frío en la espalda, sin levantarse, estirando las piernas y apoyando las manos en el suelo, se corrió hasta una columna metálica de la galería y se apoyó en ella. El paquete quedó contra la pared. Alzó los ojos y vio la estatua, es decir, un pedazo del jinete y apenas una parte del caballo. Una torre tapaba el resto. No sabía exactamente quién era el jinete, pero seguía creyendo que se trataba de Alvear aun cuando muchos sonrieran cuando lo afirmaba. Al ver el pedazo del caballo y el trozo del jinete con su enorme mano levantada hacia la probable cordillera, pensó otra vez en el hombre. Pero al mismo tiempo se acordaba de aquella vez que pudo ver toda la estatua, hacía mucho tiempo, cuando fue con Julia a la Asistencia Pública para vacunarse y se deleitó oyendo el ruido de los tacos de sus zapatos sobre el pavimento de la plaza. Hubiera querido entonces dar varias vueltas alrededor del monumento y tocar las gruesas cadenas que lo protegían pero Julia lo tomó de un brazo y lo alejó de la estatua hacia una calle estrecha.

Bajó los ojos y vio la calle corta que terminaba en el río, pero que se ramificaba antes en una brusca curva hacia la izquierda, que no podía ver. Esa curva sin duda llevaba al monumento. Ahora no sabía si más allá del monumento había cosas, si había más ciudad, porque no recordaba haber visto nada más allá. Quizás la ciudad terminara al pie de la estatua. En el extremo de la calle, donde ésta se unía con el río bordeado por un gran murallón de ladrillos gastados, se había visto por primera vez con el hombre que ahora vendría para llevarlo.

En eso apareció por el camino la mancha azul de Pedro y solo por eso advirtió que ya habían sonado las sirenas de las fábricas. Enseguida empezaría el espectáculo diario de ver comer a Pedro, las mandíbulas cerrándose violentamente sobre el pan como si éste fuese muy duro. Sin duda lo miraría a él apretándolas más fuerte todavía. La mancha azul, tapada de vez en cuando por un automóvil, se acercaba rápidamente.

Le hubiera gustado, ahora que tenía que esperar, ver todo el monumento, pero sabía que desde ningún rincón del patio podría hacerlo. Ni siquiera desde el borde del río, ni subiéndose al murallón, hubiera podido verlo. Para eso lo único que podía hacer era doblar por la calle que se evadía del río, por donde había venido la mancha azul de Pedro antes de aparecer, y entrar en la ciudad. No podía recordar desde qué instante, desde qué punto entrando por esa calle, empezaba a verse entero.

Pedro había entrado. Julia salía con una botella de leche vacía. Él la miró y ella fijó en él sus ojos y le dijo despacio, pero con fuerza, como si

se lo dijera al oído, le dijo *desagradecido* y salió hacia el borde de tierra gredosa que se confundía con la calle y el resto de la ciudad.

Se levantó para no estar allí cuando volviera Julia, se fue a un rincón del patio y se sentó contra el alambrado que daba a la casa vecina. Una mujer, en el centro del patio lavaba ropa en una gran tina de madera elevada sobre dos pilares de ladrillos. Miró hacia el monumento y vio el caballo mutilado, la cabeza y el pecho del jinete con su mano levantada. Ahora estaba seguro de que la ciudad, que sabía enorme, terminaba allí mismo. Más allá del monumento no había nada y solo el aire se extendía, por encima de la estatua, quién sabe hasta dónde. Julia volvió y entró sin mirarlo, y él volvió a la columna, desde donde podía ver bien el río y la curva de la calle que conducía a la ciudad y al monumento.

Se acordó del paquete que había dejado contra la pared y se levantó para alzarlo, oyendo que crujían los huesos de las piernas. El movimiento lo obligó a mirar hacia adentro, donde vio la escena que había presenciado, con la mancha no ya azul sino gris de Pedro en la cabecera de la mesa, que masticaba su pan ante la taza de leche. Tenía las manos blanquísimas, recién lavadas en la palangana con un jabón muy duro, y las puntas de las uñas llenas de grasa. Pedro dejó de mascar un instante y mirándolo con sus ojos pequeños le dijo duramente *venga*, como si fuese a hablar a través del viejo, que yacía sobre una silla en un rincón de la pieza. Más allá Julia buscaba algo en el fondo de un cesto. Cerca de la puerta estaba la palangana, sobre un aparato metálico que terminaba en un círculo donde ésta encajaba perfectamente, y vio en ella el agua llena de minúsculos trozos de jabón y de grasa, donde Pedro se había lavado las manos. Cerca de la mesa estaba su cama sin respaldos, con el colchón arrollado. Ya no la usaría más y sin duda la sacarían de allí para dar más espacio a las otras tres camas que había en la pieza. Pedro lo miró y le dijo *¿así que se va con su padre?* y él, sin dejar de mirarlo, oyó las palabras, pero le pareció que Pedro jamás había abierto la boca, le pareció que había hablado con el estómago, como, según le habían dicho, hacían los ventrílocuos. Él no respondió nada y, por otra parte, Pedro no esperaba ninguna respuesta, así que miró a Julia, que había empezado a lavar en la palangana, en la misma agua de Pedro, el tubo de la lámpara de querosén que siempre se manchaba en el mismo lugar.

Pedro comenzó a hablar lentamente, como si le costara mucho decir las cosas, pero su voz era segura y grave. Le dijo cosas duras pero no como aquellas que él oyó una noche desde su cama, cuando le contaron que el padre era un criminal y que algún día lo mataría a él también.

Sobre todo el viejo, que al parecer era el único que conocía a su padre, le había inculcado la imagen terrible de un hombre que no había visto nunca o que por lo menos no recordaba. "Vos eras muy chico entonces y te recogimos cuando a él lo llevaron a la cárcel." Y agregaba: "no deberían soltarlo más, nunca más". Él había oído eso como si no se lo hubieran dicho a él y solo se hubiera tratado de alguna de las conversaciones de ellos, en las que jamás participaba. Pero el viejo lo había mirado a él mientras contaba, y Julia de vez en cuando, lo había mirado de reojo indicándole que atendiera bien porque sin duda eso era un mal y él también era culpable. El único que no le decía nada entonces era Pedro, pero solo porque estaba hablando el viejo, y era como si hablara él mismo. Y al siguiente día lo que el viejo le había dicho se mezclaba extrañamente con los cuentos o narraciones de princesas y fantasmas que había oído, y de esa manera los relatos perdían el valor real que el viejo había querido darles. Claro que al final pudo más la persistencia del viejo y muchas veces, después de oírlo, lloró silenciosamente en su cama. La figura del padre que no conocía se mezclaba entonces con hechos delictuosos, crímenes, alcoholes y sangre. Pero esos hechos después se perdían y lo que quedaba en claro solo era una figura triste y decadente que él no olvidaría jamás desde que la vio aquella tarde en carne y hueso junto al murallón del río y le habló por primera vez, sin decirle todavía que era su padre (nunca se lo dijo, por lo demás, y eso que iba a llevarlo), que era ese hombre, ese personaje de quien había oído hablar de noche cuando se acostaba y el viejo esgrimía sus palabras admonitorias como fotografías amarillas de tiempos que él no alcanzaba a percibir, donde aparecía la figura principal, el padre, pecando entre hipos, cuchillos y botellas rotas, todo lavado al fin con una gran sábana de sangre iracunda. Y él hubiera creído las admoniciones finales de los relatos del viejo, la de que él era todavía muy chico y aquella otra de que al salir de la cárcel a él también lo mataría, si no hubiese visto, aquella vez, la propia figura en carne y hueso junto al murallón del río, como un rostro lacerado y puro gastado por las historias que de él le habían contado.

Pedro seguía hablando, censurándolo gravemente por no haberles dicho antes que se entrevistaba con el padre, y le volvía a imponer, como si no lo supiera, el castigo que el viejo le había dado el día anterior, cuando el hombre que era su padre apareció y le contó al viejo lo de las entrevistas: que se fuera de allí, que se fuera a vivir con su padre o con cualquiera para siempre. Después, como si él mismo hubiese elegido su castigo, volvió a decirle, dando por terminada la con-

versación, *así que se va con su padre*. Sin embargo era un castigo que él hubiese elegido.

La palabra padre parecía extraña para él porque hasta hacía muy pocos días solo había sido un hombre que había visto por primera vez junto al murallón del río, donde siguieron viéndose siempre y donde le prometió llevarlo alguna vez a ver el monumento de la plaza. Además, el día que fue a la casa para anunciar que había salido de la cárcel y que se lo llevaría, casi no habló con él ni le dijo personalmente que era su padre. La paternidad parecía ser un asunto entre el hombre y el viejo, como un pecado común que ahora debía expiar. El hombre, pues, le había ocultado su identidad hasta el día que fue allí y le dijo al viejo que se lo llevaría apenas consiguiera trabajo. Pero él de algún modo lo sabía porque el hombre solía apretar los dientes y, al hacerlo, hacía ver un huesito en un costado de la cara que le daba un aspecto extraño y un día, viéndose en el espejo, vio que a él también, cuando apretaba los dientes, le brotaba ese huesito. Pero aunque el hecho no dejó de asombrarlo, solo percibió tibiamente que entre él y el hombre ocurría algún suceso importante. Ahora el hombre lo había aclarado todo y el viejo lo había corroborado diciendo esas palabras que él no oía porque ya restallaban dentro de sí: *este es su padre, ahora vivirá con él*. El viejo en los momentos solemnes, o cuando lo retaba jamás lo tuteaba. El tuteo pertenecía al orden de los relatos sobre el padre.

Mientras Pedro le decía las últimas palabras anunciando el castigo que ya le habían impuesto pero que él hubiera elegido previamente, miró al viejo, que liaba pacientemente un cigarrillo, dejando caer gran parte del tabaco. Julia ya había secado el tubo y lo colocaba con precaución en las aletas metálicas de la lámpara. Le causó repugnancia evocar los recuerdos que tenía del viejo. Al ver cómo se le marcaban aun más los huesos salientes de las manos al liar el cigarrillo, se acordaba de cuando lo llevaron allí y tuvo que dormir con el viejo durante un invierno entero. Él no quería tocarlo con su cuerpo y se corría al extremo de la cama, pegado a la pared, para no hacerlo. Pero el viejo daba vueltas interminables poniéndole ya una pierna o ya un brazo encima, o el codo o la cabeza misma, y él sentía el contacto casi cálido de esos huesos duros y descarnados y el olor a orina de la faja que nunca se sacaba. Y sobre todo le causaba repugnancia porque el viejo, que jamás le dirigía la palabra si no era para decirle "bueno amigo, vaya afuera", o "bueno amigo, puede entrar", o para hablarle del padre con las admoniciones finales de "vos eras muy chico entonces, a vos también te va a matar cuando salga", se tomaba la confianza de tocarlo de noche con su cuer-

po maloliente. Nunca lo había odiado, pero ahora sentía que lo odiaba, ahora que sabía que amaba al hombre que vendría a llevarlo por fin, al hombre que el viejo había pintado tan terrible. Por supuesto que no creía una palabra, a no ser lo del alcohol y las botellas rotas, ya que en la primera entrevista que tuvo con el hombre que era su padre y que ahora amaba había percibido el inconfundible olor del vino.

Con las palabras del castigo Pedro había terminado de hablar y él notó que no había dureza en sus palabras. Simplemente las decía porque él *también* estaba en esa casa signada por situaciones de ese tipo, pero en el fondo le interesaba muy poco que se fuera o se quedara. El viejo encendió al fin su cigarrillo. Pedro seguía ahora triturando su pan y bebiendo los últimos sorbos de la taza. Julia puso la lámpara sobre la mesa, con su tubo reluciente. Ese era el lugar donde la ponían siempre, y en esa dirección, en el techo, había un círculo de hollín casi morado. Lo vio, salió despacio, alzó el paquete y se sentó contra la columna descascarada.

El primer recuerdo que tenía del hombre era una brusca pendiente pedregosa descendiendo hacia el río, que él tuvo que subir de mala gana mientras el hombre que lo había llamado lo esperaba allá arriba, junto al murallón de ladrillos, subiéndose las solapas del sobretodo y tirando hacia atrás los flecos de la bufanda que el viento le sacaba una y otra vez. Se acordaba de que él subió allí trabajosamente (lo dejaban ir allí una vez por semana para que juntase caracoles), resbalándose y levantándose el cuello demasiado grande de la tricota. Cuando era nueva, la tricota le ajustaba bien el cuello, pero ya se había agrandado tomando el tamaño de la cabeza de manera que le bailaba en el cuello. Cuando él llegó arriba, el hombre, en vez de apartarse de la estrecha abertura del murallón para que él pudiera pasar y llegar al suelo plano, a la vereda, se quedó allí mismo impidiéndole salir, y él tuvo que quedarse en el declive, de manera que el hombre le parecía mucho más grande de lo que era. Al fin el hombre habló y en el acto se sintió un fuerte olor a vino. Entre palabra y palabra apretaba los dientes rechinándolos, y debajo de la mejilla derecha le brotaba un hueso pequeño y duro que se movía como un nervio cada vez que apretaba los dientes. El hombre le preguntó cómo se llamaba. Él esperaba algo más, algo más importante, dada la forma extraña en que lo llamó y lo hizo subir hasta el murallón. Dijo entonces su nombre y el hombre no se movió ni hizo gesto alguno, como si no hubiese oído. Ahora apretaba los dientes y articulaba el extremo de su maxilar debajo de la mejilla como si fuese un nervio ese huesito y estuviese brotando poco a poco. El hombre después giró

la cabeza hacia la calle, y él estiró la suya lo más que pudo para ver lo que veía el hombre y vio la ciudad, los autos y la gente y un pedazo del caballo de la plaza con su extraño jinete, cuya identidad ignoraba. Lo mismo que desde su casa, una gran torre tapaba el resto, y para verlo había que caminar mucho por la calle que doblaba bruscamente antes de llegar al río.

El hombre volvió a mirar hacia el río, hacia abajo y de paso lo miró a él, que en vista del silencio reinante estaba por decir de nuevo su nombre, pero esperando que volviera a preguntárselo. El hombre sacó entonces una gruesa mano del bolsillo y le tocó la cabeza, pero ahora él no recordaba si en realidad quiso tocarle la cabeza o solo se la tocó para apoyarse y no caer. Finalmente levantó la mano y volvió a guardarla en el bolsillo, y acto seguido se fue tambaleando y lo dejó a él parado allí, mirando al caballo con su jinete innominado.

A esa entrevista siguieron otras, durante mucho tiempo, en las que el hombre ya no tenía olor a vino y le hablaba paternalmente prometiéndole siempre llevarlo algún día a ver el monumento. Al despedirse solía dejarle entre las manos unos billetes tibios y arrugados que tenían el calor que parecía manar de aquel cuerpo. Entonces él ya había advertido lo del huesito que él también tenía, y eso lo acercaba mucho más al hombre. "Esto es un secreto entre los dos", le había dicho una vez, y él no lo había revelado a nadie y sentía, en cambio, que los cuentos que el viejo le había contado sobre su padre, y la presencia del hombre, se confundían en una sola figura inocente, castigada, purificada y buena. Y esa imagen del padre que hubiera querido olvidar, esa imagen lo acompañaría setenta años después en el lecho donde tuviera que esperar conscientemente a la muerte pensando que el padre bueno que esperó un día y que no vino jamás, le había enseñado precediéndolo en la muerte, cómo se entraba silenciosamente y sin lágrimas en la misericordia del polvo.

La columna donde estaba apoyado era quizás el punto ideal para mirar el jinete truncado e imaginárselo entero. Dos días antes, en esa misma galería, había estado su padre, que ya no era "el hombre", despojado de las historias del viejo y de su propia imaginación. Unas palabras oídas como en sueños dichas entre Julia y el viejo, caían serenamente sobre su esperanza. "¿Y vos creés que vendrá? No creo que la cárcel lo haya cambiado. Siempre fue así para todo, lo habrán puesto preso de nuevo. Ese hombre no puede andar suelto." Miró a la puerta de la pieza, ya cerrada, y recordó que el viejo, para cambiarse, siempre lo mandaba afuera, y que después lo llamaba, concluido el rito misterioso que

realizaba adentro. A él le parecía que durante los minutos de encierro el viejo se convertía en una mujer, con un cuerpo largo como el de Julia pero conservando su cara decrepita y torturada. Julia en cambio solía desvestirse en presencia suya, como si él no existiera.

Estiró las medias lo más que pudo y corrió las ligas un poco más arriba y los pantalones más abajo para reducir el trozo floreciente de carne donde el frío se ensañaba como una persistente mosca de hielo. Miró hacia el monumento, un poco borroso por la penumbra de la hora vespertina, y sintió de nuevo que la ciudad terminaba allí mismo, de modo que el padre, que estaba en la ciudad, no podía estar muy lejos de él. Y pensó que en todo caso lo hubiera visto si no fuera por las líneas de las casas y los huecos mellados de las calles. Allá, muy lejos, hacia la derecha, en el cuarto o quinto puente pasaba un tranvía con las luces encendidas. Al rato oyó que Julia levantaba el tubo de la lámpara y encendía la mecha. El silencio en la pieza era total. Él no podía ver nada porque estaba dando la espalda. Dentro de la pieza, lo sabía, estaba oscuro, atenuada la semioscuridad por la semiluz de la lámpara. Afuera, en cambio, el aire todavía era claro, salvo a lo lejos, más allá del monumento, que pronto se convertiría, como todas las noches, en una gran mancha negra contra el aire lejano.

Se quedó un rato largo mirando hacia la casa vecina, a través del tejido de alambre, donde estaba la tina sombría sobre la pila de ladrillos, entrevista apenas entre sábanas húmedas tendidas en una larga cuerda levantada en un punto con un palo. La mujer no se veía por ninguna parte y la pieza parecía ausente, como un gran hueco oscuro; pero a poco vio surgir de la sombra la luz amarilla de la lámpara.

Oyó a sus espaldas que Julia preparaba la mesa. Era un rito que se repetía siempre con rumores de platos y botellas, sin voces, hasta que el viejo se sentaba y colgaba el sombrero en la silla de Pedro, que comía como si comer fuese un acto de máxima severidad. Julia y el viejo conversaban pero él enmudecía y no abandonaba su expresión adusta hasta que terminaba de comer y hacía cesar el movimiento metálico de sus mandíbulas.

Julia se asomó a la puerta y lo llamó a comer. Él no respondió y ella volvió a entrar. Al rato salió con una botella. Ordinariamente era él quien iba a comprar el vino, pero esta vez no se lo exigieron. Se consideró obligado sin embargo, y tímidamente le dijo a Julia que podía ir él, pero ella le dijo que no con la misma voz de antes, apagada y fría, como si se lo gritara, despacio, al oído.

Esa seguridad de Julia lo atemorizó. ¿Y si su padre no viniera, como

ella aseguraba? ¿Y si todos lo hubiesen engañado? La sensación duró un instante. Enseguida experimentó una suave tranquilidad, después de haberlo supuesto, sabiendo de algún modo que no podía ser. Y a esa tranquilidad se sumó un grato calor que él mismo se había infundido metiendo las manos entre las piernas y abrazándose las rodillas alternativamente. Al rato los párpados empezaron a pesarle y poco después sentía que se dormía, pensando que si no fuera por las casas y las calles el padre lo vería y le haría alguna seña. Cuando despertó miró bruscamente hacia atrás.

Tenía las mejillas heladas y las manos ardientes. La puerta estaba cerrada y oscura. Se paró y se acercó a la puerta y a través de las tablas percibió la débil claridad de la lámpara. Tendió el oído y oyó un rumor de voces bajas, pero era la voz del viejo solamente. Después percibió el chirrido de la plancha sobre la ropa húmeda. El corazón le latía fuerte, no sabía si de miedo o por haberse despertado súbitamente, cosa que solía ocurrirle. Se subió las medias ya caídas y volvió a sentarse contra la columna. Miró hacia la ciudad, el negro monumento con su caballo mutilado y las innumerables luces de las avenidas que durante el día parecían no existir. Era como si toda la ciudad se hubiera inclinado como un gran plato para que él la viera toda y descubriera al padre, para que la viera con sus innumerables calles cruzadas en perpetua tortura y sus autos polvorientos. El aire estaba negro salvo la gran masa de claridad que dilataban las luces de la calle por encima de los edificios, y más allá del monumento, donde una lejana claridad de poniente restallaba como una bandera.

Volvió a pararse y dio unos pasos por la galería; después se apoyó contra el alambrado. En la casa vecina habían apagado la luz, y la tina de madera, en medio del patio, goteaba persistente sobre un pequeño charco. Entonces, solo entonces, se sintió solo y tuvo ganas de llorar. El gran plato de la ciudad parecía abalanzarse sobre él.

Ahora que el padre era una figura despojada e inocente, ahora que sus recuerdos nacían de él como una gran luz purificada, el padre no venía. Y esa imagen, esos recuerdos, lo sustituían tristemente, valían de algún modo por el padre mismo. Dio unos pasos por el patio, pensando que si el padre no venía tendría que golpear la puerta y pedirles perdón. Pero ahora los poseía de algún modo, había rescatado de las tinieblas el rostro bueno y castigado y los labios resacos por el alcohol. Lo aterraba la idea de tener que enfrentar al viejo, de golpear la puerta y decir no sabía qué, de mirar alternativamente a Pedro y a Julia, de humillarse ante ellos y oír después nuevas y terribles historias sobre su padre. Se sentó

de nuevo contra la columna y miró hacia el monumento, casi borroso. Y como lloraba, todas las luces convergían hacia sus ojos con largas líneas extendidas desde el centro de la luz hacia él como inmovibles espinas de lágrimas. Todo se mutilaba, todo se le daba en horribles mitades inconclusas. “Si viniera, si viniera”, se dijo muchas veces, y miró hacia la ciudad que en cambio lo miraba a él con sus miles de luces.

En: *Desde los parques y otros cuentos*, Capital Intelectual, 2010.

EL ILUSTRE AMOR

Manuel Mujica Láinez

1797



Duración
12'48"

En el aire fino, mañanero, de abril, avanza oscilando por la Plaza Mayor la pompa fúnebre del quinto Virrey del Río de la Plata. Magdalena la espía hace rato por el entreabierto postigo, aferrándose a la reja de su ventana. Traen al muerto desde la que fue su residencia del Fuerte, para exponerle durante los oficios de la Catedral y del convento de las monjas capuchinas. Dicen que viene muy bien embalsamado, con el hábito de Santiago por mortaja, al cinto el espadín. También dicen que se le ha puesto la cara negra.

A Magdalena le late el corazón locamente. De vez en vez se lleva el pañuelo a los labios. Otras, no pudiendo dominarse, abandona su acecho y camina sin razón por el aposento enorme, oscuro. El vestido enlutado y la mantilla de duelo disimulan su figura otoñal de mujer que nunca ha sido hermosa. Pero pronto regresa a la ventana y empuja suavemente el tablero. Poco falta ya. Dentro de unos minutos el séquito pasará frente a su casa.

Magdalena se retuerce las manos. ¿Se animará, se animará a salir?

Ya se oyen los latines con claridad. Encabeza la marcha el deán, entre los curas catedralicios y los diáconos cuyo andar se acompasa con el lujo de las dalmáticas. Sigue el Cabildo eclesiástico, en alto las cruces y los pendones de las cofradías. Algunos esclavos se han puesto de hinojos junto a la ventana de Magdalena. Por encima de sus cráneos motudos, desfilan las mazas del Cabildo. Tendrá que ser ahora. Magdalena ahoga un grito, abre la puerta y sale.

Afuera, la Plaza inmensa, trémula bajo el tibio sol, está inundada de gente. Nadie quiso perder las ceremonias. El ataúd se balancea como una barca sobre el séquito despacioso. Pasan ahora los miembros del Consulado y los de la Real Audiencia, con el regente de golilla. Pasan el Marqués de Casa Hermosa y el secretario de Su Excelencia y el comandante de Forasteros. Los oficiales se turnan para tomar, como si fueran reliquias, las telas de bayeta que penden de la caja. Los soldados arrastran cuatro cañones viejos. El Virrey va hacia su morada última en la Iglesia de San Juan.

Magdalena se suma al cortejo llorando desesperadamente. El sobrino de Su Excelencia se hace a un lado, a pesar del rigor de la etiqueta, y le roza un hombro con la mano perdida entre encajes, para sosegar tanto dolor.

Pero Magdalena no calla. Su llanto se mezcla a los latines litúrgicos, cuya música decora el nombre ilustre: "Excmo. Domino Pedro Melo de Portugal et Villena, militaris ordinis Sancti Jacobi..."

El Marqués de Casa Hermosa vuelve un poco la cabeza altiva en pos de quien gime así. Y el secretario virreinal también, sorprendido. Y los cónsules del Real Consulado. Quienes más se asombran son las cuatro hermanas de Magdalena, las cuatro hermanas jóvenes cuyos maridos desempeñan cargos en el gobierno de la ciudad.

-¿Qué tendrá Magdalena?

-¿Qué tendrá Magdalena?

-¿Cómo habrá venido aquí, ella que nunca deja la casa?

Las otras vecinas lo comentan con bisbiseos hipócritas, en el rumor de los largos rosarios.

-¿Por qué llorará así Magdalena?

A las cuatro hermanas ese llanto y ese duelo las perturban. ¿Qué puede importarle a la mayor, a la enclaustrada, la muerte de don Pedro? ¿Qué pudo acercarla a señorón tan distante, al señor cuyas órdenes recibían sus maridos temblando, como si emanaran del propio Rey?

El Marqués de Casa Hermosa suspira y menea la cabeza. Se alisa la blanca peluca y tercia la capa porque la brisa se empieza a enfriar.

Ya suenan sus pasos en la Catedral, atisbados por los santos y las vírgenes. Disparan los cañones reumáticos, mientras depositan a don Pedro en el túmulo que diez soldados custodian entre hachones encendidos. Ocupa cada uno su lugar, receloso de precedencias. En el altar frontero, levántase la gloria de los salmos. El deán comienza a rezar el oficio.

Magdalena se desliza quedamente entre los odores y los cónsules. Se aproxima al asiento de dosel donde el decano de la Audiencia finge

meditaciones profundas. Nadie se atreve a protestar por el atentado contra las jerarquías. ¡Es tan terrible el dolor de esta mujer!

El deán, al tornarse con los brazos abiertos como alas, para la primera bendición, la ve y alza una ceja. Tose el Marqués de Casa Hermosa, incómodo. Pero el sobrino del Virrey permanece al lado de la dama cuidada, palmeándola, calmándola.

Sólo unos metros escasos la separan del túmulo. Allá arriba, cruzadas las manos sobre el pecho, descansa don Pedro, con sus trofeos, con sus insignias.

–¿Qué le acontece a Magdalena?

Las cuatro hermanas arden como cuatro hachones. Chisporrotean, celosas.

–¿Qué diantre le pasa? ¿Ha extraviado el juicio? ¿O habrá habido algo, algo muy íntimo, entre ella y el Virrey? Pero no, no, es imposible... ¿cuándo?, ¿cuándo?

Don Pedro Melo de Portugal y Villena, de la casa de los duques de Braganza, caballero de la Orden de Santiago, gentilhombre de cámara en ejercicio, primer caballerizo de la Reina, virrey, gobernador y capitán general de las Provincias del Río de la Plata, presidente de la Real Audiencia Pretorial de Buenos Aires, duerme su sueño infinito, bajo el escudo que cubre el manto ducal, el blasón con las torres y las quinas de la familia real portuguesa. Indiferente, su negra cara brilla como el ébano, en el oscilar de las antorchas.

Magdalena, de rodillas, convulsa, responde a los Dominus vobis cum.

Las vecinas se codean:

–¡Qué escándalo! Ya ni pudor queda en esta tierra... ¡Y qué calladito lo tuvo!

Pero, simultáneamente, infíltrase en el ánimo de todos esos hombres y de todas esas mujeres, como algo más recio, más sutil que su irritado desdén, un indefinible respeto hacia quien tan cerca estuvo del amo.

La procesión ondula hacia el convento de las capuchinas de Santa Clara, del cual fue protector Su Excelencia. Magdalena no logra casi tenerse en pie. La sostiene el sobrino de don Pedro, y el Marqués de Casa Hermosa, malhumorado, le murmura desflecadas frases de consuelo.

Las cuatro hermanas jóvenes no osan mirarse.

¡Mosca muerta! ¡Mosca muerta! ¡Cómo se habrá reído de ellas, para sus adentros, cuando le hicieron sentir, con mil alusiones agrias, su superioridad de mujeres casadas, fecundas, ante la hembra seca, reseca, vieja a los cuarenta años, sin vida, sin nada, que jamás salía del case-

rón paterno de la Plaza Mayor! ¿Iría el Virrey allí? ¿Iría ella al Fuerte? ¿Dónde se encontrarían?

–¿Qué hacemos? –susurra la segunda.

Han descendido el cadáver a su sepulcro, abierto junto a la reja del coro de las monjas. Se fue don Pedro, como un muñeco suntuoso. Era demasiado soberbio para escuchar el zumbido de avispas que revolotea en torno de su magnificencia displicente.

Despídese el concurso. El regente de la Audiencia, al pasar ante Magdalena, a quien no conoce, le hace una reverencia grave, sin saber por qué. Las cuatro hermanas la rodean, sofocadas, quebrado el orgullo. También los maridos, que se doblan en la rigidez de las casacas y ojean furtivamente alrededor.

Regresan a la gran casa vacía. Nadie dice palabra. Entre la belleza insulsa de las otras, destaca la madurez de Magdalena con quemante fulgor. Les parece que no la han observado bien hasta hoy, que sólo hoy la conocen. Y en el fondo, en el secretísimo fondo de su alma, hermanas y cuñados la temen y la admiran. Es como si un pincel de artista hubiera barnizado esa tela deslucida, agrietada, remozándola para siempre.

Claro que de estas cosas no se hablará. No hay que hablar de estas cosas.

Magdalena atraviesa el zaguán de su casa, erguida, triunfante. Ya no la dejará. Hasta el fin de sus días vivirá encerrada, como un ídolo fascinador, como un objeto raro, precioso, casi legendario, en las salas sombrías, esas salas que abandonó por última vez para seguir el cortejo mortuario de un Virrey a quien no había visto nunca.

En: *Misteriosa Buenos Aires*, Sudamericana, 1951

A LA DERIVA

Horacio Quiroga



Duración
9'56"

El hombre pisó algo blancuzco, y en seguida sintió la mordedura en el pie. Saltó adelante, y al volverse, con un juramento vio una yararacusú que, arrollada sobre sí misma, esperaba otro ataque.

El hombre echó una veloz ojeada a su pie, donde dos gotitas de sangre engrosaban dificultosamente, y sacó el machete de la cintura. La víbora vio la amenaza y hundió más la cabeza en el centro mismo de su espiral; pero el machete cayó de lomo, dislocándole las vértebras.

El hombre se bajó hasta la mordedura, quitó las gotitas de sangre y durante un instante contempló. Un dolor agudo nacía de los dos puntitos violeta y comenzaba a invadir todo el pie. Apresuradamente se ligó el tobillo con su pañuelo y siguió por la picada hacia su rancho.

El dolor en el pie aumentaba, con sensación de tirante abultamiento, y de pronto el hombre sintió dos o tres fulgurantes puntadas que, como relámpagos, habían irradiado desde la herida hasta la mitad de la pantorrilla. Movía la pierna con dificultad; una metálica sequedad de garganta, seguida de sed quemante, le arrancó un nuevo juramento.

Llegó por fin al rancho y se echó de brazos sobre la rueda de un trapiche. Los dos puntitos violeta desaparecían ahora en la monstruosa hinchazón del pie entero. La piel parecía adelgazada y a punto de ceder, de tensa. Quiso llamar a su mujer, y la voz se quebró en un ronco arrastre de garganta reseca. La sed lo devoraba.

—¡Dorotea! —alcanzó a lanzar en un estertor—. ¡Dame caña!

Su mujer corrió con un vaso lleno, que el hombre sorbió en tres tragos. Pero no había sentido gusto alguno.

–¡Te pedí caña, no agua! –rugió de nuevo–. ¡Dame caña!

–¡Pero es caña, Paulino! –protestó la mujer, espantada.

–¡No, me diste agua! ¡Quiero caña, te digo!

La mujer corrió otra vez, volviendo con la damajuana. El hombre tragó uno tras otro dos vasos, pero no sintió nada en la garganta.

–Bueno; esto se pone feo... –murmuró entonces, mirando su pie lívido y ya con lustre gangrenoso. Sobre la honda ligadura del pañuelo la carne desbordaba como una monstruosa morcilla.

Los dolores fulgurantes se sucedían en continuos relampagueos y llegaban ahora a la ingle. La atroz sequedad de garganta, que el aliento parecía caldear más, aumentaba a la par. Cuando pretendió incorporarse, un fulminante vómito lo mantuvo medio minuto con la frente apoyada en la rueda de palo.

Pero el hombre no quería morir, y descendiendo hasta la costa subió a su canoa. Sentose en la popa y comenzó a palear hasta el centro del Paraná. Allí la corriente del río, que en las inmediaciones del Iguazú corre seis millas, lo llevaría antes de cinco horas a Tacurú-Pucú.

El hombre, con sombría energía, pudo efectivamente llegar hasta el medio del río; pero allí sus manos dormidas dejaron caer la pala en la canoa, y tras un nuevo vómito –de sangre esta vez– dirigió una mirada al sol, que ya trasponía el monte.

La pierna entera, hasta medio muslo, era ya un bloque deforme y durísimo que reventaba la ropa. El hombre cortó la ligadura y abrió el pantalón con su cuchillo: el bajo vientre desbordó hinchado, con grandes manchas lívidas y terriblemente doloroso. El hombre pensó que no podría llegar jamás él solo a Tacurú-Pucú y se decidió a pedir ayuda a su compadre Alves, aunque hacía mucho tiempo que estaban disgustados.

La corriente del río se precipitaba ahora hacia la costa brasileña, y el hombre pudo fácilmente atracar. Se arrastró por la picada en cuesta arriba, pero a los veinte metros, exhausto, quedó tendido de pecho.

–¡Alves! –gritó con cuanta fuerza pudo; y prestó oído en vano.– ¡Compadre Alves! ¡No me niegue este favor! –clamó de nuevo, alzando la cabeza del suelo. En el silencio de la selva no se oyó rumor. El hombre tuvo aún valor para llegar hasta su canoa, y la corriente, cogiéndola de nuevo, la llevó velozmente a la deriva.

El Paraná corre allí en el fondo de una inmensa hoya, cuyas paredes, altas de cien metros, encajonan fúnebremente el río. Desde las orillas, bordeadas de negros bloques de basalto, asciende el bosque, negro también. Adelante, a los costados, atrás, siempre la eterna muralla lú-

gubre, en cuyo fondo el río arremolinado se precipita en incesantes borbollones de agua fangosa. El paisaje es agresivo y reina en él un silencio de muerte. Al atardecer, sin embargo, su belleza sombría y calma cobra una majestad única.

El sol había caído ya cuando el hombre, semitendido en el fondo de la canoa, tuvo un violento escalofrío. Y de pronto, con asombro, enderezó pesadamente la cabeza: se sentía mejor. La pierna le dolía apenas, la sed disminuía, y su pecho, libre ya, se abría en lenta inspiración.

El veneno comenzaba a irse, no había duda. Se hallaba casi bien, y aunque no tenía fuerzas para mover la mano, contaba con la caída del rocío para reponerse del todo. Calculó que antes de tres horas estaría en Tacurú-Pucú.

El bienestar avanzaba, y con él una somnolencia llena de recuerdos. No sentía ya nada ni en la pierna ni en el vientre. ¿Viviría aún su compadre Gaona, en Tacurú-Pucú? Acaso viera también a su ex patrón mister Dougald, y al recibidor del obraje.

¿Llegaría pronto? El cielo, al poniente, se abría ahora en pantalla de oro, y el río se había coloreado también. Desde la costa paraguaya, ya entenebrecida, el monte dejaba caer sobre el río su frescura crepuscular en penetrantes efluvios de azahar y miel silvestre. Una pareja de guacamayos cruzó muy alto y en silencio hacia el Paraguay.

Allá abajo, sobre el río de oro, la canoa derivaba velozmente, girando a ratos sobre sí misma ante el borbollón de un remolino. El hombre que iba en ella se sentía cada vez mejor, y pensaba entretanto en el tiempo justo que había pasado sin ver a su ex patrón Dougald. ¿Tres años? Tal vez no, no tanto. ¿Dos años y nueve meses? Acaso. ¿Ocho meses y medio? Eso sí, seguramente.

De pronto sintió que estaba helado hasta el pecho.

¿Qué sería? Y la respiración...

Al recibidor de maderas de mister Dougald, Lorenzo Cubilla, lo había conocido en Puerto Esperanza un Viernes Santo... ¿Viernes? Sí, o jueves...

El hombre estiró lentamente los dedos de la mano.

—Un jueves...

Y cesó de respirar.

En: *La gallina degollada y otros cuentos*, CEAL, 1967.

SUR VIEJO

Dalmiro Sáenz



Duración

17'06"

Me lo contó una mujer en Comodoro Rivadavia.

Sucedió hace mucho, antes aun de que surgiera aquella inesperada consecuencia de la espera de siglos que atraería a los hombres de lugares apartados para erigir las torres negras contra el cielo limpio. Sí, fue antes del petróleo; bastante antes; fue en la época aquella en que la soledad de estas tierras era empujada por el blanco vellón que un chico de tres años hubiera podido patear por el suelo y aun levantar sobre su cabeza y, sin embargo, con peso suficiente como para desarraigar definitivamente de algún lugar de Europa a los padres de ese chico, o como para desplazar el virginal, indefinido e injustificable desierto contra la cordillera y contra el mar, en un continuo trajinar de los seres gregarios cuyo balido impotente y desolado se perdería entre el viento de los cañadones y cuyas huellas definidas y trascendentales marcarían los sinuosos caminos hacia las aguadas y los dormideros.

A unas treinta leguas de Comodoro Rivadavia vivió el hombre aquel, en un paraje denominado Pampa Fría, con la mujer aquella que había conocido en una de sus idas periódicas al pueblo, con sus dos caballos cargueros y sus innumerables perros y el escarceo casi elegante de su mula zaina, que él utilizaba de sillera por no haber podido enseñarle a cabrestear.

La conoció ahí, contra la puerta de esa casa, en aquella calle que más tarde se llamaría San Martín, y por la cual él marcharía tres o cuatro veces por año a buscar su bolsa de farina, o de yerba, y la provisión de víveres y

vicios, y más adelante harina y hasta azúcar y, por último, un día a la mujer aquella que, después de aquel breve trocar de miradas y tal vez algún ceremonioso estrechar de manos, iniciaría esa especie de idilio, acuerdo, o simple afinidad, que haría a los vecinos de Comodoro Rivadavia levantar la vista una mañana y contemplar la desaliñada figura del “búlgaro” en su mula zaina, rodeado por sus perros, con sus caballos cargueros aplastados de bolsas y maletas y, encima de ellos, a la mujer tomando rumbo hacia el oeste.

Vivieron allí en la “Pampa Fría” esas dos personas, luchando siempre contra los elementos fuertes, cocinando la misma comida y lavando a veces la misma ropa gruesa, saliendo juntos a caballo a repuntar la majada o a tirar leña, o a limpiar aguadas, notándose sólo la diferencia de sexos en las abrigadas noches sobre los cueros tendidos en el piso de la cocina, con los ásperos camisones que ambos usaban, y las caricias torpes y primitivas que coronaban a veces los fatigosos días mientras todavía duraban las brasas en el brasero de lata y afuera los perros junto a los recados toreaban a la noche.

Y las mañanas aquellas en que el mate caliente, sostenido entre los dedos sucios y la bombilla plateada y dos veces soldada, era desplazado de uno hacia otro durante la larga y silenciosa hora en que esperaban el amanecer, sentados en los toscos banquitos de madera que por fin él abandonaría para salir de la cocina, insensible al frío en su saco de cuero, sintiendo el crujir de la helada bajo sus alpargatas deformes, llevando la cabezada con el freno brillante, sostenida en el brazo izquierdo, balanceando su cuerpo en la misma forma como lo habría hecho seguramente su padre, y tal vez su abuelo, con el balde de leche o el farol pesado, en las mañanas brumosas de su lejana e irrecordada Bulgaria. Y después, él volviendo hacia la cocina ahora sin la cabezada, a buscar el rebenque, y volviendo a salir, mientras ella, inclinada sobre una lata, vaciaba el mate de yerba vieja, sin percibirse de parte de él ni de ella la menor palabra o gesto que denotara una despedida, una señal, un algo que indicara la separación por cuatro, cinco o seis horas, de aquellas dos personas unidas por esa fuerza, a veces superior al amor o a la amistad, que consiste en la identificación, el reflejo, cómoda adaptabilidad o simple y desesperada unión de subsistencia.

Él volvía pasado el medio día preguntando entonces:

–¿Pusiste el asado?

–Sí.

De nuevo los mates, uno tras otro, en el silencio descansado interrumpido por alguna frase.

-¿Te aguantó el "Corbata"?
-Tuvo que traerlo por delante, se cansó aguada Sauce.
-Sí, es muy cachorro, el perro ese se te va a morir algún día.
-Yo conozco, yo también ser chico, yo también correr, yo nunca moriré.

De nuevo el silencio, mientras seguían los mates y él sacaba la asadera del horno y daba vuelta la carne.

-¿Vas a trabajar hoy en el pozo?
-Sí, trabajar pozo.

El pozo aquel había sido iniciado años atrás en la durísima arcilla de detrás de la casa, en una tozuda, cerrada e implacable intentona de encontrar agua, desde el día en que vio en ese lugar unas plantitas de junquillo, y cuyas consecuencias fueron meses y meses de agotadores golpes de piqueta y de improductivos movimientos de pala; y más adelante, ayudado por su mujer y la yegua mansa, que él había hecho caballa y después de pecho, en interminables viajes de roldana hasta llegar a una profundidad de veinte metros sin que la menor muestra de agua, o siquiera de humedad, coronasen sus esfuerzos.

-Vas a tener que hacerte ayudar, si no no vas a terminar nunca.
-Semana que viene venir don Couyido a ayudar pozo.

Así fue en efecto; ocho días más tarde, entre el furioso torear de los perros, se lo vio venir al chileno Couyido, dibujado apenas en la lontananza ventosa, identificado por los galgos barcinos, el cojudo moro y la manta castilla recortada contra el cielo.

Desmontó, entonces, con la coordinada serie de movimientos de su pesada agilidad, saludó al "búlgaro" con un "buenas" parsimonioso, mientras ajustaba el gruesísimo cabestro a la mata de molle junto a la entrada, y su paso oscilante y pendular parecía buscar apoyo en el gastado rebenque que colgaba de su muñeca, mientras el opaco tintineo de su única espuela se aplastaba en el polvo de la entrada de la cocina.

Le dio la mano a la mujer con el brazo rígido y los dedos duros y la mirada desviada con respetuosa inclinación bajo la visera grasienta de su gorra inglesa.

Fueron días de duro trabajo, los dos hombres dentro del pozo, y la mujer con la yegua mansa, haciendo interminables viajes de roldana y vaciando luego el balde de la amarillenta arcilla, con la compleja cantidad de pocos movimientos y un número de palabras seguramente menor a las que pudiesen contarse con los dedos de una mano, y los sonidos secos de tierra y de distancia que desde el fondo del pozo indicaban el rítmico desplazar de la pala y la aguda penetración de la piqueta,

que se detendrían de tanto en tanto, mientras el chillido de la rueda de la roldana indicaba el parsimonioso alejar de la yegua y la lenta subida del balde contra el circular, intenso y nitidísimo azul, que los bordes del pozo recortaban contra el cielo.

Y al terminar el lento, improductivo y penoso trabajo diario, ataban las herramientas a los costados del balde, que subía entonces para ser desenganchado por la mujer, que bajaba después la sogá por donde subiría primero el chileno, y después el búlgaro, sudorosos y sucios para ir a lavarse a la cocina, mientras ella desensillaba la yegua y entraba en la casa a esperar su turno, junto a la palangana enlozada y la toalla amarilla.

Se lavaba ella las manos y los antebrazos, y también la cara, terminando la operación con una humedecida de su cabeza fuerte, echándola hacia atrás y pasándose las manos por el pelo áspero, en una forma masculina y perentoria, mientras sus facciones duras se reflejaban en el pedazo de espejo que colgaba de un clavo, al lado de la jabonera vacía y el almanaque viejo con la mujer sonriente, en la desolada y sucia pared de la cocina.

Y ahora, el diálogo pesado y sin motivo, como complemento del mate, con las palabras apenas necesarias para expresar una idea que giraría seguramente alrededor de animales, o cosas, o de hechos concretos y pasados, de fácil y cómoda exposición, y luego los silencios llenos de vacíos pensamientos, mientras las miradas opacas de cansancio y las caras brillantes de trabajo, en la inmóvil tensión de esas sencillísimas vidas, se aflojaban de tanto en tanto ante la suave contemplación de las brasas de la cocina, o de los breves juegos y movimientos de la gata negra junto al sucio cajoncito de Cooper debajo de la mesa.

Vivieron las tres personas aquellas durante varios días, siempre juntas, comiendo, trabajando y descansando juntas, y hasta durmiendo también en el mismo piso de la cocina abrigada, levantándose antes del amanecer, y sólo separándose cuando el "búlgaro" salía a buscar capones para carnear, o a picar leña, quedándose entonces la mujer con el chileno Couyido en su silenciosa y compartida sociabilidad, cambiándose a veces una que otra mirada en una audaz, atrevida y casi curiosa incursión a través de las barreras delimitadas por la diferencia de sexos.

Una vez se quedaron los dos mirándose sobre la mesa donde ella preparaba la masa de las tortas, solazándose ambos en aquel toско, elemental y primario flirteo, que continuó después varias veces, durante esos días y días subsiguientes hasta que una tarde, aprovechando la

ausencia momentánea del “búlgaro” él la abrazó contra la pared de la cocina, en una simple e inconfundible manifestación de sentimientos que ella contestó con un leve movimiento de su mano hacia la cara del hombre, como una especie de tenue caricia, o casi curiosa constatación; y luego se besaron ásperamente para separarse en seguida, y luego volver a besarse, con la torpe vehemencia de su inexperta, pero no inocente, novedad.

El le dijo esa vez:

–¿Querís venirte conmigo?

–¿Adónde?

–Tengo mil pesos en el tirador, los gané en la señalada de los “Menucos”.

–¿Y el “búlgaro”?

–Dejámelo a mí.

–¿Qué vas hacer?

–Ya lo tengo pensado; mañana después de doce cuando terminemos el trabajo, atamos las herramientas al balde y vos lo subís. Después bajás la sogá y subo yo primero como siempre. Después no bajamos más la sogá y nos vamos. Total aquí no pasa nunca nadie. Se va a quedar sequito ahí en el fondo, y si alguien lo encuentra alguna vez va a creer que fue un accidente.

–No, no puedo hacer eso; si es un hombre muy bueno.

–¿Te querís quedar toda la vida acá con el “búlgaro” ese?

–No, eso tampoco.

–Y bueno, entonces algo hay que hacer.

–Y sí, algo hay que hacer.

Llegó más tarde el “búlgaro” con el montón de leña que acababa de cortar, que tiró en un cajón mientras decía:

–Don Couyido, le voy dejar pangaré de nochero para que mañana temprano usted carnear.

–Está bien.

–Por el cerrito bayo va a encontrar capones. Tenga cuidado perros; yo andar poniendo veneno.

–¿Mucho zorro este año?

–Sí, bastante.

–¿Cuántos cueros tiene ya?

–Diez y nueve.

–Está bueno.

Y esa mañana siguiente cuando, antes del amanecer, salió Couyido con el cuello de su poncho levantado, recortándose momentáneamente

en la puerta de la cocina, y cuando el crujir de sus pasos por la helada se fue perdiendo en la madrugada oscura, el "búlgaro" se sentó bruscamente y sacudió a la mujer.

-Despertá, despertá.

-¿Qué? ¿Qué hay? ¿Qué pasa?

-Tiene como mil pesos en tirador.

-¿Quién? ¿Qué te pasa? ¿Qué decís?

-Don Couyido tiene como mil pesos en tirador.

-¿Y de hay?

-Más tarde dejamos en pozo. Vos subís primero herramientas; después yo esta vez subir primero y él quedar dentro. Nosotros guardar mil pesos.

-Pero ¿cómo vamos a hacer eso?

-Con mil pesos poblar campo en otro lado con buen agua, si no quedarnos toda vida en este lugar. Algo hay que hacer.

-Y sí, algo hay que hacer.

Fue esa tarde entonces que reanudaron su tarea los tres miembros de aquel doble complot, cuya culminación definitiva dependería de la mujer cuyos pasos, seguros y breves junto a la yegua mansa, iban dejando en la arena del suelo las huellas de alpargatas y herraduras que, en su continuo ir y venir, se confundían superpuestas, mientras los hombres, ahí abajo, inclinados con sus herramientas, sin mirarse siquiera, trabajando ambos, no ahora en la búsqueda del agua lejana, sino en el aumento de unos pocos centímetros de esa tumba donde moriría de hambre y de sed el dueño de lo que cada uno codiciaba, sin odio, sin desesperación, sin pasión de lujuria o de codicia, sino con el simple principio de tomar lo necesario, con la tremenda lógica que el desierto imponía, y cuyas consecuencias, vistas, suavizadas y casi perdonadas ahora a través del tiempo y la distancia nos hacen comprender la fuerza aquella que permitió a la Nación Argentina colonizar, poblar, e incluso civilizar, esa inmensa extensión llamada Patagonia.

Y llegó la hora de terminar el trabajo; llenaron por última vez el balde de arcilla amarillenta, y ataron la pala y la piqueta a la misma sogá, que subió despacio hasta la negra roldana, y se quedó muy quieta, allí junto al cielo. Y los hombres miraron arriba, y esperaron y esperaron. Y después los pasos de la yegua mansa. Y después el silencio de la tierra sola.

En: *Setenta veces siete*, Capital Intelectual, 2008.

EL INTÉRPRETE

Juan José Saer



Duración:
8'20"

Ahora me paseo por la orilla del mar, sobre una arena más lisa y más amarilla que el fuego. Cuando me paro y miro para atrás veo la guarda entrecruzada de mis pasos que atraviesa intrincadamente la playa y viene a terminar justo bajo mis pies. El borde blanco, intermitente, de espuma blanca, separa la extensión amarilla de la playa de la celeste del mar. Si miro el horizonte, me parece que empezaré a ver, otra vez, los barcos carniceros avanzando desde el mar hacia la costa, puntos negros primero, filigranas llenas de coladuras más tarde, y, por último cascos panzones sosteniendo las velas y una selva de palos y de cables deslizándose rígida hacia adelante y mostrando de un modo gradual la fiebre de una muchedumbre de hombres activos. Cuando los vi, cerré los ojos porque sus pechos de piedra cintilaban, y el rumor del metal y de las voces ásperas me dejó sordo por un momento. Me avergoncé de nuestras ciudades toscas y humildes y comprendí que no eran nada ni el oro ni las esmeraldas de Ataliba (que ellos pulverizaban a martillazos buscando la pepita, como se hace con una nuez), ni los grandes corredores pavimentados y amurallados de plata, ni nuestros calendarios de piedra, inmensos, ni la guarda imperial que reaparece, una y otra vez, en las fachadas, en la vestimenta de la corte y en los cacharros. Vi fluir desde el mar un chorro desplegado de gloria y abundancia. Los carniceros tocaron con una cruz la frente del niño que yo era, me dieron un nombre nuevo, Felipillo, y después, lentamente, me enseñaron su lengua. La vislumbré, gradual, y hacia mí, Felipillo, las palabras avanzaron

desde un horizonte en el que estaban todas empastadas, encimadas unas sobre las otras para ser, otra vez, como los barcos, puntos negros, filigranas de hierro negro, y por fin una selva de cruces, signos, palos y cables desagregándose de un grumo hirviente como hormigas despa- voridas de un hormiguero. Entonces dejé de ser la criatura desnuda en cuyos ojos destelló el metal de las armaduras y en cuyos oídos resonó por primera vez el estruendo de las velas, y empecé a ser Filipillo, el hombre dotado de una lengua doble, como la de las víboras. De mi boca sale ya la bendición, ya el veneno, ya la palabra antigua con que mi madre me llamaba al atardecer, entre las fogatas y el humo y el olor a comida que flotaba en las calles de la ciudad rojiza, ya esos sonidos que repercuten en mí como en un pozo seco y sin fondo. Entre las palabras que la voz le arranca a la sangre y las palabras aprendidas que la boca come ávida de la mesa de los otros, mi vida se balancea sin parar y traza una parábola que a veces borra la línea de demarcación. Me siento como atravesando una región en la que hay zonas diurnas y nocturnas, alternadamente, como el gallo que canta a deshora, como el bufón que improvisaba para Ataliba, entre la risa de la corte, una canción que no estaba hecha de palabras sino únicamente de ruido.

Cuando los carniceros juzgaron a Ataliba, yo fui el intérprete. Las palabras pasaban por mí como pasa la voz del Dios por el sacerdote antes de llegar al pueblo. Yo fui la línea de blancura, inestable, agitada, que separó los dos ejércitos formidables, como la franja de espuma separa la arena amarilla del mar; y mi cuerpo el telar afiebrado donde se tejió el destino de una muchedumbre con la aguja doble de mi lengua. Las palabras salían como flechas y se clavaban en mí resonando. ¿Entendí lo mismo que me dijeron? ¿Devolví lo mismo que recibí? Cuando mis ojos, durante el juicio, se clavaban en las tetas azules de la mujer de Ataliba, tetas a las que la ausencia de la mano de Ataliba permitiría, tal vez, la visita de mis dedos ávidos, ¿la turbación desfiguraba el sentido de las palabras que resonaban en el recinto inmóvil? De una cosa estoy seguro: de que mi lengua fue como la bandeja doble sobre cuyos platos elásticos se asentaban cómodamente la mentira y la conspiración. Sentí el estruendo de los dos ejércitos, como dos mares que se juntan, el mar de la sangre y el agua negra del mar extranjero y ahora, en el atardecer, camino por la playa, un hombre viejo encorvado bajo la bóveda de voces enemigas que se extiende interminable sobre mis ruinas comidas por la selva.

No morí con los que murieron cuando proferí la sentencia, como un chorro de agua que se sorbe, se gargariza y después se escupe, pero

tampoco vivo la vida feroz de los carniceros cuyas voces el viento me trae de noche, cuando me acuesto en la selva.

Cuando los carniceros empezaron a construir su ciudad, hicieron una pared gruesa de adobe y la pintaron de blanco. Pero una parte se desmoronó y la abandonaron. Quedó esa pared blanca en medio de un campo pelado, y a mediodía destella la luz sobre la superficie blanca que la intemperie ha mellado. A veces me siento en el suelo y la miro, durante horas. Pienso que la lengua carnícera es para mí como esa pared, compacta, inútil y sin significado y que me encoquece cuando la luz rebota contra su cara estragada y árida. Una pared para arañar hasta que sangren los dedos o para chocar contra ella, sin una casa atrás a la que entrar para que nos defienda su sombra. No soy más que un indio viejo que vaga por la selva en silencio, entre las ruinas, y ya no suena para mí, al atardecer, la voz de mi madre llamándome al hogar por entre las fogatas y el humo y el olor a comida que flotaba en las calles de una ciudad rojiza escalonada hacia el cielo.

En: *Cuentos Completos* - (1957/2000), Seix Barral, 2006.

AQUEL PERONISMO DE JUGUETE

Oswaldo Soriano



Duración

9'10"

Cuando yo era chico Perón era nuestro Rey Mago: el 6 de enero bastaba con ir al correo para que nos dieran un oso de felpa, una pelota o una muñeca para las chicas. Para mi padre eso era una vergüenza: hacer la cola delante de una ventanilla que decía "Perón cumple, Evita dignifica", era confesarse pobre y peronista. Y mi padre, que era empleado público y no tenía la tozudez de Bartleby el escribiente, odiaba a Perón y a su régimen como se aborrecen las peras en compota o ciertos pecados tardíos.

Estar en la fila agitaba el corazón: ¿quedaría todavía una pelota de fútbol cuando llegáramos a la ventanilla? ¿O tendríamos que contentarnos con un camión de lata, acaso con la miniatura del coche de Fangio? Mirábamos con envidia a los chicos que se iban con una caja de los soldaditos de plomo del general San Martín: ¿se llevaban eso porque ya no había otra cosa, o porque les gustaba jugar a la guerra? Yo rogaba por una pelota, de aquellas de tiento, que tenían cualquier forma menos redonda.

En aquella tarde de 1950 no pude tenerla. Creo que me dieron una lancha a alcohol que yo ponía a navegar en un hueco lleno de agua, abajo de un limonero. Tenía que hacer olas con las manos para que avanzara. La caldera funcionó sólo un par de veces pero todavía me queda la nostalgia de aquel *chuf, chuf, chuf*, que parecía un ruido de verdad, mientras yo soñaba con islas perdidas y amigos y novias de diecisiete años. Recuerdo que ésa era la edad que entonces tenían para mí las personas grandes.

Rara vez la lancha llegaba hasta la otra orilla. Tenía que robarle la caja de fósforos a mi madre para prender una y otra vez el alcohol y Juana y yo, que íbamos a bordo, enfrentábamos tiburones, alimañas y piratas emboscados en el Amazonas pero mi lancha peronista era como esos petardos de Año Nuevo que se quemaban sin explotar.

El General nos envolvía con su voz de mago lejano. Yo vivía a mil kilómetros de Buenos Aires y la radio de onda corta traía su tono ronco y un poco melancólico. Evita, en cambio, tenía un encanto de madre severa, con ese pelo rubio atado a la nuca que le disimulaba la belleza de los treinta años.

Mi padre desataba su santa cólera de contrera y mi madre cerraba puertas y ventanas para que los vecinos no escucharan. Tenía miedo de que perdiera el trabajo. Sospecho que mi padre, como casi todos los funcionarios, se había rebajado a aceptar un carné del Partido para hacer carrera en Obras Sanitarias. Para llegar a jefe de distrito en un lugar perdido de la Patagonia, donde exhortaba al patriotismo a los obreros peronistas que instalaban la red de agua corriente.

Creo que todo, entonces, tenía un sentido fundador. Aquel “sobres-tante” que era mi padre tenía un solo traje y dos o tres corbatas, aunque siempre andaba impecable. Su mayor ambición era tener un poco de queso para el postre. Cuando cumplió cuarenta años, en los tiempos de Perón, le dieron un crédito para que se hiciera una casa en San Luis. Luego, a la caída del General, la perdió, pero seguía siendo un antiperonista furioso.

Después del almuerzo pelaba una manzana, mientras oía las protestas de mi madre porque el sueldo no alcanzaba. De pronto golpeaba el puño sobre la mesa y gritaba: “¡No me voy a morir sin verlo caer!”. Es un recuerdo muy intenso que tengo, uno de los más fuertes de mi infancia: mi padre pudo cumplir su sueño en los lluviosos días de setiembre de 1955, pero Perón se iba a vengar de sus enemigos y también de mi viejo que se murió en 1974, con el general de nuevo en el gobierno.

En el verano del 53, o del 54, se me ocurrió escribirle. Evita ya había muerto y yo había llevado el luto. No recuerdo bien: fueron unas pocas líneas y él debía recibir tantas cartas que enseguida me olvidé del asunto. Hasta que un día un camión del correo se detuvo frente a mi casa y de la caja bajaron un paquete enorme con una esquela breve: “Acá te mando las camisetas. Pórtense bien y acuérdense de Evita que nos guía desde el cielo”. Y firmaba Perón, de puño y letra. En el paquete había diez camisetas blancas con cuello rojo y una amarilla para el arquero. La pelota era de tiento, flamante, como las que tenían los jugadores en las fotos de *El Gráfico*.

El General llegaba lejos, más allá de los ríos y los desiertos. Los chicos lo sentíamos poderoso y amigo. “En la Argentina de Evita y de Perón los únicos privilegiados son los niños”, decían los carteles que colgaban en las paredes de la escuela. ¿Cómo imaginar, entonces, que eso era puro populismo demagógico?

Cuando Perón cayó, yo tenía doce años. A los trece empecé a trabajar como aprendiz en uno de esos lugares de Río Negro donde envuelven las manzanas para la exportación. *Choice* se llamaban las que iban al extranjero; *standard* las que quedaban en el país. Yo les ponía el sello a los cajones. Ya no me ocupaba de Perón: su nombre y el de Evita estaban prohibidos. Los diarios llamaban “tirano prófugo” al General. En los barrios pobres las viejas levantaban la vista al cielo porque esperaban un famoso avión negro que lo traería de regreso.

Ese verano conocí mis primeros *anarcos* y *rojos* que discutían con los peronistas una huelga larga. En marzo abandonamos el trabajo. Cortamos la ruta, fuimos en caravana hasta la plaza y muchos gritaban “Viva Perón, carajo”. Entonces cargaron los cosacos y recibí mi primera paliza política. Yo ya había cambiado a Perón por otra causa, pero los garrotazos los recibía por peronista. Por la lancha a alcohol que casi nunca anduvo. Por las camisetas de fútbol y la carta aquella que mi madre extravió para siempre cuando llegó la Libertadora.

No volví a creer en Perón, pero entiendo muy bien por qué otros necesitan hacerlo. Aunque el país sea distinto, y la felicidad esté tan lejana como el recuerdo de mi infancia al pie del limonero, en el patio de mi casa.

En: *Cuentos de los años felices*, Sudamericana, 1993.

PETRÓLEO

Héctor Tizón



Duración
15'16''

Un alargado grito, un llamado; algo que se escuchó con toda claridad desde el viaducto hasta el vaciadero municipal de basuras, y aún más allá, interrumpió la sosegada siesta de los ranchos. Nosotros, que desde el mediodía estábamos tratando de pescar algunas *viejas*, levantando con la parsimonia necesaria las piedras de la costa luego de haber enturbiado el agua, también lo oímos. Prestamos atención entonces y volvimos a escuchar:

–¡Eh! ¡Julián, Segundo, Gertrudis, Gabino, doña Trinidad! ¡Vengan todos!

Buscamos al autor de los gritos y enseguida lo distinguimos. Nicolás agitaba los brazos y volvía a repetir sus alaridos, desde la copa inmensa de un sauce.

–¡Petróleo! –exclamó–. ¡Es petróleo!

Sinceramente creo que aunque había escuchado alguna vez esa palabra no conocía exactamente su significado. Por eso quizás *El Laucha* y yo, a pesar de los gritos, no prestamos mayor interés al asunto. Por el momento nos preocupaban las *viejas*; alguien había ofrecido comprárnoslas a razón de dos por quince centavos y además nos gustaba meter los pies en el agua. Eso era bueno. Incluso creo que *El Laucha*, o yo mismo, no recuerdo bien, dijimos:

–Nicolás ya está machao de nuevo.

Nos encogimos de hombros. El agua estaba buena y si juntábamos unas veinte *viejas* más ya alcanzaría para algo: una camiseta de Boca

Juniors que quería *El Laucha* y también para esa careta de burro que a mí me gustaba para Carnaval. Era una linda careta la que había visto, grande, de largas orejas suaves y a la que creo, por añadidura, vendían con un pito, para Carnaval.

De modo que seguimos tratando de sacar el mayor número de *viejas* posible, por la costa, aguas abajo.

De vez en cuando pasaba un tren y la vibración de su marcha, el torvo sonido de la locomotora llegaba hasta donde estábamos. A veces ni siquiera levantábamos la cabeza para mirarlo, pero cuando lo hacíamos alzábamos la mano saludando a los lejanos pasajeros que miraban tristes o indiferentes desde las ventanillas.

–Raúl –me dijo por ahí *El Laucha*–. ¿Vos sabés lo que es petróleo?

Deploré, no lo niego, no estar al tanto lo suficientemente sobre petróleo. Pero dije:

–Sí.

–¿Es eso que le echan a las máquinas? –volvió a preguntar.

–Sí.

–¿Para qué sirve?

–Andá a saber –dije yo.

El sol se había ocultado hacía un buen rato. El agua estaba turbia y ya casi no distinguíamos nuestras propias manos.

–Vamos –dije entonces–. No se ve.

Fue un trabajo duro llevar entre los dos la bolsa con el pescado a cuestas.

Atravesamos la playa del río, subimos al terraplén del ferrocarril y nuevamente bajamos. Entonces distinguimos las luces del caserío; había más que de costumbre. Escuchamos el sonido de fuegos artificiales y el loco ladrar de los perros; desde más cerca ya el viento traía con intermitencia voces, gritos, risas y después nuevamente los estampidos, carcajadas de pobre gente alegre. Hasta que llegamos al descampado, junto a la playa, desde donde comenzaba el rancherío que se extendía barranca arriba, casi hasta el borde del alto terraplén de las vías ferroviarias.

Aparecimos por el patio del fondo arrastrando nuestra bolsa de pescados. Todo estaba de fiesta. En la casa de Nicolás se bailaba al compás chillón, desafinado y monótono de una ortofónica. Allí estaban todos, habían abandonado sus propias chozas para venir a juntarse aquí, a escuchar la música de la ortofónica y a reír, como cuando llegaba el Carnaval. Me acordé de pronto de la careta de burro y dije:

–Miren. Son ochenta y tres.

Mi tía, que iba y venía, riéndose a carcajadas, sin prestar mayor atención a nuestra bolsa, dijo:

-¿El qué?

-¿Cómo el qué?... ¡Esto!, las *viejas*.

-¡Bah!... ¿Para qué eso ya?

-Son más de diez pesos. Sacamos la cuenta uno por uno. Este se comprará una camiseta y yo una careta de burro, cuando las vendamos.

-¡Ja, ja, ja! -mi tía río a carcajadas-. ¿Para qué ya eso? ¡Hay petróleo, vengan y vean!

Un poco decepcionados dejamos la bolsa en un rincón y fuimos detrás de mi tía.

Bertoldo, un viejo ferroviario inválido, había descubierto el petróleo. Yo y los demás y todas las cientos de personas que llegaron después escuchamos su historia. Y a cada uno que llegaba a preguntar, Bertoldo, limpiándose una supuesta mugre de la boca y escupiendo luego hacia un costado, le contaba: se había levantado esa mañana y después del *mate* se decidió a plantar unas *calas*.

-Traéme la pala que voy a poner una fila aquí, al lado de esta barranca -le había dicho a su mujer.

La mujer le llevó la pala, y luego de quince minutos de afanoso trabajo, mirando el fondo del pozo que había abierto, dijo:

-Aquí hay un barro podrido, negro y hediondo.

Siguió cavando, pero después el barro se hizo menos denso y al cabo todo el fondo estaba cubierto por una superficie negra y líquida. Entonces cesó de trabajar, consultó a un vecino y luego a otro y a otro. Comenzaron a cavar nuevos pozos y el resultado se fue repitiendo. Hasta que Nicolás dio el aviso con aquellos alaridos que a todos les volcó el corazón.

Esa noche, mientras algunos bailaban y reían a carcajadas alrededor de la ortofónica, el resto recorría la zona desde la playa hasta la falda de la barranca husmeando los rincones. De lejos se distinguían las luces de los faroles encendidos moviéndose, deteniéndose, volviendo a andar de un lado para el otro.

Nicolás ahora vagaba por las vías como un loco, llamando a gritos a los desconocidos e invitándolos a que vinieran a nuestra casa:

-¡Vengan, vengan! -decía-. ¡Todos seremos ricos!

Al cabo llegaron dos *linyeras*, un mendigo y un viejo ciego guiado de la mano por un niño que tenía un manojo de diarios debajo del brazo.

Toda la noche duró la alegría; las risas continuaron hasta el amanecer,

interrumpidas tan solo por el estrépito de los trenes que pasaban.

Al día siguiente, desde temprano, todos estaban de pie, y cuando regresamos con *El Laucha* luego de vender las *viejas*, sorprendimos a un centenar de personas cavando pozos, hachando árboles, destruyendo los pequeños jardines, sumergiendo palos en los charcos; todos se ayudaban mutuamente.

Al mediodía, cuando llegó el cura, aquello parecía un campamento en actividad. Algunas mujeres habían cocinado en la playa y repartían la comida a los que trabajaban y también a los curiosos. Mi tía carneó la única gallina que teníamos y uno de los *linyer* repartía las presas entre la gente.

El cura llegó cubriéndose con una negra sombrilla y después de conversar con algunos de los hombres se encaramó sobre una piedra y entre otras cosas dijo:

–No nos vanagloriemos, hijos, y demos gracias al Señor. Él les ha mandado esto porque quiere a los pobres.

Después recorrió todo el rancharío echando agua bendita sobre el suelo y pronunciando en voz muy baja y rápidamente, ininteligibles palabras. Luego aceptó unas empanadas. Algunos perros le ladraron frenéticamente durante la ceremonia. El ciego, de la mano del niño, permanecía sentado en un tronco en medio del alboroto y de vez en cuando mordía un *choclo* asado, mirando a lo lejos con sus ojos vacíos.

Nicolás, que se había comprado un traje nuevo invirtiendo de un solo golpe sus ahorros, se paseaba auscultando la superficie de la tierra.

Al día siguiente fue convocada toda la gente a reunirse debajo de un gran ceibo. Nicolás habló imponiendo silencio. Hombres y mujeres, bien peinados y vestidos, como cuando iban al pueblo, escucharon atentos.

–Señores –dijo Nicolás–.Vamos a ser ricos. Tendremos casas de dos pisos, y también tendremos zapatos y podremos andar en autos de alquiler. ¿Comprenden ustedes lo que es ser ricos?

Nadie contestó y entonces Nicolás continuó hablando.

–Todos podrán comprarse una radio y un sombrero y tal vez un caballo y muchas gallinas y chanchos, ¿comprenden? Y también podremos guardar dinero para cuando seamos viejos y no como ahora; y comprar remedios para no andar muriéndonos por ahí como unos podridos. Seremos ricos. ¿Comprenden lo que es ser ricos?

–Rico es el que jode al pobre –dijo entonces alguien.

–No solo eso –contestó Nicolás sin prestar mucha atención–, vamos a envasar el petróleo y entonces nos mandarán el dinero y podremos tener todo eso y tal vez un pedazo de tierra, ahora sí.

Después de la reunión debajo del ceibo, todos volvieron al trabajo de la búsqueda; algunos habían empezado a juntar el líquido dentro de unos tachos, para envasarlo.

Así pasaron uno y dos días. Alguien había dado alojamiento al ciego y al niño y los *linyeras* se instalaron en casa de doña Gertrudis.

De sol a sol la gente trabajaba moviendo las piedras y tratando de cavar más pozos, o mirando horas y horas los que ya estaban abiertos.

Cuando pasaba algún tren, todos hacían un alto para saludar a los pasajeros, con los brazos levantados, agitando los sombreros.

También nosotros abandonamos la pesca, porque debíamos ayudar a repartir la comida –que ya era escasa– entre todos.

Al quinto día los *linyeras* se fueron y llegaron los técnicos. Eran tres hombres rubios; apenas si hablaron; miraron en derredor, caminaron de un punto a otro, seguidos por la gente que los miraba emocionada, tratando de escuchar alguna buena palabra. Pero nadie entendió nada.

Al día siguiente volvieron a venir los hombres, acompañados de otros. Subieron hacia el borde de la barranca, traspusieron las vías ferroviarias y luego regresaron. Después se llevaron tres grandes botellas llenas de petróleo.

Y no volvieron. Pero al cabo lo supimos: el yacimiento no existía, sino que era una pequeña acumulación subterránea escapada de la cisterna rota del ferrocarril.

Después nada sucedió. Con *El Laucha* decidimos volver a pescar, sobre todo porque ya era inminente el Carnaval y debíamos tener dinero para comprar serpentinas.

Los trenes seguían pasando, velozmente, haciendo vibrar el suelo.

Pero desde aquel día Nicolás había tomado la costumbre de encaramarse al sauce y pasar allí largo tiempo atisbando, para de vez en cuando bajarse, cavar con dramático entusiasmo un pequeño pozo, hundir un palo en el blando fondo humedecido y quedarse por último mirando largo tiempo el extremo del palo. Sin decir una sola palabra. Soñando.



ÍNDICE





07

**ANDERSON
IMBERT,** Enrique
–
EL LEVE PEDRO

23'04"

10

ANDRUETTO,
María Teresa
–
VELADURAS

80'02"

35

ARLT,
Roberto
–
ARISTOCRACIA
DE BARRIO

7'58"

38

ARREOLA,
Juan José
–
PARÁBOLA
DEL TRUEQUE

10'52"

42

BARLETTA,
Leónidas
–
EL BOCHÍN

7'55"

45

BONOMINI,
Ángel
–
EL LADRÓN
ALBERTO BARRIO

9'02"

48 54

BORGES,
Jorge Luis
–
EL INDIGNO
EMMA ZUNZ

17'32" 17'31"

59

CASTILLO,
Abelardo
–
LA MADRE
DE ERNESTO

23'04"

65

CORTÁZAR,

Julio

—

PREÁMBULO A LAS
INSTRUCCIONES PARA
DAR CUERDA AL RELOJ

2'26"

71

**DAL
MASETTO,**

Antonio

—

EL PADRE

13'40"

77

GARCÍA MÁRQUEZ,

Gabriel

—

ALGO MUY GRAVE
VA A SUCEDER
EN ESTE PUEBLO

5'50"

83

GRUSS,

Luis

—

EL EXTRAÑO
FÚTBOL
DE LOS MAYAS

2'46"

66

COSTANTINI,

Humberto

—

EL CIELO ENTRE
LOS DURMIENTES

15'38"

75

DENEVI,

Marco

—

LA HORMIGA

2'54"

80

GIARDINELLI,

Mempo

—

YARARÁ
COMO MANGUERA

9'20"

84

HEKER,

Liliana

—

LA FIESTA AJENA

15'39"

90

HERNÁNDEZ,

Felisberto

—

LA PELOTA

5'50"

92

HERNÁNDEZ,

Juan José

—

EL INOCENTE

22'20"

99

IPARRAGUIRRE,

Sylvia

—

LILA Y LAS LUCES

21'15"

106

JOBSON,

Bernardo

—

TE RECUERDO
COMO ERAS EN
EL ÚLTIMO OTOÑO

23'04"

115

LUGONES,

Leopoldo

—

YZUR

23'09"

123

MANAUTA,

Juan José

—

BITA

11'25"

127

MARTÍNEZ,

Guillermo

—

EL RECUPERATORIO

13'16"

131

MONTERROSO,

Augusto

—

LA RANA QUE
QUERÍA SER UNA
RANA AUTÉNTICA

1'56"

132

MONTES,

Graciela

—

EL CLUB
DE LOS PERFECTOS

9'25"

136

MOYANO,

Daniel

—

LA ESPERA

33'23"

146

MUJICA LÁINEZ,

Manuel

—

EL ILUSTRE AMOR

12'48"

150

QUIROGA,

Horacio

—

A LA DERIVA

9'56"

153

SÁENZ,

Dalmiro

—

SUR VIEJO

17'06"

160

SAER,

Juan José

—

EL INTÉRPRETE

8'20"

163

SORIANO,

Oswaldo

—

AQUEL PERONISMO
DE JUGUETE

9'10"

166

TIZÓN,

Héctor

—

PETRÓLEO

15'16"

“Veladuras”

©María Teresa Andruetto, 2005

©Editorial Norma, 2005

“El club de los perfectos”

©Graciela Montes ©Ediciones Colihue SRL

“Lila y las luces”

©Sylvia Iparraguirre

“La madre de Ernesto”

©Abelardo Castillo

“Te recuerdo como eras en el último otoño”

©Bernardo Jobson

“Sur viejo”

©Dalmiro Sáenz

“Bita”

©Juan José Manauta

“La hormiga”

©Marco Denevi, *Falsificaciones*, Buenos Aires, Ediciones Corregidor, 1994

“El leve Pedro”

©Enrique Anderson Imbert, *Cuentos / Obras Completas*, Buenos Aires, Ediciones Corregidor, 1999

“El ilustre amor”

©Herederos Manuel Mujica Láinez

“El padre”

©Antonio Dal Masetto

“La pelota”

©1966, Herederos de Felisberto Hernández

“El extraño fútbol de los mayas”

©Luis Gruss

“La fiesta ajena”

©Liliana Heker

“Aquel peronismo de juguete”

©Herederos Olvaldo Soriano, 2013

“El recuperatorio”

©1999, Guillermo Martínez

“Algo muy grave va a suceder en este pueblo”

©Gabriel García Márquez, 2010 y Herederos de Gabriel García Márquez

“Preámbulo a las instrucciones para dar cuerda al reloj”

©Herederos de Julio Cortázar, 2015

“Yarará como manguera”

©Mempo Giardinelli, 2000

“El inocente”

©Juan José Hernández, 2004, 2005

©Adriana Hidalgo editora S.A., 2004, 2005

“El intérprete”

©Juan José Saer

c/o Schavelzon Graham Agencia Literaria

“Petróleo”

©Herederos de Héctor Tizón

c/o Schavelzon Graham Agencia Literaria

“El indigno” de la obra *El informe de Brodie*

©1995 María Kodama

Licencia editorial para el Ministerio de Educación de la Nación, cortesía de Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.

“Emma Zunz” de la obra *El Aleph*

©1995 María Kodama

Licencia editorial para el Ministerio de Educación de la Nación, cortesía de Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.

“Parábola de trueque”

©1963, Juan José Arreola, *Confabulario*

©1963, Herederos de Juan José Arreola

©1963, 2015 Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V bajo el sello de JOAQUÍN MORITZ, México

“La rana que quería ser una rana auténtica”

©1969, Augusto Monterroso, *De La oveja negra y otras fábulas*

“El ladrón Alberto Barrio”

©Herederos de Ángel Bonomini

“La espera”

©Daniel Moyano

“El cielo entre los durmientes”

©Humberto Costantini

“El bochín”

©Leónidas Barletta





